



AÑO VII

NÚM. LXXX

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

—
AGOSTO 1895
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL

1.244.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PEDRO MARI

A la señorita Matilde de Iturralde y Ribed.

I



PODÍA marcharse cuando quisiera. El último eslabón que lo retenía á la vieja borda de Pagogaña estaba roto: la abuela dormía ya, allá abajo, en el campo-santo de Errazu.

A la sombra de los castaños no se enjugaría, en adelante, el *echeko-jaun* la frente á la tardecica, ni las correntosas aguas de la regata de Urbizi fundirían sus cristalinos susurros con el canto argentino de la lavandera, ni las rubias cabecitas de los niños y la sonrisa feliz de la esposa iluminarían el dintel oscuro de la puerta.

Estaba solo, completamente solo dentro de la alsumada borda, cuyas ventanas miran al hondo valle por entre las ramas del castañar tupido, como el atisbador silvano á través de las zarzas.

Sus cuatro hermanas se habían casado en diferentes pueblos del valle. La mayor en Berrueta, dos en Arizcun, la más joven en Errazu. Provistas de su dote salieron de casa. Pedro Mari, el heredero, nunca quiso casarse, no ciertamente por falta de partidos aceptables, sino porque desde muchacho acariciaba una idea, un proyecto.

En la cabeza de aquel mocetón de ojos garzos, pelo de maíz y cara sonrosada, alto cual el pino y vigoroso como el roble, había germinado cierta idea, única y exclusiva, que extendía sus raíces por todo el cerebro: la de marcharse á América, y al igual de tantos otros conterráneos, enriquecerse.

¿Cómo? nunca se le ocurrió la pregunta. Nada sabía y de nada se notaba ignorante. América enriquece á las gentes... porque sí.

Después de muerta la abuela, vendió el hato de ovejas, los ajuares de casa y las heredades á su hermana Leocadi, la de Errazu, más rica, ó, mejor dicho, menos pobre que las otras. La borda *nativa* se la reservó para cuando, llena la bolsa de peluconas, volviese *de allí*.

La ocasión, realmente, convidaba á emigrar. Hablábase de inminente guerra entre Francia y España. La borda estaba situada junto á las mugas de la frontera. Habría que formar en las filas de la milicia del valle, invadir el territorio francés... ¿quién sabe?

Pedro Mari detestaba la guerra, y más que la guerra el servicio, la disciplina, el cuartel. La montaña había depuesto en su alma el amor á la paz pastoril; la raza, el amor á la independencia individual. Ni el pastor, ni el basco, se avenían con la servidumbre del soldado.

II

Dispuso el viaje para el día siguiente: viaje largo y penoso, á pie, hasta el único puerto andaluz habilitado, sin otra ayuda que el escaso dinero reunido, ni otras esperanzas que la carta de recomendación del Sr. Cura á un pariente de Valparaíso.

A la tarde, después de comer frugalmente, tomó, pecho

arriba, uno de los senderos de Izpegi. Se le había encasquetado el capricho de dar el vistazo de despedida al valle desde aquellas azuladas cumbres. ¿Por qué desde Izpegi y no desde Nekaitz ó Bustinzelaya? Porque en la falda Norte de Izpegi, á orillas de los manzanos, sobre finísima y verde pradera, como lienzo recién limpio puesto á secar, se levanta el caserío de Eyheraldea, donde habita Cathalin, la hermosa y alegre baigorriera que, por poco, torció los propósitos aventureros de Pedro Mari. Y acaso, inconscientemente, el fondo de su corazón conserva la fragancia de su único amor: en el hogar apagado, aun durante la más fría noche, dura el rescoldo.

Corría el mes de Marzo de un año sin hielos y de pocas nieves en Nabarra. La atmósfera, suave y húmeda, adelantaba la florecencia; la primavera, coronada de tibios rayos, se entretenía escondiendo piadores nidos por los matorrales. Tan pronto mostraba su faz risueña entre las nubes, como la ocultaba; pero dondequiera, en campos y bosques, se descubría el ruedo de su saya de colores ondulando al viento.

Sentóse Pedro Mari sobre una piedra. El cielo, de Norte á Sur, cambiaba imperceptiblemente el color; allá azul pálido, aquí de cristal esmerilado. Al Occidente, una nube bogaba, sin prisa, como isla flotante de grana con vetas de oro. Lucía la espléndida chorrera de su torrente el erguido Mikán y las lomas de Astate y Arieta la esmeralda de sus prados; á la espalda se arremolinaban las montañas desde Orzanzurieta á Belate, empujando hacia el cielo las olas innúmeras de sus cimas, arrebuajadas las más altas en pardas nieblas. A los pies se ahondaban, á derecha é izquierda de Izpegi, los valles de Baztán y Baigorri con sus pueblos, caseríos, sembrados, ríos y arboledas, á través de una sutilísima malla donde la luz prendía lentejuelas de plata sobre los matices verdosos y azulados de la neblina. Dejábase oír el aire con el blando silbo del pajarero, y le replicaban las risas de los arroyuelos que por todas las laderas del monte bajaban al valle como tropel de saltarines muchachos.

De pronto, á los ruidos de la naturaleza se unieron ecos de canciones lejanas, voces femeninas que oscurecían, sin eclipsarlos, antes bien, armonizándose con ellos, los cánticos de las aguas correntosas y el tintineo de los rebaños. Pedro Mari comenzó á bajar la vertiente francesa, atraído, más que por el coro femenino, por el caserío de Cathalin. En las heredades de las primeras bordas, hasta una docena de muchachas escardaban el trigo. El sol iluminaba sus rojas aldas puestas en cinta, las multicolores tocas de sus cabezas.

Las escardadoras cantaban:

*Iruten ari nuzu
Khiloa geriyan,
Ardura dudalarik
Nigarra begiyan.*

(«Estoy hilando, la rueca en la cintura, y á menudo, en los ojos, lágrimas.»)

La melodía, alegre y juguetona, pero de cadencias melancólicas cual retazo de nieblas en paisaje soleado, concertaba con el ánimo de Pedro Mari, contento por la marcha y triste por la despedida.

Las escardadoras pronto notaron su presencia, y volviendo hacia él las caras joviales, cantaron á grito herido, dando fin á la estrofa con un *irrintzi* (1) agudo y sonoras carcajadas:

*¡Arreba, nahi duzuya
Gizonik erosi?
Eliza bazterretan
Bi soretan zortzi.*

(«Hermana, ¿quieres comprar hombre? Junto á la iglesia, ocho por dos suses.»)

(1) *Irrintzi*, grito de alegría y desafío.

Pedro Mari, poniendo á modo de portavoz sus manos, contestó con esta estrofa:

Anaya, nahi duzuya
Emazterik erosi?
Baratze kantoinetan
Sosian emezortzi.

(«Hermano, ¿quieres comprar mujer? En los rincones de las huertas diez y ocho por un sus».)

Mientras él cantaba, una de las escardadoras, jovencita de diez y seis años, menuda y ágil ardilla, bailaba y brincaba á compás, en medio del sembrado.

—Para el buen bailarín no hay mal tamboril, ¿verdad?— le gritó otra escardadora, hermosa muchacha rubia, de ojos negros, acercándosele con aire zumbón y provocativo.

—No te arrimes, *maitia* (1).

—¿Por qué?

—Por el refrán: *Baigorriin bachera urrez, ni harat orduko, Iurrez.*

(«En Baigorri, la vajilla de oro; pero cuando llego allá, de barro.»)

—También yo sé refranes; ¡me llaman la refranera!

—Dime alguno; en tu boca serán de miel.

—*Asto andiak, Baztango.*

(«Los grandes asnos, de Baztán.»)

Cual manga de cohetes voladores subieron al cielo las risas de las muchachas, rebotando sus vibradoras cuentas de eco en eco, hasta perderse en los murmullos de las fuentes y arroyos.

Pedro Mari era corto de genio, tardo de lengua y perezoso de imaginación para habérselas airosamente con una docena de mujeres burlonas. Sus carcajadas le desconcertaron; rubo-

(1) *Maitia*, «querida».

rizóse y volvió pie atrás, internándose bosque arriba, triste, porque no había visto á Cathalín.

Las escardadoras seguían cantando á voz en cuello y con aire más vivo:

Ezkundu nahi dutenak
Seinale dirade,
Matrell-ezurak sheko
Koloriak ferde.

(«Los que se quieren casar presentan varios síntomas: las mejillas juanetudas, verde el color.»)

III

Al penetrar en España sintió pasos por la encrucijada del bosque.

Aparecieron tres mozos; á uno de ellos le conocía: era Martín, el de Zamukegi.

A sus preguntas, éste le respondió:

—Los dos amigos son de Bidarray. No vamos á Elizondo, como piensas, á comprar ganado. Nos expatriamos, huimos de Francia, resueltos á permanecer en tierras de Pamplona hasta que estas cosas se acaben. Temo que cuando volvamos hemos de encontrar los árboles con las raíces al cielo y las ramas dentro del suelo. Los amigos de la nación—¿conoces tú á esa mujer? Será alguna *Okerra* (1) de París... — han invandido el valle. Cierran las iglesias, las llenan de heno, roban los cálices, patenas y custodias, plantan un arbolito en la plaza y

(1) Apodo de una mujer que adquirió triste celebridad en el país basco-francés por sus ideas revolucionarias.

bailan alrededor, aullando blasfemias. Con ellos están Pinet, el francés y los malos curas; Mariturri, Duronea, Sorhondo-Chaldun, ¡cerdos! que quieren casarse: todos ellos del brazo de *Galtza-Gorri* (2).

Pedro Mari se santiguaba.

—Por tabernas y posadas, vaso en mano, predicán nuevos sermones y pretenden que todos obedezcamos á esa República que han sentado en el trono del Rey. ¿No quedan sino mujeres para mandar á los hombres? Dicen que han de llevar la República á Madrid, y no ha de quedar fraile ni inquisidor en España. A algunos trastornan el juicio. Están formando un batallón de voluntarios, y como se alistán pocos, comienzan ahora á sacar mozos por fuerza. Hoy quisieron echarnos la red; los gendarmes nos han perseguido á tiro limpio por el monte. Esta es España: que sirvan ellos si les place, gritando ¡viva la libertad! Nosotros somos libres, ¡á Pamplona!

Martín se volvió cara á Francia, y su pecho de toro lanzó un *irrintzi*, que onduló largo tiempo, con vibraciones de júbilo y desafío.

Al despedirse Martín se acercó á Pedro Mari, y le dijo á media voz:

—¿Sabes la noticia? Cathalin, la de Eyheraldea se casa con Miguel Elorga. ¡Por supuesto, si no lo llevan soldado!

Los tres mozos desaparecían, momentos después, entre los árboles sombríos. Pedro Mari permaneció inmóvil, pensativo, hinchado el corazón de lágrimas. Cierta ruido, encima, le distrajo; levantó la cabeza; un pico negro tamborileaba sobre una rama seca. Las estrellas tempraneras lucían su pálida luz de oro á través del enverjado de los árboles. Sobre el rumor de manantiales y riachuelos percibiáse el grito melancólico del cuclillo. Las nieblas, lentamente, bajaban al valle.

(2) *Galtza-Gorri*, nombre burlesco del diablo; literalmente, «calzones rojos».

IV

Apenas los fulgores del alba comenzaron á filtrarse por las mal ajustadas ventanas de la borda, Pedro Mari, que había dormido poco, se puso en pie. Vistióse, ciñóse el cinturón que contenía el dinero, agarró el palo del cual colgaban el lío de ropa, los borceguíes y una cesta de provisiones, y salió de la casa tras una breve mirada de despedida, poniendo la llave de ella al alcance de la mano por la gatera de la puerta, como si hubiese de regresar pronto.

Tenía la boca seca, y bebió un trago del arroyuelo. La mañana estaba fresquecita, pero hermosa, más propia de mediados de Junio que no de últimos de Marzo: puro el ambiente, limpio el cielo, rosadas las montañas, quietos los bosques.

La alegría, las esperanzas ocuparon pronto el lugar de la tristeza que toda despedida tiende sobre el ánimo. El higiénico ejercicio aumentaba el bienestar de su cuerpo. Iba á paso largo de montañés, por trabajosos atajos, camino del puerto. Junto á las ventas de Ulzama topó con un gran golpe de soldados que subían por do él bajaba, y en Olagüe se cruzó con dos regimientos y numerosos jinetes ricamente vestidos. Le dijeron que era el Virrey, y que estaba declarada la guerra á Francia. Como no soplabá viento, las banderas españolas pendían, lacias, de las astas: les faltaba el orgulloso restallido precursor de la victoria.

Para excusar preguntas indiscretas, se apartaba de los pueblos; de noche prefería las ventas solitarias.

Mientras corrió las tierras de Pamplona, aunque el paisaje era más severo y los campos menos poblados, se le figuraba, por la semejanza de trajes, costumbres y lengua, que no había salido de Baztán. Otra cosa fué apenas puso las plantas en las

llanuras ribereñas. Cielo risueño, suelo feraz, y no obstante, impresión de tristeza para el montañés en la planicie ondulada sin bosques, arroyos, bordas ni prados, ni blancas ovejas y rojizas vacas sobre la mullida hierba. Las notas de color habituales á su retina, pintábanse las manchones del trigo, los opulentos huertos que rodean á las poblaciones, grandes y distantes unas de otras.

Pronto llegó á Castilla la Vieja, y el tedio fué el acompañante de sus jornadas. Cada vez era más alegre el cielo y más feo el suelo: áridas sierras, peñascos escuetos, gargantas de granito, tristes pinares, y, á poco, la inacabable estepa polvosa, amarillenta, con su marco de montañas que no eran sino montones de tierra parda, levantados, sin duda, por gigantescos topos; y lejanos campanarios, adonde nunca se llegaba. Bajo los torrentes de oro de la luz solar, pueblacos míseros, casuchas de tierra, hombres y mujeres cetrinos, flacos, peludos, andrajosos, rebaños negros que pastores de torvo mirar y vestidos de pieles conducían. Y cuando pasaba junto á las heredades donde el labrador había escupido el riñón sobre el compacto terruño, ni risas, ni canciones saludaban la cesación del trabajo. Retirábanse á casa los hombres, taciturnos, jinetes sobre el borrico alforjero.

¡Oh! ¿Dónde estaban ahora las alegres y sonrosadas escaradoras de Baigorri?

Tras mucho andar de día, las noches eran de mal descanso. Sucias y destartaladas las ventas, cuyos suelos jamás rozó la escoba; las vasijas de barro colgadas de la pared por ajuar; á menudo, fuego, vino y aceite solos por todo bastimento, y necesidad de comprar fuera la comida y prepararla personalmente, so pena de acostarse con el estómago vacío; mesoneros impávidos para el obsequio y agasajo, mozas desgredadas y desabridas, cubierto de petachos el amarillo refajo; ninguna concurrencia de gente á pasar la velada jugando y bebiendo, como en las posadas baztanesas; caminantes pocos, excepto cuando la reunión allegadiza de arrieros invadía la venta y

quitaba el sitio; cama con sábanas, nunca; conversaciones escasas, y por ignorar el castellano, burlas copiosas.

¡Cuántas y cuántas veces le vino á la memoria la rancia canción de su tierra *Erdal-erriko bizi-modua* («La vida fuera del país bascongado»), puntual retrato de las gentes y pueblos que iba viendo, y al tenderse sobre el costal de paja en la cuadra, canturreó, acompañado por el coceo de las mulas:

Hango sukak bazterrak ikustekoak;

Laratzikan batere, palta auspoak;

Alki sendoak

Iru edo lau arri kintalèkoak.

Hango zokoak

Ezkonduz geroztikan garbitzekoak.

(«Notables son los hogares de allí; faltan los llares y no hay fuelle; los sólidos poyos, piedras de tres ó cuatro quintales. Los rincones aguardan el barrido desde el día de la boda.»)

—«A mal tiempo buena cara»—decía Pedro Mari.

Y cada mañana emprendía con mayor ansia la caminata y alargaba la etapa por llegar cuanto antes al único y lejano puerto andaluz de donde salen los barcos para la vuelta de Chile.

V

Cierta tarde, que, por habersele acabado las provisiones, entró en la taberna de un pueblo, se le acercaron á la mesa donde comía dos individuos que cortésmente le saludaron. No era muy buena, á la verdad, su traza; pero cuando Pedro Mari miraba á la suya, su tez quemada por el aire, su ropa descolorida por el sol, su camisa mugrienta, los desgarrones de la chaqueta, el pantalón deshilachado, se estimaba sin de-

recho á mostrarse descontentadizo. Uno de ellos era alto; bajo el segundo, con cara de garduña éste, y de pandero aquél; chirlos en la carota, y costurones en la carita.

Raidos y manchados los trajes, por su corte y adornos, bien se le alcanzaba á Pedro Mari que no eran de aldeanos. Ellos se vendieron como de Madrid, que estaba cerca, y abrieron la plática. El alto resultó soldado viejo y haber presidiado San Sebastián y Fuenterrabía. Retuvo palabras del bascuence, y con las castellanas del acervo de Pedro Mari, trabaron diálogo bastante á entenderse. Convidaron ellos con vino, por el gusto de haber encontrado á persona de tan rica casta como la bascongada, y hablando, hablando, entre las mentiras de los dos, descubrió Pedro Mari todas sus verdades. Moviése luego ruido en la calle, y so color de enterarse, desaparecieron los dos amigos, primero el hombrecillo, y á poco el hombrazo. Otros que había en la taberna fuéronse, asimismo, por puertas zagueras y excusadas, quedando sólo Pedro Mari á terminar de comer, cual cumple á montañés cachazudo.

Levantóse para el pago, ágil como nunca; tan ágil, que se le figuró faltábale cierto peso, atadura ó estorbo ordinario, que le habría sido imposible de precisar cuál fuese. Instintivamente subió la mano á la cintura..., ¡el cinturón del dinero había desaparecido! Pálido, convulso, Pedro Mari prorrumpió en ayes y frases de apuro y angustia, á la vez que se palpaba el cuerpo por todas partes.

Observábale desde el mostrador el tabernero, y le preguntó ásperamente:

—¿Qué es ello, hermano? ¿Se ha vuelto loco? ¡Deje el guirigay y la algarabía, que aquí no se cuece lengua bizcaína!

El disgusto, la emoción perturbaban de tal suerte á Pedro Mari que no acertaba con una sola palabra castellana; por fin gritó lastimeramente:

—¡Man errobau!

Torció el gesto el tabernero, y hubo de aguzar el ingenio para entender la frase.

—¡A otro perro! No valen esas tretas, hermano; soy viejo, y ningún motilón me pega la gorra. O pagas, ó llamo á la justicia.

Pedro Mari no entendía; que de lo contrario, hubiese sacado del chaleco el dinero que llevaba aparte para el gasto menudo y diario. Creyó que el tabernero le desmentía, y replicó con más fuerza:

—¡Man errobau, aquí, aquí, man errobau!

Estas palabras encolerizaron al tabernero.

—¡Por Cristo!—exclamó;—no faltaba otra cosa sino que un petardista echase á perder á un hombre honrado, á un cristiano viejo como yo. Sepa vuesa merced, bizcaino de Barrabás, que el cabildo de esta casa es de gente de pro.

Enzarzóse la disputa, repitiendo, sin cesar, con voz estentórea Pedro Mari su frase, y respondiéndole el tabernero con improperios y amenazas. Tan fuertes eran sus voces, que no oyeron los pasos de varios soldados, ni notaron su presencia hasta que el sargento puso su mano sobre el hombro de Pedro Mari, y dijo:

—Soldado de S. M.

Pero Mari, atónito ante el aparato de fusiles y bayonetas, relacionándolo con el asunto de la disputa, aún más colérico que afligido, intentó resistirse, y comenzó á dar voces.

—¿A mí erroban, é á mí al cárcel?

Nadie le hizo caso. Maniatáronle los soldados, y á empujones y culatazos lo sacaron á la calle.

—Señor sargento—decía el tabernero corriendo tras de él—que se me va el muy pillo sin pagar.

—Hombre, quien sirve al rey, ¿qué menos sino es comer de balde?

Pedro Mari fué incorporado á una larga cuerda de hombres jóvenes, harapientos y mal encarados los más, que había en la plaza, bajo la custodia de una compañía de milicias. Redoblaron los tambores, cuadróse la tropa, y un oficial, ante la bandera, leyó con voz clara un Real decreto de S. M. Cató-

lica el rey D. Carlos IV, reproduciendo otro de su antecesor D. Carlos III, de 11 de Setiembre de 1773, mandando hacer levadas de gente ociosa en Madrid y pueblos de su contorno exceptuados del servicio militar, con motivo de la guerra entre España y la República francesa.

VI

Entendió alguna palabra suelta Pedro Mari, y lo que oía le puso al tanto.

Desatósele el pecho anudado por la pena. No le llevaban como á ladrón, que el mal tabernero denunciara. Pretendían que fuese soldado. ¡Vano empeño! De la quinta castellana le exceptuaba su doble título de natural nabarro é hidalgo baztanés. El percance quedaba reducido á alegar su excepción. ¿Cómo, cuándo? A la hora era imposible, porque los soldados á nadie atendían, y si alguien de la cuerda hablaba recio, le soltaban un palo... pero sazón oportuna, más ó menos pronto, se presentaría.

Resolvió aguardarla; mientras le sobraban motivos de afligirse y cavilar. ¡Le habían robado! Su pequeño caudal había desaparecido y le era imposible practicar averiguaciones, perseguir al ladrón en el pueblo, de donde por las trazas, iba á salir la columna. Al entrar en la taberna llevaba el dinero encima; tenía seguridad de ello. ¡Oh, los allegadizos amigos! ¡Ellos eran, sin duda, los ladrones! ¿Podría proseguir el viaje? Lejano aún el puerto, ¿le duraría el dinero del chaleco? A fuerza de privaciones, lograría estirarlo... Pero, ¿y el pasaje? ¿Cómo embarcarse y cubrir en América sus primeras necesidades hasta encontrar colocación? Lo más cuerdo era volver pie atrás... ¡Proyecto descabellado! ¡Entrar en Baztán sin dinero, sin hacienda! ¡Lindo viaje! Se pondría á servir de pastor, de criado... ¿Y las burlas de los amigos, de los parientes,

de los convecinos? ¡Le sacarían coplas! ¡Las muchachas de la fuente y el río cantarían los *verso-berryak* de Pedro Mari Belarra! No, mil veces no; antes ir mendigando, antes el servicio militar que la befa inevitable.

Estas fueron las ideas que estuvo machacando su magín durante toda la tarde y parte de la noche que duró la marcha á través de yermos desolados. Por fin llegaron á una ciudad grande, que le dijeron llamarse Alcalá, y los metieron en una cuadra, baja de techos, sin otro ajuar que unas tarimas donde se acostasen. Presentáronles una caldera llena de rancho, que á Pedro Mari le recordó la que en su tierra sirven á los cerdos. Un cabo, acompañado de cuatro números, iba registrando los bolsillos de los levados. Tocóle su turno, y estimó que era sazón de exponer sus agravios. Rióséle el cabo sin darle oídos, y le quitó el dinero. Resistióse Pedro Mari, y tras de recibir unos cuantos palos, le amenazaron con el calabozo. Entonces comenzó á exhalar quejas amargas, á maldecir de su suerte con tono lastimero y gestos desesperados. Ninguna compasión excitó. Antes bien, los que él estimaba compañeros de infortunio, comenzaron á remedarle grotescamente y á hacer rechifla de su angustia. Refrenóse entonces, y opuso á la adversidad frente de mármol. Refugiado en un rincón, sin probar el repugnante rancho ni mover los labios ni cerrar los ojos, pasó la noche. Aplanábale el más completo abatimiento; iba formando clara conciencia de que se hallaba cautivo dentro de una red que le sería imposible romper.

Penetraron las primeras luces del día por una angosta ventana. El calor era sofocante; pesado el ambiente, apestoso el vaho que exhalaba la aglomeración de personas.

Sobre la tarima roncaba la barredura social, montón de harapos piojosos, por entre los cuales asomaban caras macilentas de miseria y vicios, piernas y manos roñosas.

¡Oh, cuán espléndida á la misma hora la pupila de oro abierta sobre los verdes montes baztaneses!

ARTURO CAMPION.

LA SÁTIRA POLÍTICA EN TIEMPO DE ENRIQUE IV

Algunos escritores, inclinados en demasía á ver dondequiera el influjo de la sociedad en las letras, y á ligar sistemáticamente las vicisitudes políticas con las del arte, han considerado como de notable postración y decadencia, y aun como un vergonzoso paréntesis en nuestra historia literaria, el reinado de Enrique IV; dando por supuesto que en él padeció total interrupción el brillante movimiento intelectual que en la corte de D. Juan II había comenzado á desarrollarse, y que luego con mayores bríos iba á refloreecer bajo el cetro de los Reyes Católicos. Son sin duda los veinte años de aquel reinado, y especialmente los diez últimos, uno de los más tristes y calamitosos períodos de nuestra historia: nunca la justicia se vió tan hollada y escarnecida; nunca imperó con mayor desenfreno la anarquía; nunca la luz de la conciencia moral anduvo tan á punto de apagarse en las almas. Roto el freno de la ley en grandes y pequeños; vilipendiada en público cadalso y en torpe simulacro la majestad de la corona; mancillado con escandalosas liviandades el tálamo regio; enseñoreados de no pocas iglesias la simonía y el nepotismo; dormida y estéril, ya que no vacilante, la fe, é inficionadas en cambio las costumbres con el secreto y enervador contagio de los vicios de Oriente; inerme el brazo de la justicia; poblados los

caminos de robadores; enajenada con insensatas mercedes la mayor parte del territorio y de las rentas; despedazada cada región, cada comarca, cada ciudad por bandos irreconciliables: suelta la rienda á todo género de tropelías y desmanes, venganzas privadas, homicidios y rapiñas, pareció que todos los ejes de la máquina social crujían á la vez, amagando con próxima é inminente ruina.

Tal era el cuadro general que por aquellos tiempos ofrecía la vida pública, y no hay que recargar las tintas para que resalte con toda su peculiar y nativa fealdad, puesto que cuanto más se ahonda en su estudio, más excede la realidad al encarecimiento, y para tal sociedad aún parece blando el cauterio de las *Décadas* de Alonso de Palencia. ¿Pero hemos de inferir de tal descripción que en ese reinado desaparecieron de Castilla todos los vestigios de la cultura anterior, como afirma, entre otros muchos, Prescott? Tal como este insigne historiador y tal como la tradición dominante en España entienden y presentan la obra regeneradora de la Reina Católica, habría que considerarla como un patente milagro, muy duro de admitir en el orden general de los casos humanos, aun siendo tan grande como realmente es, y en aquella ocasión lo fué, la parte del genio individual para dirigir ó torcer su curso. Una sociedad de malhechores convertidos de pronto, y como por golpe de tramoya, en hombres de bien y en héroes, satisface en verdad las exigencias de la imaginación artística; pero no tanto las del severo criterio histórico. Para que la transformación se cumpliera tan rápidamente como se cumplió, era preciso que hubiese mucha vida en el fondo de aquella agitación monstruosa. La fuerza que tan miserablemente se perdía era fuerza al cabo, y sólo faltaba darla digno empleo y abrir el amplio cauce por donde habían de desbordarse sus aguas.

Veinte años no son período bastante largo para que en ellos se suspenda la actividad de un pueblo en ninguno de los órdenes de la vida, y menos que en ninguno en el orden de la

literatura y del arte. Ni siquiera son espacio suficiente para que se forme una nueva generación de escritores que llegue á determinarse con propio y peculiar carácter. Los que en tiempo de Enrique IV escribían eran ingenios formados en la escuela del reinado anterior ó eran los que iban á realzar la gloria del reinado siguiente. Atravesaron, como su nación, tiempos duros, y su literatura áspera y polémica se coloreó vivamente con los matices de la pasión enfurecida y desbordada; pero si en general les sobró dureza y acritud, no hay duda que esto mismo dió cierta originalidad y extraño sabor á las dos manifestaciones más características del arte literario de este tiempo, la sátira política y la prosa de los cronistas. Y aunque la diatriba personal fuese entonces predilecta ocupación de las plumas, no faltó quien se elevase á otra más noble y ejemplar manera de sátira, ni quien filosofase con gravedad y magisterio sobre los azares de la fortuna, ni quien prestase á la musa de la elegía la expresión más alta y solemne que hasta ahora ha alcanzado en lengua castellana. Tuvo aquella corte su Plutarco en Hernando del Pulgar, que con buril menos hondo y toque más complaciente que Fernán Pérez de Guzmán, pero con más amenidad y viveza de fantasía, nos legó los retratos de todos aquellos que él llama *claros varones*, ladeándose un tanto al panegírico, pero no de tal modo que atenuase las sombras de sus modelos. Tuvo su Tácito, aunque más vengador que justiciero, en Alonso de Palencia, historiador digno de haber nacido en tiempos mejores y más clásicos, y de haber manejado instrumento menos férreo y desapacible que aquella latinidad suya tan enfática y zahareña. Pero cuando escribía en lengua vulgar y no cedía al prurito de latinizar excesivamente en ella, describía y contaba con fuerza pintoresca, con notable precisión y brío. Páginas hay, y no pocas, en el *Tratado de la perfección del triunfo militar*, que son dignas de cualquiera de los mejores prosistas del tiempo del Emperador, aunque se escribiesen medio siglo antes.

Cuando tales progresos hacía el arte de la prosa literaria, siempre más lento y tardío en su aparición y desarrollo, no había de permanecer muda la poesía lírica, que, si no en calidad, á lo menos en cantidad, había llevado la palma á los demás géneros en el reinado de D. Juan II. Fué en el de su hijo menos abundante, sin duda; pero tuvo en desquite un carácter de actualidad viva, de pasión y lucha del momento, una sinceridad y franqueza á veces brutales, que la hacen inapreciable para el historiador. Y no hay duda que en algunas composiciones aisladas, especialmente de ambos Manriques, excedió con gran ventaja á lo mejor del reinado anterior, logrando una belleza positiva y permanente que antes del siglo XVI es rarísima. Se componían menos versos en la segunda mitad del siglo XV que en la primera, pero eran en general versos más sinceros, menos triviales y menos vacíos.

Gómez y Jorje Manrique, Juan Alvarez Gato, Antón de Montoro, Pero Guillén de Segovia, son los principales poetas de este período, y aun de tres de ellos existen cancioneros especiales. Pero antes de estudiarlos conviene dar idea de las dos famosas sátiras anónimas, *Coplas del Provincial* y *Coplas de Mingo Revulgo*.

La primera de estas composiciones no es más que un pasquín infamatorio, que ni ha salido hasta ahora, ni es de presumir que en tiempo alguno salga, de lo más recóndito de la necrópolis literaria. Ni aun clandestinamente ha habido quien se atreviera á imprimirle: tal es lo soez de su forma, lo brutal y tabernario de sus personalísimos ataques. La mordaz agudeza que puede encontrarse en tal ó cual redondilla, está ahogada en las restantes por una desvergüenza tan procaz y desaliñada, que impide todo efecto artístico, dado que el autor se lo propusiera, de lo cual dudamos muy mucho. No es una obra poética, sino un libelo trivialmente versificado, una retahíla de torpes imputaciones, verdaderas ó calumniosas, que afrentan por igual á la sociedad que pudo dar el modelo para tales pinturas, y á la depravada imaginación y mano grosera

que fueron capaces de trazarlas, deshonrándose juntamente con sus víctimas. Es una sátira digna de Sodoma ó de los peores tiempos de la Roma imperial. El cuadro monstruoso que describe, provoca á náuseas el estómago más fuerte. Ni en las tablillas que el consular Petronio envió á Nerón antes de morir, se encontraría tal cúmulo de abominaciones como el que en estas nefandas coplas se enumera y registra. El artificio con que están engarzadas no puede ser más tosco: el maldiciente autor transforma la corte en convento, y hace comparecer ante el Provincial á los caballeros y damas de ella para recibir, no una corrección fraterna, sino una serie de botonazos de fuego:

El Provincial es llegado
A aquesta corte real,
De nuevos motes cargado,
Ganoso de decir mal.
Y en estos dichos se atreve,
Y si no, cúlpenle á él,
Si de diez veces las nueve
No diere en mitad del fiel.

Las coplas son 149, y en cada una hay, por lo menos, un nombre propio, sobre el cual recae con odiosa monotonía el sambenito de sodomita, cornudo, judío, incestuoso, y tratándose de mujeres, el de adúltera ó el de ramera. Los nombres más ilustres de Castilla están infamados allí con tales estigmas, que los descendientes de los que los llevaban trabajaron con ahinco, aunque sin fruto, en el siglo XVI, para aniquilar las famosas coplas, valiéndose hasta del auxilio de la Inquisición para destruir los numerosos traslados que de ellas corrían en alas del escándalo por todos los ámbitos de España. Pero todo fué inútil: la prohibición acrecentó el valor de la fruta vedada, y fué tan imposible destruir las hediondas *Coplas* como el *Libro Verde de Aragón* ó el famoso *Tizón de España*. No hubo colección de papeles genealógicos en que no se copiasen; y llegaron hasta á ser invocadas, como testimonios dignos de crédito, en pleitos y memoriales ajustados. En cada

copia se extremaban las incorrecciones y los errores, y también solían adicionarse ó suprimirse nombres y versos, conforme lo dictaban particulares afectos de simpatía ó de odio respecto de las familias. El texto, por todas estas razones, ha llegado á nosotros estragadísimo, y sólo el hallazgo de un manuscrito del siglo XV podría fijar la verdadera lección de un opúsculo que, si sólo puede inspirar asco y repugnancia al amante de la poesía viendo aplicado á tan viles usos su lenguaje, puede, no obstante, ser de alguna utilidad para el historiador, porque, desgraciadamente, el testimonio de autores tan graves como Alonso de Palencia en sus *Décadas* latinas, prueba que no era todo calumnia lo contenido en los metros del Provincial, y que éste dió *en la mitad del fiel* más veces de lo que al decoro de nuestra historia conviniera (1).

(1) A título de curiosidad voy á imprimir (creo que por primera vez algunas coplas de las que me han parecido menos soeces. Sigo la copia más esmerada que he visto, la que posee el Marqués de Jerez de los Caballeros, sacada por Gallardo de un manuscrito de D. Vicente Noguera (conocido anotador de la *Historia* del P. Mariana en la edición de Valencia), el cual á su vez la había trasladado de otra copia de la biblioteca del Marqués de la Romana:

¡Ah, Fray Conde sin condado,
Condestable sin provecho!
¿A cuánto vale el derecho
De ser villano probado?

(Alude al condestable Miguel Lucas de Iranzo, uno de los advenedizos levantados por Enrique IV *del estiércol*, según la expresión de Palencia, pero que, á diferencia de otros muchos, no se mostró indigno de su elevación.)

.....
A ti, fraile mal cristiano,
Que dejaste el monasterio,
¿Por qué haces adulterio
Con la mujer de tu hermano?
—Por haber generación
Que no se pierda el linaje,

Para fijar este valor histórico (y nunca puede ser muy grande el que se conceda á los libelos), no es indiferente averiguar la fecha probable de la composición de esta sátira. De su mismo contexto se infiere que hubo de ser escrita después de 1465 y antes de 1474, puesto que se designa ya en ella con

Ni se acabe ni se baje
Por falta de algún varón.

.....

A vos, Fray Conde real,
Gran señor de Benavente,
En venir secretamente
Nos hiciste mucho mal.

Difamáis á la Abadesa,
Deshonráis á Benavides,
Y á doña Aldonza de Mesa,
Porque sin verla os ides.

De Rivadeo Fray Conde
Que de Villandrando quedas,
Paga, paga las monedas;
Que verdad nunca se esconde.

Y aun me dijo una tu tia,
Que lo diga y no lo calle,
Que estando en Fuenterrabia
Hiciste bodas con Valle.

El de Rojas, cuya es Cabra,
¿Conocéisle? Deci, hermanos:
Hombre de muy buena labia,
Mas no tiene pies ni manos.

De Treviño fraile y conde,
Manrique de Sandoval,
La verdad nunca se esconde:
Bien lo sabe el Provincial.

Que de hoy más el escote
Podéis poner por reseña;
Hijo de una casta dueña
No os podrán poner por mote.

¿A cómo vale, Molina,
El cuerno que te destroza?
A Fray Duque de Medina
Y á Fray don Juan de Mendoza.

.....

A ti, fraile Adelantado,

el título de duque de Alburquerque á D. Beltrán de la Cueva, que no obtuvo tal merced hasta el primero de los dos años citados, y se denigra además como persona viva al condestable Miguel Lucas de Iranzo, que fué asesinado en la iglesia mayor de Jaen el 22 de Marzo de 1473, fecha de la más es-

Que descienes de una negra,
¿Por qué haces tal pecado
Con la hermana de tu suegra?

—No se haga deso estima,
Pues el Prior de León,
Sin tener dispensación,
Hace bodas con su prima.

.....

Aguila, castillo y cruz,
Dime, ¿de dónde te viene,
Pues que tu pila capuz
Nunca las tuvo ni tiene?

El águila es de San Juan,
El castillo el de Emaús,
Y en cruz pusiste á Jesús,
Siendo yo allí capitán.

(Al contador Diego Arias de Avila, motejándole de judío.)

Trovador era don Duelo
De la parte de su abuela,
Y Don Abraham, su abuelo,
Hizo coplas en cazuela.

.....

A ti, fraile Pero Moro
De la casa de Guzmán,
¿Por qué cantas en el coro
Las leyes del Alcorán?

Dicenme que siendo aún viva
Tu mujer doña Francisca,
Te casaste á la morisca
Con doña Isabel de Oliva.

.....

A ti, Fray Cuco Mosquete,
De cuernos comendador.
¿Qué es tu ganancia mayor?
¿Ser cornudo ó alcahuete?

—Así me perdone Dios
(Y no lo digo por salva)

pantosa matanza de los conversos. Las alusiones de las coplas han de referirse, por consiguiente, á estos nueve años últimos del reinado de D. Enrique, que fueron en verdad los más afrentosos.

El nombre del encubierto autor de este padrón de infamias

Que de entrambas cosas dos
He servido al Conde de Alba.

A ti, Fray Diego de Ayala,
Marido de doña Aldonza,
¿A cómo vale la onza
De cuerno (asi Dios te vala)?

— A Fray don Juan de Mendoza
Y al señor comendador,
Que me dan con grande honor
Miel, borra, pluma y coroz.

Gil González Bobadilla,
Aqui quedarás confuso,
Que andarás en esta villa
Con una rueca y un huso.

Porque ha jurado Contreras
A la muy santa Cruzada
Que nunca en burlas ni en veras
Pusiste mano á la espada.

.....
Fray Pedro Méndez, hermano
Privado de Jeremias,
Dime tú: ¿cuánto darías
Por un cuarto de cristiano?

.....
A ti, diosa del deleite,
Gran señora de vasallos,
Dicenme que tienes callos
En el rostro, del afeite.

Y que vuestra señoría
Tiene tres dientes postizos,
Que sabe mucho de hechizos
Y estudia nigromancia.

.....
Vos, doña Isabel de Estrada,
Declaradme sin contienda,
Pues tenéis abierta tienda;
¿A cómo pagan de entrada?



prosigue hasta hoy ignorado, y no ciertamente porque hayan faltado conjeturas y aun afirmaciones demasiado resueltas de nuestros eruditos, achacando la paternidad, ya á una, ya á otra persona. D. Luis de Salazar y Castro, con el peso de su indiscutible autoridad como principe de nuestros genealogis-

Vaya vuestra reverencia
A doña Inés Coronel,
Que se ha visto en el burdel
De la ciudad de Valencia.

.....
A vos, doña Inés Mejía,
Más fria que los inviernos:
¿A cómo valen los cuernos
Que ponéis á don Garcia?

.....
¡Ah fraila doña Mencia!
¿Cómo parecéis al padre?
¡Bendita sea la madre
Que tales hijas paria!

.....
Por la corte va y se suena
Que es muy gran intercesora
Del Obispo de Zamora
doña Constanza de Mena.

.....
Decidme, doña Lucrecia
(En el nombre y no en la fama),
¿A cómo vale el ser necia
Y fingir mucho de dama?

.....
Es ya común opinión
Que doña Ana de Guevara
Hace doblegar la vara
Al alcalde Mondragón.

Y que tiene su deporte
Con don Alvaro Pacheco:
En decirlo yo no peco,
Pues es público en la corte.

Esto es lo más honesto y menos infamatorio de las coplas. Júzguese cómo será lo demás.

Hubo otro *Provincial* en el reinado de Carlos V; pero los tiempos eran diversos, y esta nueva sátira no prosperó, fué olvidada muy pronto, y no sé siquiera que se haya conservado integra.

tas, quiso y logró acreditar en varios escritos suyos, especialmente en las *Advertencias históricas* (folio 159) y en el opúsculo que tituló *Satisfacción de seda á agravios de esparto* (pág. 47) la especie de ser autor de las coplas nada menos que el cronista Alonso de Palencia. Si bien se mira, esta opinión, que también han patrocinado Gallardo y otros, no tiene más peso que el que le da el nombre de Salazar, puesto que no sabemos que Alonso de Palencia, de quien tantas obras en prosa nos quedan, hiciese versos jamás; y, por otra parte, la gravedad de su carácter moral, que tanto se levanta sobre el nivel de la corrompida sociedad en que le tocó vivir y de la cual fué inexorable censor, excluye toda sospecha de que pudiera descender jamás al empleo de armas ilícitas, al villano recurso de divulgar á sombra de tejado un escrito anónimo procaz y escandaloso. Palencia dijo en sus *Décadas* latinas, á cara descubierta y sin ningún género de atenuaciones, cuanto malo podía decirse de aquella corte y de aquellos hombres: ¿qué necesidad tenía de ocultarse en la sombra para herirlos más á mansalva? Si la sangrienta narración del ceñudo cronista coincide en muchas cosas con las detractaciones del coplero anónimo, atribúyase á la identidad del modelo, pero no se achaquen imaginarias culpas á quien fué uno de los varones más honrados y de los espíritus más sanos y rectos de su tiempo, y que cuando tentó, con cruda mano sin duda, las llagas de aquel siglo, lo hizo puestos los ojos en la posteridad y en las severas leyes de la historia, no para escándalo de un día, sino para ejemplar escarmiento.

Vagamente se ha insinuado también el nombre de Rodrigo de Cota, de quien tan pocas noticias personales tenemos, pero ciertamente que, á juzgar por el tosco artificio y ruin estilo de las *Coplas del Provincial*, el último poeta á quien sentiríamos tentación de atribuírselas sería al autor del delicadísimo *Diálogo entre el amor y un viejo*.

Con más visos de probabilidad se ha indicado el nombre de Antón de Montoro, y en verdad que el cinismo de su musa

cuadraría bien la bárbara licencia de aquellas *Coplas*, aunque la mayor parte de ellas no sean dignas de su epigramático ingenio. Pero desgraciadamente no era Montoro el único que entonces cultivase tal género de poesía; al contrario, nunca brotó tan pujante como en el siglo xv la planta malsana de la literatura infamatoria y obscena, que no satírica. Montoro aventajaba á todos en talento, pero había muchos que competían con él en desvergüenza. Por otra parte, como hombre de baja condición y pendiente del favor de los poderosos, rara vez sus tiros llegaron tan alto como los del Provincial, y en los mayores arrojos de su musa se detuvo ante el prestigio del trono, que, por el contrario, el autor anónimo se complace en salpicar de lodo y vilipendio. Además, la acusación de judío, tan prodigada en las coplas, no parece natural en labios de un cristiano nuevo como Antón de Montoro, que tuvo el valor moral de salir en una ocasión memorable á la defensa de los conversos, cuando el hierro y el fuego empezaban á dar cuenta de ellos en Castilla y en Andalucía. Y si es cierto que en algunas copias del Provincial se encuentran textualmente dos versos de un epigrama de Montoro,

Cuescos de uvas y mosquitos
Salen por las sangraduras;

también lo es que estos versos y toda la copla relativa á Leonor Sarmiento tienen visos de intercalación, y no se encuentran en otras copias más correctas y de buena nota, como la que perteneció á Gallardo.

Tenemos, además, un testimonio coetáneo, que prueba, á mi juicio, que las *Coplas del Provincial* no fueron obra de un solo poeta. En el cancionero de Juan Alvarez Gato, manuscrito en la Academia de la Historia, se leen al folio 53 vuelto unos versos dirigidos á *los maldisientes que fisieron las Coplas del Provincial, porque disiendo mal, crescen en su merescimiento*. Y realmente, leyendo con atención las *Coplas*, parecen notarse en ellas dos estilos diversos, puesto que al paso

que hay algunas que no carecen de gracia dentro de su género brutal y pueden tener cierto valor como epigramas aislados, hay otras en sumo grado insípidas y chabacanas, y no faltan algunas que pecan contra la medida ó contra la rima, si ya no queremos achacar parte de estos defectos á la incuria de los copiantes. De este género de pasquines escritos en colaboración abundan los ejemplos, y alguno muy reciente.

Con las *Coplas del Provincial* se citan siempre las de *Mingo Revulgo*, aunque ningun parentesco haya entre ellas, pues siendo una misma la materia, aparece tratada de modo enteramente diverso. Todo es en las *Coplas del Provincial* sucio y desenfrenado: todo es grave y doctrinal en las de *Mingo Revulgo*. En las primeras no hay sátira general, sino infamias particulares; en las segundas el propósito social es evidente, y sólo el celo del bien público mueve la pluma del escritor, dictándole á veces rasgos de generosa indignación y ardiente elocuencia. Los denuestos del *Provincial* apenas tienen forma artística: no pasan del insulto procaz y desgredado, de la agresión directa y personal. Por el contrario, las lecciones de *Mingo Revulgo* van envueltas en una forma alegórica y emblemática, que aun para los contemporáneos mismos tuvo necesidad de prolijo comentario. El autor ó autores de las *Coplas del Provincial* pudieron ser maldicientes vulgares ajenos á toda literatura; pero del que escribió la sátira de *Mingo Revulgo* no puede dudarse que era hombre culto y reflexivo, aunque afectadamente quisiese imitar la llaneza del pueblo. El más antiguo de sus comentadores, Hernando del Pulgar, á quien algunos atribuyen las coplas mismas, las caracteriza perfectamente en estos renglones, que además dan clarísima idea del plan de la composición y excusan todo análisis:

«Para provocar á virtudes y refrenar vicios, muchos escribieron por diversas maneras. Unos en prosa ordenadamente; otros por vía de diálogo; otros en metros proverbiales, y algunos poetas haciendo comedias y cantares rústicos, y en otras formas, según cada uno de los escritores tuvo habilidad

para escribir...» Estas coplas se ordenaron á fin de amonestar el pueblo á bien vivir. Y en esta Bucólica, que quiere decir cantar rústico y pastoril, quiso dar entender la doctrina que dicen so color de la rusticidad que parecen decir; porque el entendimiento, cuyo oficio es saber la verdad de las cosas, se ejercite inquiriéndolas, y goce, como suele gozarse cuando ha entendido la verdad de ellas.

La intención de esta obra fué fingir un Profeta ó adivino, en figura de pastor, llamado *Gil Arribato*, el cual preguntaba al pueblo (que está figurado por otro pastor, llamado *Mingo Revulgo*) que cómo estaba, porque le veía en mala disposición. Y esta pregunta se contiene en la primera y segunda copla. El pueblo (que se llama *Revulgo*) responde que padece infortunio, porque tiene un pastor que, dejada la guarda del ganado, se va tras sus deleites y apetitos; y esto se contiene en las siete coplas siguientes, desde la tercera hasta la décima. En las cuatro coplas que se siguen, muestra cómo están perdidas las cuatro virtudes cardinales, conviene á saber: Justicia, Fortaleza, Prudencia y Temperancia, figuradas por cuatro perras que guardan el ganado. En las dos coplas siguientes, desde la catorce hasta la diez y seis, muestra cómo perdidas ó enflaquecidas estas cuatro perras, entran los lobos al ganado, y lo destruyen. En las otras dos siguientes, que son diez y siete y diez y ocho, concluye los males que generalmente padece todo el pueblo. Y de aquí adelante el pastor Arribato replica, y dice que la mala disposición del pueblo no proviene todo de la negligencia del pastor, mas procede de su mala condición. Dándole á entender que por sus pecados tiene pastor defectuoso, y que si reynase en el pueblo Fe, Esperanza y Caridad, que son las tres virtudes teologales, no padecería los males que tiene... Después... muestra algunas señales, por donde anuncia que han de venir turbaciones en el pueblo, las cuales... declara que serán guerra y hambre y mortandad... Le amenaza y amonesta que haga oración y confesión y satisfacción, y que haya contrición, para excusar los males

que le están aparejados... En la última y primera alaba la vida mediana, porque es más segura, y en treinta y dos coplas se concluye todo el tratado.»

Lo primero que llama la atención en las *Coplas de Mingo Revulgo*, es su forma de diálogo, diálogo á la verdad sin acción, por lo cual no puede calificarse de dramático, pero que no dejó de influir de un modo indirecto en los orígenes del teatro, siendo naturalísimo el tránsito desde él hasta las primeras églogas de Juan del Encina, que no le exceden mucho en artificio, y que visiblemente le imitan en el empleo de un lenguaje rústico y pastoril, algo convencional, como todos los de su especie, pero cuyos elementos parecen tomados del habla popular de la Estremadura alta y de ciertas comarcas de las provincias de Salamanca y Zamora. Como esta especie de églogas de nuevo cuño, esencialmente realistas y llenas de detalles prosaicos, ningún parentesco tienen con las bucólicas clásicas (que por otra parte el mismo Juan del Encina fue el primero que intentó naturalizar en castellano, traduciendo libremente las de Virgilio), y por otra parte tampoco se enlazan con la tradición lírica de las serranillas castellanas y gallegas, y de las *vaqueras* y *pastorelas* provenzales, hay que atribuir al ignorado autor de las coplas el haber dado la primera muestra de un nuevo género de representación de la vida de las cabañas, fielmente copiada del natural, sin ningún género de eufemismo, y destinada á entrar, como elemento nada secundario ni despreciable, no sólo en los primitivos conatos de nuestra escena, sino en el definitivo y glorioso teatro de Lope y de Tirso.

Pero aun siendo tan digna de notarse esta nueva y original manera de exposición, que rompiendo con la monotonía de los *Cancioneros* desciende al pueblo para hablarle en su lengua, todavía es cierto que lo pastoril y serrano no es en las *Coplas de Mingo Revulgo* una forma directa, una representación poética desinteresada, como lo había de ser en Encina y sus discípulos, sino un mero disfraz, á través del cual se transparenta

continuamente el fin satírico, la aplicación política, que el autor quiere inculcar bajo este velo alegórico. Aunque comedida en la dicción, la sátira es violentísima en el fondo, y casi todos los tiros van directamente contra la persona del Rey y de su mayor privado D. Beltrán de la Cueva. No otro que D. Enrique IV es el pastor *Candauro* de esta sátira (alusión á aquel necio rey de Lidia, que por su insensatez perdió el reino de la manera que Herodoto refiere); el que, encenagado en torpes vicios y en miserable ociosidad,

Andase tras los zagales
 Por esos andurriales
 Todo el dia embebecido;

el que abandona la guarda de sus ovejas *por andar tras cada seto á caza de grillos;*

Burlan de él los mozalvillos
 Que andan con él en el corro.
 Armanle mil guadramañas,
 Uno l' pela las pestañas,
 Otro l' pela los cabellos;
 Así se pierde tras ellos
 Metido por las cabañas.

Uno le quiebra el cayado,
 Otra le toma el zurrón,
 Otro l' quita el zamarrón,
 Y él tras ellos desbabado.

Y aún el torpe, majadero,
 Que se precia de cetero,
 Fasta aquella zagaleja,
 La de Nava *Lusiteja*,
 Le ha traído al retortero.

Alusión evidente á los escandalosos amores del rey con la portuguesa doña Guiomar de Castro, dama de la reina. Y en todo este enérgico pedazo, ¿quién dejará de reconocer la misma extraña fisonomía y condición de aquel *degenerado*, como hoy diríamos, á quien con tal viveza ponen delante de nuestros ojos las descripciones de los cronistas sus contemporá-

neos? No acudamos al testimonio de Alonso de Palencia, ni siquiera al de Hernando del Pulgar, para que no se los recuse por sospechosos, como enemigos políticos que eran del rey. Baste la semblanza, á ninguna inferior, que hizo su capellán y fiel servidor Diego Enríquez del Castillo, propenso siempre á excusarle en todo lo que puede. «Era persona de larga estatura y espeso en el cuerpo, y de fuertes miembros: tenía las manos grandes, y los dedos largos y recios; el aspecto feroz, casi á semejanza de león, cuyo acatamiento ponía temor á los que miraba, las narices romas é muy llanas, no que así nasciese, mas porque en su niñez rescibió lisión en ellas; los ojos garzos é algo esparcidos; encarnizados los párpados; donde ponía la vista, mucho le duraba el mirar; la cabeza grande y redonda; la frente ancha; las cejas altas; las sienes sumidas; las quixadas luengas y tendidas á la parte del ayuso; los dientes espesos y traspellados; los cabellos rubios; la barba luenga é pocas veces afeytada; el faz de la cara entre roxo y moreno; las carnes muy blancas; las piernas muy luengas y bien entalladas; los pies delicados... Holgábase mucho con sus servidores y criados; avía placer por darles estado y ponerles en honra...; compañía de muy pocos le placía; toda conversación de gentes le daba pena; á sus pueblos pocas veces se mostraba; huía de los negocios; despachábalos muy tarde... Acelerado é amansado muy presto... El tono de su voz dulce é muy proporcionado; *todo canto triste le daba deleite*; preciábase de tener cantores, y con ellos cantaba muchas veces... Estaba siempre retraydo... Tañía muy dulcemente el laúd; sentía bien la perfección de la Música; los instrumentos de ella le placían. Era gran cazador de todo linaje de animales y bestias fieras; su mayor deporte era andar por los montes, y en aquéllos hacer edificios é sitios cercados de diversas maneras de animales, é tenía con ellos grandes gastos... Las insignias é cerimonias reales muy ajenas fueron de su condición.»

En tal conformidad con la voz de la historia se nos presentan las *Coplas de Mingo Revulgo*, y ésta es sin duda su

principal importancia, aunque tampoco parezca despreciable su valor poético, si se perdonan algunos rasgos afectados y sutiles que hacen revesada la lectura y obligan á recurrir con demasiada frecuencia al comentario. Tres glosas nada menos han llegado á nuestros días: la de Hernando del Pulgar, que acompaña constantemente á las ediciones sueltas de estas *Coplas*, desde las más antiguas (1); otra anónima, publicada por Gallardo, y otra de Juan Martínez de Barros, vecino de Madrid y natural de la villa del Real de Manzanares, compuesta en 1564. Tal abundancia de comentadores es indicio de la popularidad larga y persistente de estas *Coplas*, con las cuales apareció en Castilla un nuevo tipo de sátira política, una especie de *poema de la Mesta*, logrando el pastor *Revolgo* y el profeta *Arribato* notoriedad análoga á la de *Pasquino* y *Marforio* en Italia. La idea de hacer razonar á dos rústicos en su dialecto sobre los negocios públicos, reaparece en la literatura satírica de fines del siglo XVII, especialmente en los coloquios de *Perico* y *Marica*, y ha sido después arbitrio muy

(1) La primera edición conocida de las *Coplas de Mingo Revulgo* parece ser la siguiente, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Lisboa:

Coplas d' mi / go revulgo glo = / sadas por Fer = / nando de Pul = / gar.

(Grabado y título circuido de una orla de madera, en cuya parte inferior dice: *Germán Galhard.*)

4.º, letra gótica, á renglón tirado la prosa, y á dos columnas las coplas. 20 páginas sin foliatura ni reclamos, signaturas *a. c.*, de 8 páginas las primeras y de 4 las últimas.

Portada.—Glosa de las *Coplas de Mingo Revulgo*, fecha por *Hernando del Pulgar* para el señor conde Haro (sic), condestable de Castilla.

Ocupa entera la página última el escudo de las armas reales de Portugal, grabado en madera.

Formar catálogo de las posteriores, sería tarea poco útil. En el *Catálogo de Salvá* pueden encontrarse descritas algunas.

Hállanse reimpresas estas *Coplas* al fin de la *Crónica de Enrique IV*, de Diego Enriquez del Castillo (edición Sancha, 1787), y en el primer tomo del *Ensayo*, de Gallardo.

usado, especialmente en la poesía regional (gallega, bable...), y aun en los diálogos *gauchos*, de la América Meridional.

Las *Coplas de Mingo Revulgo* continúan tan anónimas como las *del Provincial*, por más que sin fundamento se hayan echado á volar diversos nombres. Únicamente merece tenerse en cuenta el de Hernando del Pulgar, siquiera por el respeto debido á la autoridad del P. Mariana (libro XXIII, cap. 17), que afirmó sin vacilación y como cosa creída en su tiempo, que «Pulgar trazó unas coplas muy artificiosas que llaman de *Mingo Revulgo*, en que calla su nombre por el peligro que le corriera.» A lo cual añade el P. Sarmiento (número 872 de sus *Memorias para la Historia de la Poesía*) que «sólo el poeta se pudo comentar á sí mismo con tanta claridad, y no otro alguno, y que sólo el comentador pudo haber compuesto aquellas coplas». Pero ni consta que Pulgar fuese poeta, ni el sentido político de las coplas es tan intrincado que no fuera empresa fácil para Pulgar ó para cualquier otro contemporáneo el descifrarlas sin necesidad de haber sido su autor.

La forma métrica de las *Coplas de Mingo Revulgo* no ofrece materia á particulares observaciones. El metro es el octosílabo popular, como lo pedía la índole de la composición, y cada copla se compone de una redondilla y una quintilla, desligadas entre sí y con consonantes independientes.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

EN EL PALACIO NUEVO

Desde el día 14 hasta el 31 de Mayo, por rara excepción, con motivo de las fiestas madrileñas, y ahora desde el 5 de Julio en que se celebró la reapertura oficial, el público ha disfrutado y disfruta de libre entrada en el Museo Nacional de antigüedades; es decir, que sin pagar, sin el eterno obstáculo de las papeletas, por derecho propio, la masa común ha recorrido y recorre gozosa las amplias salas que en los pisos bajo y principal del Palacio de la Biblioteca y de los Museos Nacionales ocupa tan importante centro docente. El número de visitantes, en los días de Mayo pasaría de diez mil; su calidad fué varia, desde el extranjero *touriste* y el aficionado madrileño hasta el rústico *isidro*, con el típico traje de su país, y el tendero de clase más humilde.

No faltó, por cierto, entre los *isidros* de este año, un incrédulo que al leer en cierto rótulo del Museo «*Vasos del siglo IV antes de Jesucristo*», refiriéndose á los arqueólogos clasificadores de las colecciones, exclamara:

—«¡Embusteros! ¿Lo han visto ellos?»

Pero de seguro que si en manos de este sujeto cae un objeto antiguo, después de haber visto tantas *embusterías* cuidadosamente guardadas entre los cristales de las vitrinas del

Museo, no lo destruye, no lo tira, sino que busca un *embustero* que se lo compre.

Hay visitantes cultos, que, deseosos de sacar provecho de la visita, recurren á la amistad de alguno de los empleados facultativos del Museo. Dichos visitantes llevan en los labios una pregunta sacramental terrible: «¿Y esto que significa?» El *cicerone* procura en breves palabras satisfacer tan natural curiosidad; hasta que el visitante, alejándose de las vitrinas como de una nube que se le viniera encima, exclama con la sinceridad propia de la confesión espontánea:

—Esto es cosa para Vds.

Hay, también, el visitante necio, que, mirándolo todo con frívolo desdén, dice con aire convencido:

—«Esto es un lujo de las naciones. Sólo sirve para recreo.»

Estas y otras especies, harto frecuentes entre el público, demuestran la falta de costumbre de visitar museos que hay en España; y la necesidad de hacerle comprender á todo el mundo que tales visitas son el medio más práctico, más fácil y pronto de instruirse en materias que se desconocen. Ridículo sería pretender que cada uno de los visitantes del Museo Arqueológico saliera hecho un arqueólogo; la ciencia es para los sabios; pero el Museo no puede ser exclusivamente para éstos, toda vez que la ciencia en los Museos es sólo un medio de presentar las colecciones con el debido método para facilitar la enseñanza de ciertos conocimientos. Cada visitante, según el grado y la calidad de sus aficiones y de sus aptitudes, sacará de allí el fruto que pueda, desde la satisfacción del placer estético, que es una gran necesidad moral, ó la instrucción en materias ignoradas, que es una gran necesidad intelectual, hasta la admiración inconsciente y el respeto á la Historia.

El conocimiento del pasado de la humanidad constituye un deber y un derecho de toda generación nueva. A fin de facilitar ese conocimiento, las colecciones de nuestro Museo Arqueológico Nacional se han distribuido é instalado en las salas del nuevo palacio por el orden que marcan y con las se-

paraciones que imponen la Cronología y la Geografía, para de este modo reconstruir sistemáticamente lo pasado con los restos y productos auténticos de todos los pueblos y de todos los tiempos. Se busca, en una palabra, que el público pueda, por sí mismo, deletrear en el libro de la Historia.

Por nuestra parte, deseosos de contribuir á esa obra de atracción del público al Museo, invitamos á los lectores á una excursión por aquellas salas, sin la molestia y el cansancio de andar tanto. Una descripción no cabe en los límites de un artículo; un examen erudito sería enfadoso y expuesto á recibir por contestación la consabida frase: «Eso es para Vds.» Queremos hacer ver cómo un Museo Arqueológico tiene su lado ameno, su parte entretenida, su historia anecdótica y, en el fondo de todo esto, una enseñanza.

*
* *

Conserva el Museo en su nueva casa la división en cuatro secciones con que se estableció. Cada sección forma por sí sola un museo especial. Estas cuatro secciones son: 1.^a, *Protohistoria y Edad Antigua*; 2.^a, *Edades Media y Moderna*; 3.^a, *Monetario*, y 4.^a, *Etnografía*.

En la sección primera encuentra el visitante en la primera sala las antigüedades prehistóricas ó protohistóricas. No se cuentan desgraciadamente, entre sus colecciones, la más importante de lo español, que es la formada por los hermanos Siret, con abundantes objetos descubiertos en comarcas del Sudeste de la Península; pero hay suficientes ejemplares de varios yacimientos de España, como de Francia, Escandinavia y de los lagos de Suiza, para dar una idea de esa parte de los conocimientos que sirve de unión entre las ciencias naturales y las ciencias históricas, porque toma por punto de partida los datos geológicos y antropológicos para llegar, por medio de

la Arqueología, hasta los umbrales de la Historia propiamente dicha.

En la colección española figuran á la cabeza los instrumentos de pedernal tallados con pasmosa habilidad por el hombre primitivo. Verdaderamente es asombroso que de un pedazo de pedernal se hiciera un cuchillo de dos filos agudísimos. ¿Y eso es prehistórico?, preguntan los incrédulos; á lo cual no cabe otra contestación que hacer notar la imposibilidad de que en cuantos puntos del globo se han hallado cuchillos tallados, haya habido un centro de falsificación.

Después de los instrumentos tallados, los pulimentados, la típica hacha que los labriegos de casi todas partes conocen con el nombre de *pedra de rayo*, objeto de tantas supersticiones desde la Antigüedad misma. El hacha, el mazo, el mortero, el pulidor, el cuchillo, como instrumentos; por arma la flecha con aguda punta de pedernal; por vasijas los cuencos, ollas y aun copas de barro, modelados sin torno y cocidos en hoguera; por vestiduras trozos de un tejido de esparto y esparteñas á guisa de sandalias: tal es el ajuar de aquellos hombres primitivos, cuyos cráneos fósiles presiden las colecciones expuestas, desde dentro de una vitrina.

Cosa singular, los instrumentos de piedra de las colecciones de Francia y Escandinavia son mejores, más perfectos, están mejor trabajados que los españoles. Buen argumento para los que creen que el atraso de España tiene hondas raíces históricas.

En una vitrina hallaréis representada la segunda etapa del prehistorismo, por las hachas y las flechas de cobre, el cuchillo y las espadas de bronce.

La sala segunda da á conocer de una manera general el Egipto antiguo y algo del mundo oriental que recorrió Herodoto. No poseemos aquí sino restos exiguos de aquellas civilizaciones seculares que han exhumado los Champollion, Mariette, Botta, Layard, Sarzec, Dieulafoy, Cesnola, Renán y tantos otros incansables exploradores, comisionados por na-

ciones ricas y ardorosamente interesadas en el adelanto científico. Después de la ruda lucha por la existencia que revelan los objetos prehistóricos, el reposo de la muerte, representado como preocupación dominante de todo un pueblo en los ídolos, los sarcófagos y las momias del Egipto. El contraste es vivo; la lección elocuente.

Los dioses egipcios, con su rostro plácido, su actitud solemne, revelan al curioso el drama naturalista inspirado en el curso solar. Hay en esta colección importantes bronce, de fina labor y exquisito gusto, que permiten apreciar lo que llegó á valer el arte egipcio. La repetida imagen de Isis con su hijo Horus en el regazo, recuerda la de la Virgen cristiana. Luego viene la inmensa serie de las efigies de momias, las *respondientes*, así llamadas, porque eran las encargadas de responder por el difunto, desde la tumba, á los llamamientos de la divinidad.

Lo que más atrae y excita la curiosidad de los visitantes son las momias. Pero ¡oh decepción! Las momias están fajadas como las criaturas de pecho; sin duda los egipcios eran fajados dos veces: cuando empezaban á vivir en la tierra y cuando empezaban á vivir en el cielo. Imposible ver una momia egipcia sin sentir deseo de despojarla de su dorada careta, de sus cartones pintados, de las inconmensurables fajas que ocultan sus carnes; y aun así, corréis el albur de encontraros con un lienzo pegado al rostro. En cambio, pueden verse los ataúdes y sarcófagos, cuya serie ha aumentado con el donativo que ha hecho recientemente el gobierno egipcio. Cinco son los sarcófagos regalados, procedentes del cuantioso hallazgo de las tumbas de los sacerdotes de Ammón. Los sarcófagos egipcios con su tapa, que reproduce la figura de la momia, sus pinturas de vivos colores, imágenes misteriosas y jeroglíficos, revelan por sí solos el cuidado exquisito y el lujo con que aquellas gentes enterraban á los muertos. Nada menos que un ataúd con dos tapas y un sarcófago que lo encerrara todo eran menester para sepultar á una persona medianamente aco-

modada; y todavía cerraban la entrada de la tumba de modo que ningún nacido pudiera encontrarla.

En las antigüedades egipcias todo habla de la muerte. ¿Es que los egipcios no reían, no disfrutaban de la vida? Sí: en una vitrina del Museo hallaréis los adornos con que se engalanaban y los tarritos en los cuales tenían las egipcias el antimonio con que por capricho de la coquetería se pintaban los párpados y fingían con un trazo horizontal tener los ojos más rasgados de lo que quiso Naturaleza.

A los aficionados á fechas remotas les recomendamos la vitrina que contiene momias de animales sagrados, cigüeñas, gatos, cocodrilos, pan, que ya no permite se le hinque el diente, y otra vitrina en que hay variedad de telas, algunas finísimas, de hilo; no porque todo esto sea más antiguo que lo demás, sino por ser prodigioso que cosas tan deleznable se conserven.

En las tumbas egipcias, donde momias, muebles, utensilios, frutos y comestibles han pasado una soledad de siglos, los exploradores lo han encontrado todo intacto, y en sus manos se han desmoronado los sarcófagos y se han convertido en polvo las flores de las coronas con que manos piadosas ciñeron las cabezas de las momias. El autor de estas líneas ha visto florecerse en el Museo el pan que dentro de las vasijas en que fué depositado hace cuatro mil años, había resistido el viaje desde Egipto.

También pueden admirarse trozos de púrpura, aquel famoso producto textil de la antigüedad, en unos restos de trajes de los cristianos coptos de los primeros siglos.

Del Oriente sólo encontraréis unos ladrillos de Nínive con inscripciones cuneiformes, vidrios fenicios, estatuillas y vasos pintados de la civilización greco-fenicia de Chipre. Tan reducida colección de antigüedades orientales presta en el Museo mayor utilidad de lo que parece, pues sirve de preparación para examinar con provecho la sala siguiente, que es la que contiene las antigüedades españolas de la época colonial, de la

España ante-romana, en la que tanta influencia tuvo la gente púnica.

Dicha sala, de nueva creación, es una de las más interesantes del Museo, no sólo por lo que hoy contiene, poco más que la interesantísima colección de esculturas greco-fenicias del *Cerro de los Santos*, sino por lo que con el tiempo puede acrecentarse, hasta representar con abundante caudal de antigüedades recogidas en nuestro suelo un período tan importante de la historia patria como es el que inauguran los primeros colonizadores fenicios y griegos y termina con la consolidación de la cultura romana en la Península. No nos detendremos en las antigüedades del *Cerro de los Santos*, que tienen su historia y hasta su leyenda; no nos detendremos tampoco en las inscripciones celtibéricas, cuyo alfabeto se conoce, pero no la lengua á que éste corresponde, y de las cuales la más extensa de las conocidas es una grabada en plancha de plomo que se ve en la vitrina central de esta sala, juntamente con las joyas, collares y brazaletes de oro, ídolos de bronce, cuyas diferencias de sexo están harto marcadas, y cerámica de los iberos. De éstos hay también en otras vitrinas útiles de laboreo, rejas y hoces, y armas, sobre todo espadas de hierro, las espadas con que los iberos se defendieron de los romanos. Alguna de ellas muestra en la empuñadura exquisitas labores de gusto griego.

En las salas siguientes impera el mundo clásico, las civilizaciones que en la Grecia y en Italia prepararon la preponderancia y el progreso de Europa. La sala de bronces nos descubre la vida íntima del pueblo romano. Allí están los idoliillos, los *penates*, imágenes de Júpiter, de Minerva, de Venus, de Mercurio, de Hércules, á que se encomendaban los romanos, escogiendo cada cual el dios ó la diosa de cuya protección se sentía más necesitado; allí se encuentran bustos de emperadores, representaciones de sacerdotes y sus asistentes, gladiadores é histriones; allí veis todo género de utensilios, el peine, el rasurador, los espejos metálicos con artísticos grabados etruscos, jofainas y lebrillos; adornos indumentarios, colla-

res de plata y de cobre, brazaletes, *fibulas* ó imperdibles para sujetar los mantos ó las correas de las sandalias; llaves y candados; pinzas, cuchillos, espátulas y otros instrumentos de cirujano; punzones para escribir en las tablas enceradas; *romanas*, balanzas y pesas; vasos del servicio de los templos, menaje de cocina ú ollas, marmitas, calderos y coladores, platos y botellas de mesa. En una vitrina especial encontraréis las lámparas y lucernas, de uno ó más mecheros, que, á pesar de los mascarones y figuras que las adornan, dejan muy triste idea del tufo de que disfrutaban y de la mortecina luz con que se alumbraban los antiguos. Las armas etruscas y romanas forman otro grupo, en el que no faltan enseñas militares; *glandes* ó piezas arrojadizas de plomo, cascos, trozos de coraza y una *ocrea* (pieza defensiva de la pierna). Por último, en sitio preferente se ven los broncees epigráficos. Sabido es que los romanos grababan el texto de sus leyes en tablas de bronce. Nuestro Museo es el único que posee de estos documentos.

Dos de estas tablas son los famosos broncees de Osuna. Contienen algunos capítulos de la ley otorgada á la colonia *Juliae Genetivae* por el dictador César en el año de su muerte, 44 de Jesucristo. La otra es el bronce de Itálica, y permite leer un fragmento de cierto discurso pronunciado en el Senado, apoyando un proyecto de senado-consulta, en tiempo de los emperadores Marco Antonio y Commodo (siglo II), encaminado á imponer á los *lanistas* ó maestros empresarios de gladiadores, el precio de éstos, para evitar los abusos que se venían cometiendo á la sombra de impuestos que los municipios exigían como legítimos. Sobre este punto cree el orador que debe defender á los emperadores, y exclama: «Todo el dinero de estos principes está limpio y no manchado con gotas de sangre humana, ni contaminado con la ignominia de la más repugnante ganancia, invirtiéndose con tanta escrupulosidad como se recauda (1).»

(1) De la traducción del Dr. Rodríguez de Berlanga, escrita en su erudito libro *El Nuevo bronce de Itálica*: Málaga, 1891.

La sala siguiente es la destinada á la cerámica artística: vasos pintados y figuras de barro, unas dos mil piezas entre todo, que permiten, mejor que ninguna otra colección del Museo, apreciar en sus rasgos esenciales la historia del arte griego. Porque los vasos de estilo oriental que abren la serie, indican desde luego las fases del aprendizaje de los artistas griegos: primero decoran con labores geométricas, sobre todo *meandros*; luego con figuras de panteras, antílopes, esfinges y flores, motivos imitados del arte asiático; luego con figuras humanas que tienen todas las incorrecciones de las que dibujan los niños. Verdaderamente, estos vasos representan la infancia del arte en Grecia, como los etruscos, los peregrinos vasos de búcaro negro, que están inmediatos, representan la de Italia; sólo que en los vasos italianos los *muñecos* suelen estar modelados.

Los vasos arcáicos marcan ya en sus pinturas notable adelanto, á pesar de que los artistas todavía dibujan con arreglo á las máximas de su maestro el Oriente, y por eso las figuras tienen tanta rigidez y unas posturas tan violentas. Dulcificados estos convencionalismos tradicionales, llega el dibujo á su mayor corrección y belleza; las figuras que antes se pintaban de negro, como siluetas, sobre el fondo rojo, ahora se pintan de rojo sobre el fondo negro; y en vez de escoger por asuntos los episodios más espeluznantes y bestiales de las fábulas de centauros y héroes aventureros, que son la flor de la *guapeza* helénica, se buscan los pasajes más poéticos de la leyenda ateniense, ó los más escabrosos de los mitos de Venus y de Baco.

Así como en la sala de bronces se nos representa de cuerpo entero el pueblo romano, en la de cerámica entramos en intimidad con el pueblo griego. No sólo la mitología y el arte nos manifiestan la diferencia profunda que existe entre la Grecia austera y religiosa del tiempo de las guerras médicas y la Grecia escéptica y mundana del siglo de los lacedemonios. También resalta el contraste al comparar las tétricas re-

presentaciones del Plutón robando á Proserpina, el Hércules peleándose con hombres y fieras, la grave Minerva, las imágenes de Cibeles, la *Magna Mater*, con los arrogantes guerreros, los hermosos atletas, los felices mortales que se entregaban á las delicias de los festines, y sobre todo las graciosas muchachas atenienses ó beocias de Tanagra, aún vivas y provocadoras en esas incomparables figuras de barro, con sus mantos garbosamente ceñidos de modo que acusan las gallardas formas. Bien merecen la visita el Museo estas chulas retrospectivas, que conservan toda la sal de la clásica Grecia, y revelan que no tenía nada que pedirle en este punto á la *Tierra de María Santísima* la *Tierra de la sacratísima Minerva*.

La sala siguiente es lo que en el lenguaje del Museo se llama el *patio romano*, un patio cubierto, lleno de esculturas de mármol, restos arquitectónicos, inscripciones y mosaicos, entre estos algunos preciosos de Herculano. En este patio, más que en la sala de bronce, está representada la España romana, sobre todo en la abundante colección epigráfica, con sus columnas *miliarias*, aquellas que se encontraban cada mil pasos en las *vías* romanas; con sus aras dedicadas á las divinidades protectoras; con sus cipos monumentales y la larga serie de lápidas que comienzan con la dedicación D. M. S. á *los dioses manes sagrados* y terminan con la piadosa fórmula: H. S. E. T. T. L. *Aquí yace; séale la tierra ligera*. Como en la sala egipcia, aquí hay algo de cementerio. Dentro de las urnas marmóreas están las cenizas, los calcinados huesos de algunos romanos españoles que no pensaron, sin duda, acabar su último sueño en las salas de un Museo, donde la ciencia y la curiosidad intentarían en vano resucitarlos. Pero al lado de las cenizas y de los recuerdos de los muertos están las estatuas y bustos que glorificaban á los dioses é inmortalizaban á los hombres.

¿Qué más? En las dos últimas salas hallaréis en una los ex votos paganos, cabezas, manos, pies, toros, cerdos y caba-

llos, de barro, como ahora los ex votos de cera, y las figuras modeladas en la España romana, que nos enseñan lo cuidadosas que eran de su peinado las cordobesas y lo caprichosas que eran en ese mismo punto las mujeres de *Urso* (Osuna); y en la otra, que un compañero nuestro llama *la cocina*, encontraréis todo género de vasos comunes de barro y de vidrio: esas ánforas, puntiagudas por abajo, para mejor hincarlas en la tierra movediza de las bodegas, ánforas de las que sirvieron para transportar nuestros vinos y cereales, algunas de ellas recogidas del fondo del mar, donde la Naturaleza supo adornarla con preciosas conchas; el gran *dolium* ó tinaja esférica, destinado á conservar vino; numerosas piezas de vajilla; finos vasitos de Mahón, piezas del famoso *barro saguntino*; y entre los vidrios, embellecidos por el tiempo con peregrinas irisaciones, frascos y botellitas para esencias, de los que el vulgo llama *lacrimatorios*, sin caer en la cuenta de que los antiguos empleaban perfumes hasta para sepultar á los parientes.

La sección segunda es completamente española. En ella pueden apreciarse, por separado, las dos corrientes de civilización que se desarrollaron en la Península: la cristiana, desde las postrimerías del mundo pagano hasta nuestros días, la mahometana desde la caída de la monarquía visigoda hasta la expulsión de los moriscos. Por riguroso orden histórico, el prólogo de esta sección lo forman las antigüedades romano-cristianas, correspondientes á los cuatro primeros siglos de la Iglesia: sepulcros marmóreos en que el arte romano decadente representó á nuestros primeros padres expulsados del Paraíso, la multiplicación de los panes y los peces, la resurrección de Lázaro y otros pasajes bíblicos; lápidas sepulcrales y las lamparillas de barro con que aquellos primeros fieles alumbraban en las catacumbas los sepulcros de los santos mártires. Seguidamente hay que dirigir la atención á las antigüedades visigodas, cuyas piezas capitales en el museo son la lápida sepulcral que cubría el famoso tesoro de Guarrazar, y una parte de

éste, es decir, un collar y dos brazos de cruz, de oro con labores caladas.

Después hay que transportarse al *patio árabe*, otro patio cubierto, adosados á cuyos muros veréis típicos arcos de peregrinas lacerías y labores de ataurique que marcan el proceso de aquel arte incomparable, el arte ornamental por excelencia, desde su período clásico y severo, que representa la mezquita de Córdoba y los caprichosos decorados de la Aljamería, hasta la brillante decadencia granadina. Allí están las inscripciones arábicas con las eternas invocaciones á *Alah*, las pilas para abluciones que había en los patios de las mezquitas, los brocales de los aljibes; están los productos de las industrias mahometanas, de que á menudo se servían los cristianos, como lo prueba el manto de brocado del infante Don Felipe, hijo de San Fernando; arquetas de labor exquisita en plata y en marfil, joyas de filigrana de oro, y platos con labores de reflejo metálico. Estos platos, son la envidia y la preocupación de los aficionados, y revelan con los leones y otros motivos heráldicos, y la leyenda *Ave Maria gratia plena*, hasta qué punto el arte de los moros influyó, provechosamente, en el arte de los cristianos. Estas alianzas de las dos razas enemigas, que justifican la permanencia de la mahometana en España por espacio de ocho siglos, se reflejan vivamente en esta sala, juntamente con el fanatismo que no permitió á aquellas gentes tan adelantadas é industriosas, separarse de un canon artístico diferente por completo de todos, y mantenido con rara constancia y con peregrinas variantes.

En las demás salas de la sección están proclamando, por el contrario, los productos cristianos, la variedad de estilos adoptados sucesivamente para encontrar fiel expresión á los ideales estéticos; primero los estilos románico y ojival, luego el Renacimiento del antiguo, de la forma pagana convertida hacia la idea cristiana. Reparad aquellas esculturas marmóreas, bultos sepulcrales, efigies orantes; aquellos capiteles cuajados de la-

bores y de peregrinas imaginerías; aquellos marfiles primorosos, entre ellos el hierático, y por esto mismo espantable, crucifijo, regalado á la iglesia de San Isidoro de León por los reyes D. Fernando el Magno y doña Sancha; las cruces procesionales de plata, el báculo del antipapa Luna y otras piezas de orfebrería; los ricos esmaltes, las pinturas, las tablas, los tapices, los bordados, las lozas de la España austriaca y las porcelanas borbónicas: por doquiera encontraréis las inagotables invenciones, la sucesión de los gustos, la abundancia de ideas, las múltiples variedades de la forma, con que en el trascurso de doce siglos ha probado nuestra raza su genio y sus poderosas aptitudes en el vasto campo de las artes decorativas. Para completar estas observaciones podéis visitar el *Monetario*, donde hallaréis expuestas las medallas, entre ellas la magnífica de plata del rey de Aragón D. Alfonso V. Si deseáis robustecer aquel estudio comparativo, recorred las salas que ocupan las colecciones etnográficas, donde surgirán ante vuestros ojos esas civilizaciones estacionarias de la India y de la Persia, de la China y del Japón, de los indígenas de Filipinas, y por otra parte las antigüedades americanas, repartidas convenientemente en cinco salas, donde encontraréis los instrumentos de piedra tallada característicos del prolongado prehistorismo de los indios del Norte; las obras monumentales de los pueblos mejicanos, sus escrituras misteriosas; los ídolos é insignias de oro que constituyen el tesoro de los Quimbayas, que el gobierno de Colombia regaló á España; los vasos peruanos que os pintan con rara escrupulosidad los tipos de raza, las creencias, las costumbres, los gestos, las enfermedades y hasta los caprichos y los vicios de los antiguos pobladores del Perú; y en fin, la influencia española junto á la persistencia del estado primitivo y salvaje.

Lo dicho no es más que un bosquejo, un mal borrón de lo que el Museo contiene. Juzgue el lector si el verlo será curioso, el examinarlo ameno, el estudiarlo interesante y seguro medio de alcanzar uno de los placeres más grandes de la inte-

ligencia, que es el de arrancarle á lo pasado sus mejores secretos, aquello de que no habla la Historia ni cuenta la tradición, todo eso que determinan las creencias, las costumbres, los medios de la vida; en suma el carácter, la fisonomía especial de cada pueblo ó de cada época.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

RECUERDOS

Los primeros meses de mi estancia en Almería como ingeniero único de la provincia, son los más aburridos que recuerdo haber pasado en toda mi existencia.

Sólo disfrutaba de una ventaja, y era que todo el tiempo me pertenecía, y con entera libertad y sin daño alguno del destino que desempeñaba, podía dedicarme á mis lecturas favoritas.

Mis lecturas favoritas ya se saben cuáles son: las de obras de matemáticas y las de libros de literatura.

Me había llevado de Madrid unas cuantas obras de altas matemáticas; á saber, entre otras, las tituladas: *Recherches Arithmétiques, par Gauss*; *La Teoría de los números, de Legendre*, y la *Mecánica analítica, de Lagrange*. Como ve el lector, me iba remontando á lo clásico, y una vez en este género, no quise ser menos en literatura y también me llevé de Madrid la *Iliada* y la *Odisea*, traducidas al francés por decontado, y además el *Fausto* de Goethe, la segunda parte inclusive.

No era lo clásico en literatura lo que más me encantaba; pero me creía en la obligación de leer aquellas creaciones famosas que todo el mundo alaba, aunque no las haya leído todo el mundo, y que alguna virtualidad tendrán en sí, cuando viven á través de los siglos.

Tenia yo presentimiento de que iba á aburrirme soberanamente en Almería, y quise que el aburrimiento fuera completo y soberano.

Para desengrasar, busqué y pedí novelas á los amigos de por allá, porque de Madrid no pude llevarlas: una novela la despachaba yo en un día ó dos á lo sumo, y no era cosa de comprar en Madrid toda una biblioteca para transportarla á mi distrito.

Al fin pude encontrar una buena parte de las novelas de Balzac.

Y con Gauss, Legendre, Lagrange, Homero, Goethe y Balzac, iba matando las horas que pretendían matarme de hastío, y con esto y aprender y olvidar los nombres de los buques que entraban y salían iba pasando el tiempo.

Como ve el lector, el literato activo no había empezado á funcionar en mí: jamás en aquellas horas de abrumador cansancio se me ocurrió ni hacer versos ni escribir ningún drama. Lo único que escribí fué unos artículos que mandé á la *Revista de obras públicas*, y que en esta colección se publicaron, sobre una máquina de movimiento continuo que había inventado un relojero de la Puerta del Sol, y que por entonces metía mucho ruido en Madrid.

Pero no quiero faltar á la exactitud biográfica ni en un ápice.

He dicho en otra parte, que no hice ni un solo verso hasta los cuarenta años y ahora recuerdo que esta afirmación no es exacta.

Estando en Almería, y en las cartas que escribí á mis padres, mandé dos ó tres romances dedicados á mi hermano Miguel, sobre el tema de su inesperado nacimiento en Quintanar de la Orden.

En junto serían 150 ó 200 versos; valga, pues, la verdad absoluta.

A los dos ó tres meses ya empecé á tener amigos y relaciones, y muy simpáticos aquéllos, y muy agradables éstas;

pero no podían llenar, ni relaciones sociales ni amigos, el inmenso vacío de Madrid y de su vida activa y poderosamente intelectual, que existía en mi alma: vacíos de mucha vida, sólo con mucha vida se llenan.

Atenuaban algo mi aburrimiento pero no cegaban el manantial.

En aquella temporada conocí y trabé amistad muy cariñosa con el inspector de minas D. José Monasterio. Un caballero completo, una buena inteligencia y un carácter bellísimo.

No he conocido un hombre más amable: cariñoso sin afectación y de sentimientos dulces y humanitarios.

Jamás le vi enojado; jamás noté en él ni hostilidad contra nadie, ni sombra de rencor.

Espíritu abierto á todas las ideas nobles y á todos los ideales del progreso, fué compañero mío años después en la Sociedad para la reforma de Aranceles de Aduanas. Era librecambista; avanzado en política; y como orador, hablaba bien, pero sus discursos no ofendían á nadie. Hombre que más respetase la dignidad ajena no ha existido, y sus simpatías y sus entusiasmos por las clases humildes no tenían ni límites ni medida. Su familia, que era también muy simpática, casi se lamentaba de la blandura excesiva de Monasterio para con los sirvientes; y cuantos estaban á sus órdenes, así los ingenieros subalternos como los capataces de minas, le profesaban gran respeto por su ciencia y por su rectitud, pero sobre todo gran cariño.

Pues bien: este hombre, digno, inteligente y bondadoso, D. José Monasterio, repito, al cabo de sus años, tras una vida inmaculada en que siempre procuró el bien de los demás, murió bárbaramente asesinado, no sé si por los mineros de Linares ó de Almadén, que después de destrozar su cuerpo á balazos y á puñaladas, le arrastraron en triunfo como si hubieran librado á la sociedad del mayor de los monstruos. No recuerdo acción más infame ni más estúpidamente bárbara.

*
* *

La casa de D. José Monasterio era la que yo más frecuentaba en Almería, aunque también hice buena amistad con el ingeniero de minas Cifuentes, con los Rodas, con los Spencers y con un oficial de marina, el Sr. M.: no digo su nombre, porque luego he de referir una de sus aventuras.

Como la tierra de Almería, á pesar de todo, continuaba siendo bastante aburrida, le pedí distracción al mar, y aprovechando la lancha del puerto, empuñando yo mismo el timón, y con tres ó cuatro buenos remeros, daba grandes paseos por dentro y por fuera del espacio que protegía el muelle, ó lo que había de ser muelle.

Debí yo ser en aquella temporada el terror de los pobres marineros de mi lancha. Cuando el mar estaba algo alterado y había olas de alguna importancia, entreteníame en hacer experiencias sobre el manejo del timón y sobre la estabilidad de la barca.

Unas veces cortaba las olas normalmente, subiendo y bajando *por la línea de pendiente máxima*; otras veces las cortaba en dirección oblicua, subiendo la colina líquida que la ola formaba, por líneas *más ó menos inclinadas*; y era de ver entonces la cara que ponían los pobres remeros, entregados por ley cruel de la disciplina á los aburrimientos y caprichos de un chiquillo de veintiún años.

Ellos debían pensar algo así, yo lo adivinaba en sus fisonomías asombradas y coléricas: «Este muñeco estúpido, este señorito de Madrid, este ingeniero mamón, nos echa al agua.» Y algunas veces, el más viejo de los remeros se atrevía á decirme con toda humildad: «Más á la derecha, más á la derecha, si le parece al señor, que si no volcamos»; y contestábale yo con sonrisa muy amable, porque amabilidad, á Dios gracias, no me ha faltado nunca, ni con los superiores ni con los inferiores, con éstos sobre todo: «Ya, ya; ya lo sé: es que estoy probando...» Y discurrirían los remeros: «¿Qué probarás tú: el modo de ahogarnos?»

No paraban aquí mis experiencias con la lancha. El mo-

mento de atracar al muelle era un momento supremo. Hasta muy cerca de la escalinata llegaba la escollera, y como yo quería llegar á la escalinata *paralelamente á ella*, de modo que la embarcación, sin choque, fuera blandamente á ceñirse al primer escalón, la dificultad era grande. De lejos no se podía tomar la curva, porque la escollera lo impedía, y al salvar la escollera, la curva había de ser rapidísima; como por otra parte, yo no quería que los remeros me ayudasen, ni poniendo las manos en la piedra de la escalinata ni con el piquero (creo que así se llama), le daba yo á la pobre lancha, sobre todo al principio, unos tremendos testarazos.

Cómo estaría mi espíritu de aburrido y cansado, cuando buscaba entretenimiento en estas pequeñeces; y cuán grande sería la insustancialidad y la monotonía de los demás sucesos de aquella mi existencia, cuando tomaba carácter de importancia *la manera de atracar la lancha en el muelle*, y cuando este recuerdo se ha grabado profundamente en mi memoria, tanto que aún ahora mismo, al dictar estas líneas, siento el impulso de tirar de uno y otro de los dos cordones que servían para manejar el timón.

* * *

A los dos ó tres meses de estar en Almería fué una compañía dramática á actuar en el teatro de aquella población y entre varios amigos tomamos un abono diario á palco.

La compañía era muy mala, al menos en comparación de las que yo había visto en Madrid, y este nuevo entretenimiento sólo sirvió para exacerbar mi nostalgia por la corte y por sus teatros.

¡Oh, aquella *Adriana*, en cuyo estreno estuve y cuyas seis primera representaciones presencié con toda la constancia de un alabardero! ¡Aquella *Ley de raza*, de Hartzenbusch,

que á tantas polémicas dió lugar y en que la crítica le demostró como dos y dos son cuatro, que ni sabía historia, ni gramática, ni versificar siquiera! ¡Aquellas noches de estrenos tumultuosos, en que se enardecía el espíritu y batía la sangre, y se disputaba y se reñía! ¡Todo aquello estaba muy lejos: en cambio veía yo un teatro casi desierto, unos cómicos que casi rezaban, y un repertorio de lo más extraño y de lo más cursi que he visto en mi larga vida en que con tantas cosas cursis he tropezado! Consignaré, sin embargo, un dato curioso.

Poco antes de mi salida de Madrid había presenciado el estreno de un drama, que tuvo bastante éxito y que resultó ser de un conocido escritor.

El drama tenía tres actos.

Pues bien; en el teatro de Almería y en aquella temporada á que me refiero, vi representar el mismo drama, pero con otro título, y con gran sorpresa mía, después de los tres actos vino otro más; de suerte que si el drama de Madrid constaba de tres actos, el de Almería constaba de cuatro. Para salir de dudas, procuré enterarme, y resultó que dicho drama estaba traducido literalmente del inglés y que el literato en cuestión, para darlo como original, se había limitado á suprimir el cuarto acto: el procedimiento es ingenioso y sobre todo cómodo. Pero dejemos en paz, como se dice en el *Don Juan Tenorio*, á los que descansan en Dios.

*
*
*



Dije poco ha que tenía que referir cierta aventura de mi amigo el oficial de marina señor M., y voy á referirla.

Suelen acusarme los críticos de exagerado y artificioso; suelen tachar mis combinaciones dramáticas de poco verosímiles, y no saben mis respetables censores que la mayor parte

de esas combinaciones que critican *han sido tomadas*, al menos en su esencia, de la realidad.

Yo he vivido bastante, he visto mucho, y ha almacenado mi memoria numerosos incidentes y pormenores de que luego me he servido cuando ha llegado, á mi entender, la ocasión oportuna.

En cambio, los respetables críticos á que me refiero suelen ser jóvenes, no han corrido mundo, apenas tienen experiencia de la vida y de cualquier cosa se asombran, y todo lo tachan de inverosímil cuando no de absurdo.

Se forjan una especie de lógica convencional que han extraído de sus lecturas y de su escasa experiencia, y todo lo que no se acomoda á esos moldes estrechos les parece imposible y desatinado.

Reconozco su buena fe y hasta reconoceré su buen sentido, pero apelo de sus fallos de hoy á los fallos que dicten cuando sean mayores de edad: de edad literaria, se entiende, si es que aprovechan mejor el tiempo futuro, que aprovecharon hasta la fecha el tiempo pasado.

Y vamos á referir la aventura en cuestión, que nada tiene de extraordinaria ciertamente, que no es aventura de folletín, pero que en el orden moral y en el orden lógico es tan repugnante como innecesaria é inverosímil.

Es un simple detalle, pero que da algo que pensar sobre el estado de ciertas almas desdichadas y de ciertas conciencias turbias.

He dicho que entre varios amigos tomamos un abono diario á palco, y entre esos amigos estaba precisamente el oficial de marina M., de que antes hablé, que era simpático como pocos, gallardo por naturaleza y enamorado como un Don Juan Tenorio.

Al lado de nuestro palco se abonó también una viuda: y esta viuda, ya jamona, pero guapa, tenía un hijo de diez y nueve años. Su reputación, la de la madre, naturalmente, no era muy sólida; y aunque de buena familia y de alguna for-

tuna, las personas respetables de Almería no la trataban. Se le atribuían algunos galanteos más ó menos libres, pero no era, ni con mucho, lo que Eugenio Sellés llama una vengadora.

Desde las primeras funciones, mi amigo M. atendió más al palco de al lado que al escenario de enfrente, y al cabo de algunos días el oficial de marina y la hermosa viuda estaban en íntimas relaciones. El intrépido oficial ni hablaba con ella de palco á palco, ni la visitaba públicamente; pero la visitaba de diario á las altas horas de la noche, y, según él me aseguró, sin que el hijo de la viuda se enterase.

Claro es que si las visitas empezaban á las altas horas de la noche, á poco que la visita se prolongara, la despedida venía á caer en las primeras horas de la mañana.

Pues aquí viene lo curioso. Estábamos una noche en el palco dos ó tres amigos, y entre ellos M., cuando la puerta de nuestro palco se abrió, presentóse en ella con cierta timidez el hijo de la viuda, y dirigiéndose al oficial, le dijo cortésmente: «¿Tiene V. la bondad de oír dos palabras?» Inmediatamente salió mi amigo, y todos pensamos esto: el hijo de la viuda se enteró de las travesuras nocturnas de la mamá y de aquí va á resultar algo serio.

Pues no; lo que resultó fué una cosa tristemente cómica, que un crítico llamaría, con razón, absurda, repugnante é inverosímil por añadidura.

El señor M. volvió á entrar momentos después con cara de estupefacción y trayendo en la mano un objeto envuelto en un papel.

«¿Qué es eso? ¿qué ha pasado?»—le preguntamos todos;—y él, rompiendo el papel, nos enseñó una petaca. «Es la mía—nos dijo; me la había dejado olvidada anoche en la alcoba de la viudita, y se la ha dado á su hijo con encargo de que me la entregue.

No había querido esperar á la noche siguiente la buena señora, llamémosle así por cortesía, ni había sentido escrúpulo al dar á su propio hijo aquella repugnante comisión.

Díganme ahora si hay algo, en los dramas más disparatados, tan estúpidamente inverosímil como esto que acabo de referir. La deshonra innecesaria, la deshonra ante su propio hijo y el idiotismo de la pobre criatura al venirla á publicar á nuestro palco.

Vayan apuntando los censores de la literatura incidentes desatinados de la vida real.

*
* *

Uno de mis tormentos en Almería era la fonda: mejor dicho, *la mesa de la fonda*; porque yo soy sumamente delicado para la comida. Como poca cantidad de todo, pero todo ha de estar bien condimentado. La cocina es para mí un ramo trascendental. Uno de los más nobles esfuerzos del ingenio humano es una buena cocina. En la cocina se hermanan la ciencia y el arte. Entre las glorias de España está sin duda *su cocina clásica*, de la cual hoy no quedan más que restos dispersos, pero que en días felices se impuso á toda Europa, demostrando de este modo, que nuestra civilización había alcanzado mayor altura que la suya, porque la civilización y la cocina van á la par.

Cuando nuestras armas se paseaban vencedoras por el mundo, nuestros platos clásicos entraban dominadores en todos los comedores, sembrando para el porvenir los gérmenes de las más famosas cocinas extranjeras.

Materia es esta más profunda de lo que parece: entiéndase que un plato no es igual á otro plato, aunque lleven el mismo nombre y se hayan guisado con la misma receta: profundamente desiguales son, aunque las apariencias sean las mismas; si en el uno domina el genio, en el otro trampea mentiras culinarias la vulgaridad.

He dicho que la cocina tiene algo, mejor dicho, tiene mu-

cho del arte; pero del arte noble, que no se aprende, que se siente, que se olfatea, que se saborea, cuando los sentidos del cocinero son verdaderamente superiores.

Sucede con la cocina lo que con la poesía sucede. Tenemos aquí un poeta envejecido en las buenas lecturas de los buenos autores; que conoce todas las reglas de la poética y la retórica; que escribe con limpieza y con buen gusto, y sin embargo, sus versos ¡qué insípidos, por más sal ática que les ponga y por más que se esfuerza por condimentarlos!

En cambio tenemos allá un joven que no sabe poética, ni retórica, ni casi sabe gramática; que, en suma, no sabe nada, ni ha leído nada, pero que nació poeta; y por haber nacido lo que el otro no nació, sus versos palpitan con la irregular pero invencible fuerza del genio.

Pues lo mismo sucede con los cocineros; y quien dice cocineros, dice cocineras.

El cocinero nace, no se hace; cocineros hay de casa grande, de gran nota, de gran experiencia, *cordón azul* y cordón de todos los colores del iris, en resumen, hombre *cocinable* y de mucho saber, cuyos platos son de una vulgaridad irresistible, sea cual fuere la forma artística con que los presente ó el nombre afrancesado que les dé.

En cambio se viaja por esos mundos de Dios, como á mí me ha sucedido varias veces, y no pocas en mis excursiones electorales y en un pueblo de *mala muerte*, casi en una aldea, encuéntrase una *desdichada maritornes* que guisa pocos platos, pero que los guisa con la maravillosa inspiración del genio: aquello es guisar, y no el del cocinero que trae corbata blanca, que sabe hacer un *menú*, pero que sería incapaz de hacer el último guisado de carne y patatas como Dios manda y un paladar delicado como el mío reclama.

Porque no hay crítico, por severo que sea, más severo que mi paladar.

¡Cuánto no sufriría en aquella malhadada fonda! La dueña era buena mujer; pero la cocinera ó el cocinero, que nunca

tuve interés en averiguar el sexo, ¡qué desdichado engendro de la insustancialidad y del mal gusto!

Los críticos, cuando no saben otra cosa que decir, aplican á las obras literarias esta frase, *mal gusto*, que, en rigor, más debiera aplicarse á la cocina que al arte literario.

Ello es, que yo no podía comer; que con huevos fritos y un poco de carne asada (¡y allá va realismo neto!) iba entreteniéndome el hambre, y que durante seis meses no supe lo que eran las sabrosas delicias de la mesa. Decididamente, ni encontraba pasto para el espíritu, ni encontraba alimento para el cuerpo. Al ir de Madrid á Granada, había padecido los tormentos del sueño; en la fonda de Almería sufrí las torturas del hambre.

Quizá era yo de demasiado exigente, y la verdad es que estaba mal acostumbrado, porque mal acostumbrado me tenían los mimos de mi madre; pero yo sufría en silencio y sin quejarme á nadie, ni siquiera á la dueña de la fonda, mis persistentes ayunos, y así fui viviendo como pude, hasta que terminó el período de mi experiencia ingenieril en la provincia de Almería.

*
* *

Siempre los hechos presentes han despertado en mí recuerdos vivísimos de lo pasado. Vivo en perpetua comparación de lo que es con lo que fué. O evoco alegrías lejanas ó lejanas tristezas, para ponerlas á la par de las tristezas ó de las alegrías del presente. Aplico el método matemático de la comparación á todas las cosas de la vida.

Y así como las noches de sueño que sufrí en mi viaje de Madrid á Granada hubieron de despertar en mi memoria el recuerdo de mis tranquilos sueños sobre la acera murciana; así también las hambres que pasé en Almería despertaron

otro recuerdo, el de una de mis aventuras de muchacho. ¿Pero me atreveré á contarla? ¿No se enojarán mis lectores con el relato de la más insustancial de todas las aventuras imaginables? ¿No bastará, con la precedente digresión sobre la cocina para dar satisfacción al género prosaico y materialista? ¿Tendré que apurar todavía el vulgarísimo filón?

Si estas líneas que voy dictando merecieran la honra de una crítica, ¿no podría decirme el crítico que conmigo la emprendiese, que cuando los recuerdos son tan significantes, tan desprovistos de interés, tan radicalmente sosos, como estos que voy arrojando sobre el papel, ni deben contarse, ni merecen ser escritos, ni valen la pena de ser dictados, ya que no me tome el trabajo de escribirlos?

¿Para qué llenar páginas y páginas de vulgaridades sin interés, sin gracia, sin que en ellas haya caído, ni por casualidad, el más insignificante grano, no ya de sal ática, pero ni siquiera de sal morena de cocina?

Vamos despacio, que aquí surge uno de los problemas más graves de la literatura contemporánea: nada menos que el problema del realismo y del naturalismo.

¿Qué cosas se deben escribir en novelas y en dramas, y aun en memorias? ¿Cosas naturales, de las que todos los días ocurren, ó cosas extraordinarias, de las que sólo ocurren de tarde en tarde en días predestinados y siniestros?

La literatura, ¿vive de lo común y lo vulgar, ó de lo excepcional tan sólo?

Muchos hay, sobre todo los realistas empedernidos, que sólo buscan fuentes literarias en la verdad misma, por insignificante que sea la verdad. Pues bien; yo, que no opino como ellos, y que creo tener un criterio mucho más amplio, esta vez les doy gusto, y al consignar por escrito mis recuerdos, aunque me ciño á la verdad más absoluta, y porque á ella me ciño, como jamás me ocurrió ninguna aventura extraordinaria, no pudo dictar más que aventuras vulgarísimas, que ni nombre de aventuras merecen.

Naturalidad buscan los naturalistas, pues es difícil ser más natural de lo que yo voy siendo. Padecerá el estilo, que de puro natural ha de ser pedestre; padecerá el interés, que no habrá modo de encontrarlo por ningún rincón de este escrito; padecerán las leyes de la estética, tal como yo las profeso; pero la sinceridad, la naturalidad, la verdad y la insustancialidad, brillarán con todos sus rayos pálidos y ahumados y toda su luz mortecina y difusa, como día de nubes embutidas en niebla de carbón de piedra.

Fundado en estas razones, y para poner á prueba la resistencia prosaica de aquellos de mis lectores que sean partidarios del naturalismo y de la verdad á todo trance, voy á referir la aventura que tengo anunciada.

*
* *

Vuelvo atrás en la serie de mis recuerdos: á mis trece años, á mi vida de estudiante de segunda enseñanza en el Instituto de Murcia.

Eran meses de vacaciones, y uno de mis compañeros más queridos de entonces y que siempre fue amigo del alma, Bernardino Sánchez Vidal, empeñóse en que había de llevarme á casa de sus padres en Alhama de Murcia, á pasar quince ó veinte días en compañía de toda su familia.

Su padre, que fue siempre labrador, era aficionado á las matemáticas: tenía manuscrito un libro de Aritmética, al cual consagraba toda su vida intelectual, y del cual hizo quince ó veinte ediciones, por decontado manuscritas todas. Cuando terminaba *una*, empezaba *otra*; cada vez las escribía con mejor letra, mas clara y más redonda, y cada vez afinaba más y más las demostraciones. Era una Aritmética muy elemental, pero en donde no había ningún disparate, porque el padre de mi amigo fue hombre de claro entendimiento aunque poco cultivado. De día se dedicaba á las faenas de la labranza, y

por las noches á escribir la vigésima ó trigésima edición de su aritmética inédita.

Como sabía la gran amistad que yo tenía con su hijo, y como sabía que mi especialidad eran las matemáticas, quiso conocerme y tenerme á su lado unos días, para consultarme sobre la última edición de su obra.

Conseguí el permiso de mis padres para este pequeño viaje de cuatro ó cinco leguas, y en carro con cubierta de cañizo y forro de lona, y echados sobre unos colchones, en compañía de una mujer y un hombre que iban á no sé qué pueblo, emprendimos nuestro viaje Bernardino y yo.

Cuando estábamos á la mitad del camino, descargó sobre nosotros un aguacero muy parecido al diluvio bíblico: calóse bien pronto la lona, el cañizo distribuyó las aguas en espesas cortinas líquidas, y bien pronto llovía dentro del carro mucho más que fuera.

Calados íbamos hasta los huesos: el pañuelo que cubría la cabeza de *la mujer*, que con nosotros viajaba, era una esponja empañadísima en lavarla la frente y la cara, y no sin motivo, y en cuanto *al hombre*, que debía ser un labriego acomodado de aquellos contornos, y que ostentaba en el centro de su cara una soberbia nariz aguileña, el hombre digo, estuvo durante media hora que duró el aguacero en situación verdaderamente cómica.

Habiase quitado la gorra y habíala puesto bajo una manta para preservarla en lo posible del chubasco, de suerte que el cañizo y la lona descargaban sobre su cabeza descubierta grandes chorros de agua, que, resbalando sobre su ancha frente y corriendo sobre su espléndida y acaballada nariz, la convertía en un verdadero canalón.

De cuando en cuando procuraba secarse la punta, diciendo en tono tragicómico «¡Demonio, demonio! se me ha convertido la nariz en canal», y entre tanto la mujer seguía lavándose la cara con el pañuelo de la cabeza, y nosotros, como chicos, tomándolo todo á broma y no cesando de reirnos de los lavato-

rios de la pobre lugareña y de la cara de mascarón vertiendo agua, que nos ofrecía el inundado labriego.

Pero la cosa se puso seria: era imposible seguir caminando, y tuvimos que detenernos en el primer pueblo á que con gran trabajo y no menor peligro pudimos llegar.

Un labrador, gran amigo del padre de mi compañero y que también conocía y respetaba al mío, como eminencia que era en materia de Agricultura, nos dió franca y gozosa hospitalidad, y en su casa pasamos toda aquella noche, durante la cual se prolongaron la tronada y el aguacero.

El buen hombre y su mujer, que también parecía una buena mujer, se desvivieron por obsequiarnos, y nos dieron una esplendida cena, que fué para mi inacabable tormento y constante apuro.

¡Qué cena Dios del cielo! ¡Qué serie de guisotes con más grasa en el plato que agua destilaron sobre el colchón, el cañizo y la lona del carro, como sucursales de las cataratas del cielo; qué carnes envueltas en sebo de tufo repugnante; qué fritos de aceite sin clarificar y casi sin freir! Y todo lo mismo: allí hubo carnero, allí hubo cabra, también aves nos sirvieron y todo me parecía idéntico en el fondo: carnes blanduchas ó pechugas acorchadas: en suma, para mis gustos refinadísimos y mimosos de entonces, todo aquello era el prototipo de lo repugnante.

Posible es que yo exagerase, como niño acostumbrado á golosinas, pero la verdad es que mi situación se agravaba por momentos.

Era mimoso, pero no era mal criado: así, pues, todo lo encontraba admirable, pero de nada comía; prodigaba elogios á la buena señora, porque realmente la pobre los merecía; pero el estómago me daba saltos de asco y repugnancia. Y luego ¡que cantidades enormes veía yo con terror acumularse en mi plato! ¡yo, verme obligado á tragar todo aquello, cuando siempre he comido mínimas cantidades de niño melindroso, aun de los manjares que más me apetecen!

Hacía esfuerzos supremos para complacer á los amos de la casa, metía en mi boca pedazos, que no sabía si eran de carne ó de sebo según los envolvía un unto grasiento, y mientras decía con la boca llena, porque no había modo de desocuparla, y con sonrisas corteses, que todo estaba riquísimo, el sebo se me agarraba al paladar, la grasa procuraba escaparse por los pliegues de la sonrisa y olas de sangre me subían á la cabeza, más empapada de angustioso sudor que lo estuvo del agua del cielo en la inundación del carromato.

A todo esto los señores de la casa empeñados en que no comía por vergüenza, y repitiéndome en todos los tonos, «pero come, niño, come; si esta criatura no come nada, si va á morir de ayuno; si es cortedad. ¿Qué quieres? vamos, se te hará otra cosa.»

Otra cosa ¡Dios santo!, si yo sabía á punto fijo que la *otra cosa* iba á ser mucho más repugnante que las cosas y guisotes ya conocidos.

Y en esta lucha y en esta angustia, que duró todo lo que duran en un pueblo comidas y cenas de rumbo, en que los dueños se empeñan, ya que nó en echar la casa por la ventana, en echar al hogar todas las provisiones de la despensa, llegamos á los postres.

Vi el cielo abierto, porque al menos en la fruta, que era exquisita, no encontraría ni las grasas, ni los sebos, ni las piltrafas con que había tenido que luchar hasta entonces mi pobre paladar.

Y empecé á comer de todas las frutas, tanto, que la señora se alarmó, empeñándose en que era peligroso que comiese tantas cerezas, peras, higos y albaricoques, cuando no había comido hasta entonces nada de sustancia.

Para aquella buena mujer toda clase de fruta era peligrosa. Las cerezas hacían daño para la vista; los higos eran arriesgadísimos para el vientre; los albaricoques debilitaban los *tobendos*, porque ella nunca decía *tobillos* sino *tobendos*; era un diminutivo que tenía de reserva para su uso especial.

En fin, que no me dejaba tranquilo, á pesar de que su señor esposo, que era tan bonachón como fuerte y cuyos tobendos debían ser hercúleos, salía á mi defensa, diciendo con su voz apacible de bajo profundo, á su cara esposa: «Déjale, mujer, déjale; si le gusta la fruta y no ha comido nada». Pero ella afirmaba que por lo mismo que no había comido el niño nada, iba á tener el niño un cólico si se atracaba de cerezas, peras, higos y albaricoques en la forma y con el apresuramiento con que había empezado á atracarse.

En fin, que aquella buena mujer era para mí otro Doctor Pedro Recio: y por lo menos *recia* lo era.

Pero no fué esto lo peor, sino que se empeñó en que para que los postres fueran más sustanciosos, había de comerme un enorme trozo de queso.

Es de advertir que aunque ahora el queso me gusta mucho, por aquel entonces era el número uno de los manjares francamente aborrecidos por mí.

Ver aquel pedazo de queso en mi plato, ver á la buena señora empeñada en que lo comiese, y sublevarse en mi pequeño cuerpo todas las iras que en tan reducido espacio cabían, fué todo uno.

Resolví jugarme el todo por el todo y por decontado no probar el queso, para lo cual, aprovechando la animación del final de la cena y á la sombra, por decirlo así, de las risas de unos y otros y de la conversación general, cogí el pedazo de queso y me lo guardé en el bolsillo de la chaquetilla.

Imaginaba yo que ésta había sido mi salvación; pero antes fué mi perdición y ruina total de mis alientos, porque como reparase la cariñosísima señora, que el queso había desaparecido, sin sospechar el escamoteo, atribuyó el hecho al apetito, y encarándose con su esposo le dijo alborozada: «¿Ves, hombre, ves; se lo ha comido entero. Gracias á Dios, que le gusta algo de sustancia. ¿Pero por qué no pedías mas, hijico?» Y me puso en el plato otro trozo mayor que el primero.

Desde aquel momento fuimos los dos á competencia; ella

sirviéndome pedazos de queso y yo trasladándolos á los bolsillos de la chaqueta y del pantalon.

Hasta que ella ya se detuvo, diciéndome cariñosa: «No te doy más, hijico; porque ahora de lo que te va á dar un cólico es de queso: mira, tampoco son buenos estos cólicos; que se forma una pared maestra en el estómago.»

Y así concluyó la cena, que yo creí que no concluía nunca, y á nuestro cuarto nos fuimos mi compañero y yo.

«¿Qué hago yo con este queso?, le pregunté. Dónde lo echamos que no lo vean ni lo encuentren?»

Una buena parte de la noche la pasamos los dos entre risas, bromas y apuros, ideando á dónde podría echarse el queso escamoteado.

El destino de las criaturas y el destino de las cosas no hay quien lo tuerza. Todo va á donde estaba escrito que fuese, sea cual fuere el camino que siga. Al mar van los ríos: á la muerte van los seres humanos, y el queso fué á donde por ley de su naturaleza hubiera ido de todas maneras, aun sin haber pasado por los bolsillos de mis pantalones y de mi chaquetilla.

Prometí una aventura naturalista, y más naturalista y más insustancial tratándose de comida sustanciosa, no es fácil imaginarla.

La realidad es así casi siempre, cuando se la deja ir á su capricho, y no la ilumina el ingenio, que no por ser ingenio deja de ser realidad también.

José ECHEGARAY.



EL ESPÍRITU NUEVO EN ESPAÑA

El título está literalmente traducido del francés. Nos lo aplicó un periódico de París, *Le Temps*, al comentar las unánimes manifestaciones del Congreso de los Diputados que expresaban una opinión común, sin diferencias políticas ni religiosas, con motivo de lo que ocurrió en Valencia al embarcar en aquél puerto para Roma la peregrinación obrera.

Sin embargo, hay que distinguir en él la parte sustantiva y la adjetiva. *El Espíritu nuevo* es una suposición filosófica, resultado del vigoroso injerto evolucionista, que por esta vez, apartándose de la cuestión de orígenes de las especies, del hombre y de las sociedades, ha querido estudiar el cambio que se elabora en la sociedad contemporánea prediciendo lo que ha de ser; y como nunca se sigue un régimen escrupulosamente positivo, la investigación arranca de un supuesto y éste se exterioriza en un título, de manera que la obra, como la de Musset, empieza por tener hechos los entreactos.

Difícil, con ser cosa de hoy, es decir en dónde aparece por primera vez este título. Estaba en el ambiente, se dirá. Esto es lo convenido para salir de apuros, y ya se sabe, sobre todo después de haberlo demostrado Gumplowicz, el éxito de las fórmulas simples y acomodaticias.

No obstante, todo título corresponde á la inclinación utilitaria ó expansiva á relacionarse con la inteligencia general, y entre el título que adopte el periódico, la revista ó el libro, ó el del periódico, la revista y el libro generales ó profesionales, habrá una ampliación ó una restricción de esa inteligencia, correspondiente á la iniciación del público á quien se destina la obra. Ningún autor emplea títulos extraños á su público, y, sobre todo, ningún periódico emplea títulos que no correspondan al nivel medio de la inteligencia de sus lectores.

Trátase, pues, de un concepto más ó menos generalizado, pero generalmente convenido, en un país cuya preparación para aceptar esa clase de títulos está dicha con las locuciones casi familiares; «tener espíritu», «espíritu comercial», «espíritu fuerte», «espíritu de las leyes», «perder el espíritu», etc., de cuya tendencia tenía que salir por concúbiteo con alguna novedad el remozado «espíritu nuevo».

La primera vez que conocí esa novedad fué en un libro de Paulham (*Le Nouveau mysticisme*), en que comienza por decir que asistimos actualmente á la formación de ese nuevo espíritu, que lo define como una nueva manera general de considerar al hombre y al mundo, como un conjunto lógico de ideas, de creencias y de sentimientos, que están lejos de haber alcanzado su forma definitiva y que, no sólo parece que deben diferir de los que los han precedido, sino que en ciertos aspectos se les deben oponer exactamente. Los elementos de que consta son: un misticismo que, lejos de rechazar el apoyo de la ciencia, lo solicita para penetrar en los dominios de las ciencias ocultas; otro misticismo que nace de la contemplación del sufrimiento humano; un pesimismo tierno y activo que sucede al pesimismo despreocupado, indisciplinado ó simplemente frío y científico; la formación de nuevas escuelas económicas, determinadas por las imperfecciones y vicios del estado social, en que predominan las ideas generales y los sentimientos generosos; y una necesidad, que llamaría religiosa si esa palabra no corriese el riesgo de ser mal comprendida, y que

llama necesidad moral de aproximarse á algo superior, de encontrar un principio de conducta, una base de creencia que dé unidad á las creencias y á las acciones, una doctrina coordinada que permita la comprensión del mundo y del hombre y obrar en consecuencia de ella.

¿Es una parte de ese espíritu nuevo la que se nos atribuye en la nota política de *Le Temps*? No. El concepto me parece mucho más restringido; se refiere, no á lo que está en formación, sino á lo que ya está formado; se refiere á costumbres estatuidas cuya difusión geográfica es grande, pero que no han conseguido penetrar en todos los pueblos que la civilización tiene como suyos.

No se olvide que en el mundo de las ideas y de las representaciones, las ideas y las representaciones antiguas, que por su vigor y grandeza se impusieron en la historia real ó falsamente, son las predominantes y que para desgastarlas es preciso, además del transcurso del tiempo, la interposición de otras ideas y de otras representaciones que, aunque no de tan poderosa energía, tengan la necesaria para destruir la creencia de que lo antiguo sobrevive.

En Europa la idea y la representación que se tiene de España es privativamente histórica. La España vieja, la España dominante demuestra todavía en esto su poder. La España nueva, la España hace poco naciente, demuestra también su poquedad. Para algunos aquella España constituye un estado definitivo, comienzo, nudo y desenlace de una vida histórica: el más bondadoso nos considera «muertos y enterrados hasta nueva orden». Para los más, España no es España cuando se viste á la moderna: debe ser un museo vivo; debe en sus trajes, en sus costumbres, en su constitución ser lo que dicen una historia y una literatura divulgadas. El que viene á visitar-nos con ese prejuicio, ó se va á conocer lo que sobrevive, ó fantasea sus propias convicciones, ó supone que nos hemos disfrazado. Ni que nos enlace con el movimiento europeo el ferrocarril, ni con el sistema nervioso de las naciones el telégrafo,

ni con el pensamiento general la prensa, es suficiente. La España vieja aún se nos interpone.

Por lo mismo, el espíritu nuevo que el importante periódico francés nos atribuye, no es una parte del espíritu de nueva formación de Paulham, sino una parte del espíritu que en Europa y en otros continentes derivados de su civilización representa el carácter constitucional moderno; es la *tolerancia*, y como nuestra personalidad histórica se distingue por una intransigencia real, probablemente demasiado ponderada, el calificativo surge, no de la representación común del modo de ser de las naciones progresivas que obedecen á una norma de conducta, sino de la contraposición entre ese modo de ser y el que á nosotros por supervivencia histórica nos distingue. En una palabra, se supuso que al lado del espíritu nuevo, producto de una transformación continental, existía nuestro no olvidado *viejo* espíritu, y que la penetración de aquél en nuestras costumbres, constituía una de las conquistas más recientes.

II

Lo viejo y lo nuevo en la historia orgánica del carácter, se ha querido representar como lo viejo y lo nuevo en las estratificaciones geológicas. Un terreno es el soporte de otro terreno constituido sobre él. En el superior está la vida; en los inferiores está la muerte. La vida siempre sobresa. Si el tenue polvo que depositándose lentamente para sepultar poco á poco pueblos viejos y descuidados, mancha sus vestidos, se sacude, se limpia, y sobre la naturaleza y las ciudades enterradas funda vegetaciones y ciudades nuevas. La vida sube

abandonando sus despojos inertes. Así la cuna no está al lado del sepulcro, sino sobre el sepulcro, y cada estrato geológico y cada estrato cerebral constituyen el cementerio de una vida que fué.

Pero esta representación es demasiado prehistórica ó protohistórica para que nos pueda explicar cosas muy inmediatas á la vida del individuo ó tan inmediatas como á la del individuo á la vida representativa de las naciones. Nuestra constitución nacional, nuestra grandeza y nuestra decadencia histórica son de ayer. En ese período no ha cambiado visiblemente la constitución del suelo, ni ha cambiado tampoco visiblemente la constitución cerebral de los individuos. Ni al suelo ni al individuo se le ha añadido un nuevo estrato por adventicio que éste sea. El cambio no ha sido de fondo, sino de superficie. No ha sido de acúmulos de materia, sino de transformaciones y relaciones materiales.

Lo viejo y lo nuevo tienen, por lo tanto, dos sentidos, uno vertical y otro horizontal. El acarreo de la vida tiene consecuentemente dos representaciones. El hombre, para subir del abismo á la cima, no espera á que el acarreo geológico sea lentamente su ascensor; se *acarrea* él mismo; sube, desciende, se traslada, emigra y establece relaciones para subir, descender, trasladarse y emigrar más fácilmente. De este modo, la obra lentísima de la naturaleza inorgánica es avivada por la naturaleza orgánica, y la obra, también lenta, de la naturaleza orgánica, es avivada por la naturaleza intelectual ó espiritual, y así el espíritu va dejando rezagada á la materia, y antes, mucho antes que en el mundo geológico se consiga formar un nuevo estrato, el hombre poblará los aires.

Dentro, pues, del mismo estrato geológico de última formación, hay muchas épocas que no se distinguen por la grosura del terreno, sino por los cambios superficiales de ese terreno que implican relaciones de superficie entre el abismo y la llanura, entre la llanura y la montaña. El camino, la clase de camino, su longitud, su dirección, sus anastómosis; y el vehículo, la cla

se de vehículo, su fuerza motora, su capacidad y sus enlaces, deslindan una serie de períodos de una misma época histórica.

¿No ocurrirá lo propio en el cerebro? ¿No significará la vida cerebral en el estrato de última formación, no un acumulo de materia, sino una complejidad de relaciones? ¿No se puede equiparar esta vida, á partir de las modificaciones superficiales del medio físico de comunicación y de transporte, á los períodos de un solo camino sin enlaces, de muchos caminos enlazados, de la carretera real, de la vía férrea, de la vía eléctrica? ¿No existirá concordancia entre esa progresiva velocidad de transmisión y la velocidad del pensamiento? ¿No acertó quien dijo que «nuestros abuelos, poetas, cantores, filósofos y teólogos, escribieron en reposo; nuestros padres, enciclopedistas, viajeros y poetas dramáticos, escribían á jornadas; nosotros, pensadores inquietos, psicólogos impacientes, escribimos volando» (1)?

En nuestro viejo espíritu nacional había una sola calzada lenta, tenaz y sólidamente construida. La trazó y le puso firme una reconquista de ocho siglos; la apisonó el unitarismo castellano. En la primera etapa, todo español, de San Juan de la Peña á Covadonga en adelante, fué obrero decidido; en la segunda trabajaron forzosamente muchos. Voluntariamente ó á la fuerza, la calzada representativa de la unidad de territorio, de la unidad religiosa y de la unidad política, se fué afirmando y extendiendo, y al faltarle límites nacionales, la energía adquirida en una obra siempre reiterada la dilató á otros países y á otros mundos.

Por allí, de empeño en empeño, de conquista en conquista, fuimos hasta el límite del poderío nacional, y después hasta el límite del poderío universal; y más tarde, en el período de fatiga, por allí nos retiramos y allí nos tendimos á la larga, y allí nos despertó tal ó cual sacudimiento que renovó la lucha; y por allí, estando en tal sopor que no sentimos ni el vuelo ni

(1) El general D. Antonio Ros de Olano.

el graznido de las águilas imperiales que se posesionaban de nuestras fortalezas, circuló aquel grito que repercutió en Zaragoza y en Gerona, en todas partes: allí nos replegamos para que pasara el enemigo, que sin atentar al territorio apoyaba la autoridad y la fe; esa ha sido la vía político-militar de todas las reacciones; cruzó por ella revivido lo que fué declarado muerto; se la consideró destruida y aún está servible.

Al apelar á esa representación gráfica de nuestro viejo espíritu, entendemos que traduciéndose éste en una constitución nacional derivada de la constitución del medio en que se desarrolla, entrando como factores la constitución física y la constitución histórica, caracterizadas por nuestras luchas para vencer las resistencias de uno y otro medio, implica individualmente una constitución mental en que se reconocen las mismas vías, francas para determinadas comunicaciones y cerradas para comunicaciones opuestas. Y esto lo indica, no tan sólo la facilidad de que circulen determinados sentimientos en la colectividad social, sino el carácter *posesivo* que revisten determinadas representaciones características de esa constitución. Nunca se ha podido decir más exactamente que en este caso que la propiedad es una dilatación de la personalidad. La universalización religiosa ha podido decir «el Dios de todos»; la particularización eclesiástica «el Dios de los cristianos»; la territorialización nacional «nuestro Dios»; y la individualización mística «mi Dios». De cómo se va de las ideas particulares á las generales ó viceversa, puede repetirse en el orden especulativo cuanto la filosofía haya expuesto; pero en el orden de la vida nacional esta particularización se explica psico-físicamente por la ley de que las impresiones reiteradas y difícilmente conseguidas y mantenidas se hacen personales. La trinidad política del viejo espíritu español, formulada en el Dios, Patria y Rey que algún historiador de la filosofía ha atribuido á nuestro temperamento idealista y á una especie de nacionalización del neo-platonismo, obedece á que cada una de esas representaciones ha sido tenaz, san-

griente y difícilmente conquistada. El Dios ha sido ganado al mismo tiempo que la Patria y con el Rey. Las tres representaciones, sin perder su carácter independiente, se han fundido en una misma impresión. Esa impresión es quien las unifica y relaciona, y el esfuerzo reiterado para lograrlas es quien les da carácter individual y colectivamente *posesorio*.

Como este hecho lo ha apreciado únicamente la crítica histórica más ó menos apasionada, no se ha desentrañado su genuina significación natural. Por eso se nos atribuyen cualidades y tendencias que siendo lo que son, no son esencialmente lo que se supone. Tal ocurre con la *intolerancia*, que es referida á la exageración de nuestro espíritu religioso, y como ese espíritu aparece igualmente exagerado en casi toda Europa, conviene distinguir por medio de una psicología comparada cuáles son los componentes y las afinidades que lo condensan. Esos componentes y esas afinidades no son los mismos en nuestro país que en los demás países de Europa, y sin que me proponga definir las diferencias, sólo diré que en España se da el caso antinómico de ser el pueblo en que la naturaleza de su sentimiento religioso se presta menos á las exaltaciones que lo fanatizan, y sin embargo es el pueblo más conservador y más propagador de ese sentimiento. La antinomia desaparece cuando se repara que el sentimiento forma parte integral del *unitarismo* castellano y que la religión á su fuerza propia une la de los otros dos elementos de esa unidad que la fortalecen, y que además esa fuerza representa un *posesivo* de constitución de que dimanen las tendencias imperiosamente expansivas que históricamente nos distinguen.

El pueblo español, ó, mejor dicho, el pueblo castellano, lo *impone* todo. Completada la unidad nacional, el sentimiento de su unitarismo de naturaleza lo condujo á la expulsión de los judíos y moriscos. Su organismo esencialmente unitario le impedía tolerar colectividades que se resistían á la fusión íntegra á que se habían acomodado los pueblos de la Península. Impulsado á dilatarse, su potencia internacional deriva inme-

diatamente de su potencia nacional. Impone en todas partes lo que es con los radicales principios de su constitución interna y si su poder hubiera alcanzado á transformar las naturalezas y las condiciones, se hubiera transfundido en los pueblos sojuzgados para hacerlos á imagen y semejanza suya. Es que el español, al imponerse, *da* lo que tiene casi sin ofrecerlo, y por eso en religión no es catequista, y así ocurre que en América, mientras con una mano destruye ídolos y templos, con otra reparte el agua del bautismo.

Siendo así, basándose su constitución en una naturaleza poderosísimamente unitaria, ese unitarismo había de ser de índole recelosa, porque todo lo que no fuera acomodado á su modo de ser había de parecerle atentatorio. La *intolerancia* que nace de ese recelo no es más que una fuerza conservadora, y su energía es la que nos puede explicar satisfactoriamente el por qué el pueblo español es, por ejemplo, el más susceptible en lo que atañe á la integridad del territorio, aun tratándose de territorios desconocidos y de poca monta y casi desconocidos histórica y geográficamente para él, como ocurrió en la última y vigorosa manifestación nacional: la de las Carolinas. También explica el por qué ese unitarismo paralizó la espontaneidad peninsular en regiones forales que no participaban ni en su naturaleza ni en su historia de ese modo de ser, y como esa parálisis peninsular fué luego parálisis europea en los años de nuestra dominación, á partir de las influencias absorbentes de Castilla. También explica las sucesivas evoluciones de esa intolerancia, que fueron evoluciones en la misma lineación del carácter nacional que las despliega, señalándose en ese desenvolvimiento un largo período de *constitución*, un período más breve de *dilatación* y otro período que aún dura de *retorno*. En el primero se verifica el complemento de la unidad de territorio y de la hegemonía castellana; en el segundo se extiende el imperio de esta fuerza á Europa y á otros continentes; en el tercero esa fuerza se recoge á su punto de origen, vuelve á nacionalizarse. Al empezar esta última

etapa, el viejo espíritu castellano venía rechazado, pero no desgastado; puede decirse que abandonó la ofensiva para tomar la defensiva en sus fronteras propias; pero como por esas fronteras empezó á establecerse una especie de circulación colateral con el nuevo espíritu que influía en las corrientes políticas de Europa, el viejo espíritu renueva su actividad agresiva y defensiva, reaccionando contra sus disolventes, manifestándose más ó menos terco y vigoroso, aunque siempre resucitable en las largas luchas civiles de este siglo.

III

Un tema que convida á nuestros jóvenes investigadores, es el estudio de los efectos de nuestra decadencia histórica en la vida nacional, analizando el período de postración ligado á la agonía de la casa de Austria, y el período de renovación que se manifiesta con la dinastía borbónica.

La casa de Austria estudiada históricamente no es lo mismo que la casa de Austria estudiada antropológicamente.

La historia, dejándose guiar por un prejuicio representativo, el de la herencia masculina, no se ha parado á discernir si en el enlace natural de Felipe el Hermoso y doña Juana la Loca era mayor la potencia hereditaria de la mujer que la del hombre.

Por de pronto, la mujer es tan exuberante de personalidad, que sin su figura, que la historia se complace en revivir, la de su marido estaría hondamente olvidada. Felipe el Hermoso vive históricamente de la pasión de su mujer, sin la cual ni su hermosura hubiera resultado.

Además, doña Juana es la resultante de dos potencias his-

tóricas tan acentuadas como doña Isabel y D. Fernando, que al transmitirle su carácter propio, habían de influir, por la generalización de ese carácter, en los destinos posteriores de nuestra historia.

Ahora bien; si históricamente y por la transmisión de un apellido paterno, la casa reinante desde Felipe el Hermoso hasta el *Hechizado* es casa de Austria, antropológicamente, y por la transmisión de los caracteres que representan en la historia nacional los Reyes católicos, ¿no debería llamarse casa castellano-aragonesa, y más bien castellana por el origen de la dinastía de D. Fernando?

A este propósito resultaría muy interesante comparar el carácter de las dos grandes figuras de la casa de Austria, Carlos I y Felipe II, con sus ascendientes de la línea masculina y femenina, siendo indudable que de la comparación resultaría que el parecido reproduce las tendencias de la casa española, y por eso la dinastía austriaca fué nacional y representó vigorosamente nuestro viejo espíritu.

A la dinastía borbónica no nos une ningún género de consanguinidad. Procedía de otro medio histórico y de un medio contrario. Aparte la legalidad en que se funda, la posesión del trono constituye el último expediente de nuestra decadencia. El medio que nos había resistido, nos había vencido y había comenzado á disolver la unidad constitutiva del territorio con sus ingerencias en Portugal y en Cataluña, acabó por constituirse en nuestro centro político. La famosa frase «Ya no hay Pirineos» parece la proclama de la disolución de nuestra personalidad característica. Eramos un pueblo vencido, y empezábamos á ser un pueblo indirectamente sojuzgado.

La investigación para ir conociendo poco á poco los disolventes del viejo espíritu nacional, debe comenzar en este hecho. Es preciso medir en qué proporciones y de qué maneras fué penetrando en nuestra vida el espíritu francés. El siglo XVIII constituye á este respecto una fuente de sucesos posteriores.

Pero de igual manera es preciso medir el alcance de estos

disolventes y su modo de acción, porque siendo indudable que se aportaron elementos para constituir una España nueva, á veces con olvido de la naturaleza nacional, la obra, por falta de tenacidad en su desarrollo, se tradujo al fin en alianza demasiado íntima de los intereses dinásticos con el viejo espíritu, determinando reacciones cuya violencia y brutalidad había sido desconocida en los periodos más intransigentes de nuestra historia.

El centro de esta reconstitución, que ofreció vislumbres de renacimiento político, se halla incuestionablemente en el reinado de Carlos III. Ese reinado no se puede explicar, ni se explicará seguramente cuando se investigue en todas sus influencias, por la grandeza de un monarca. Tiene una gestación preparatoria en que nace una generación política, que se distingue por animarla un espíritu nuevo que participa de una naturaleza nacional, pero que es contrario en sus inclinaciones al modo de ser del viejo espíritu, y que tiende, más indirecta que directamente, á quebrantarlo. El coincidir el espíritu del monarca con el de esa generación es lo que vigoriza su obra.

Después hay que pensar, no en degeneraciones ni en modos acomodaticios y fáciles que expliquen el trastorno de las cosas, sino en la poca consistencia de los estratos de nueva formación cuando en el individuo ó en las sociedades las generaciones posteriores no los afirman perseverando en la tendencia inicial. Así ocurre que esa tendencia se vigoriza de tal modo en el reinado de Carlos III, que puede decirse que reina algunos años después de la muerte del monarca, pero que la pasividad del sucesor deja que se disgregue. Y más tarde, al sucederle un tal como Fernando VII, cuya figura no refleja ni una sola vez la grandeza del solio, desmintiendo la teoría bismarkiana, ni la distingue otra cosa que el egoísmo más desapoderado, el viejo espíritu revive con la fortaleza de los débiles cifrada en un sobresalto del instinto de conservación y en una acerbidad persecutoria.

La única manifestación íntegra y vital del viejo espíritu

ocurre en la guerra de la Independencia, y aun así esa guerra, que es en primer término reveladora de la potencia nacional, que propios y extraños juzgaban decadente, se traduce en una tendencia constitutiva que, aun incorporándose á elementos nacionales, acusa la penetración del espíritu francés en nuestro viejo espíritu, penetración que no es en modo alguno referible á influencias muy inmediatas, sino á aquel franqueamiento pirenaico que la dinastía borbónica representa.

El hecho es que las Cortes de Cádiz demuestran evidentemente un poderoso *espíritu constitucional*, cuyo modo de formación no está positivamente investigado, y que es otro de los filones que explotará la juventud interesada en precisar los orígenes de la España contemporánea, demostrándose de todos modos que ese espíritu, por la consistencia con que aparece, no pudo improvisarse, y por el arraigo que descubre en parte del elemento popular, tampoco es referible á una importación más ó menos condensada, porque las importaciones políticas en pueblos ya formados obran como injertos, y el injerto lo que hace es revivir las tendencias nacionales más afines á la idea nueva.

Por eso al dividirse el espíritu nacional, como se divide al aparecer una tendencia constitutiva reflejo de la tendencia revolucionaria que franqueó desde su preparación los Pirineos, cada parte de ese espíritu procura desenvolverse en los precedentes históricos nacionales de tal modo que acomoda la historia á su tendencia, y de aquí la formación de una historia de propaganda, que también se debe investigar como dato interesante para conocer nuestro renuevo, historia que de un lado legitima la transformación con apelativos á las libertades aragonesas y castellanas y con dicterios á sus aniquiladores, y de otro se aferra al unitarismo de la trinidad política y atribuye á la revolución representada en sus más horribles atentados, toda la tendencia constitucional.

Desde entonces la evolución debe seguirse apreciando el poder ó la debilidad de las acciones y reacciones que á cortos

intervalos se producen, empezando por la afirmación de que el espíritu constitucional se manifestó tan poderosamente, que para que de pronto no imperase fué preciso una abrumadora intervención extranjera,—que pudo ser como fué, porque el espíritu nacional estaba no quebrantado, sino fraccionado,—un egoísmo más que dinástico personal en el monarca que se trajo en incalificables actos de aniquilamiento, y una exaltación desenfrenada del viejo espíritu. Este espíritu se mostró tan intransigente, que pareciéndole que el tirano lo era poco, se apoyó en una legalidad de sucesión para desprenderse y acometer por las armas la reconquista de su imperio.

Es importante señalar como dato seguro para el conocimiento de nuestras tendencias, que por desconocidas que se hallen al presente, no dejan de constituir la trama de nuestro carácter íntimo, que el fraccionamiento del espíritu nacional se liga al fraccionamiento de la dinastía imperante, y que éste se funda en una legalidad que es tradicional para el espíritu viejo y que es en parte de nueva creación para el nuevo espíritu. El espíritu viejo mantiene el principio de la herencia *histórica* personificada en la ley sálica, y el espíritu nuevo mantiene el principio inmediatamente hereditario que se acomodaba mejor á sus tradiciones constitucionales.

También es importante deslindar la zona geográfica que acoge en su reaparición al viejo espíritu, para ver si coincide con una zona histórica que por sus tradiciones, responda á sus tendencias. En este punto aparece una antinomia más aparente que real. El viejo espíritu se despliega en las regiones forales que lo eran, que lo fueron, ó que lo eran política y administrativamente ó solo jurídicamente. El nuevo espíritu sigue las tierras de Castilla, pero no las de la cuna castellana, que ó no se singularizaron en la tendencia, ó simpatizaron ostensible ó íntimamente con la antigua, sino las tierras de nuevo acceso que se pueden circunscribir de Madrid á Cádiz. La razón de cada uno de estos rumbos merece una investigación particular, añadible al programa de que vamos haciendo

indicaciones. En ese programa tal vez quepa la determinación del influjo que uno de esos movimientos ha podido tener en las actuales tendencias regionalistas que constituyen por de pronto un renacimiento de la historia regional, con inclinación á desprenderla de sus enlaces con la historia de España, buscando una legalidad anterior á esos enlaces históricos. Y paralela y opuestamente debe seguirse el desarrollo de la tendencia centralizadora que como secuela inevitable, y seguramente como imposición histórica, acompaña al movimiento constitucional, apareciendo aquí la antinomia á que aludimos, porque mientras los constitucionales en su historia de propaganda evocan las antiguas libertades aragonesas sin aplicar políticamente su sentido y aferrándose á una unidad en que esas libertades se anulan, los absolutistas, sin declaración previa y negando la virtualidad de esos apelativos, se sienten arrastrados á favorecer la política histórica de las regiones, que no es la política histórica del principio monárquico que representan.

Lo que más que nada merece una atención investigadora es el desarrollo de las transformaciones políticas que representan las fases evolutivas del viejo espíritu hasta fundirse con el nuevo. Ese viejo espíritu no se encarna únicamente en el viejo partido absolutista, sino que queda disimulado en los nuevos partidos constitucionales. Cada uno de esos partidos antepone á toda otra filiación su filiación monárquica, y así se llaman carlistas, cristinos, isabelinos y alfonsinos. Tal vez por esto se podría decir que es el Trono el mantenedor de esa levadura siempre preparada para fermentar las reacciones, pero el Trono no sería fuerza suficiente si el fermento no existiera en el propio carácter nacional. Lo que importaba era la modificación de ese carácter, y esto no se pudo conseguir sin acciones y reacciones sucesivas, llegando á lo más difícil, que fué á desprender al pueblo de su arraigada adhesión al Trono. Para calcular lo difícil que fué esta evolución tenazmente resistida, es bastante indicar el número y el sentido de los mo-

vimientos políticos que se verifican hasta la revolución de Setiembre. En ese período se pueden señalar tres fuerzas en que se distribuye la actividad política del país. Una representa acentuada é intransigentemente el viejo espíritu; otra acentuadamente y con tendencias á la intransigencia el espíritu nuevo; otra que participa de los dos. La fuerza media, que es la que históricamente, en la historia absolutista y en la historia constitucional, es la representativa, si no del estado, de las tradiciones del país, es la que ocupa el poder, y como esa fuerza, por propia inclinación y por los embates de la fuerza progresiva que la obligaron á acentuar la resistencia, retrogradó más de lo que los tiempos permitían, sus inclinaciones al viejo espíritu, que en definitiva la hubiera avasallado, produjeron la asimilación al espíritu nuevo de fuerzas de naturaleza conservadora y que no obstante su poder fueron arrastradas al acto más trascendental y más resistido en la historia de nuestras revoluciones; á la derrocación de la dinastía.

Entonces ocurrió lo que era inevitable. El espíritu viejo que no tenía la compensación que hasta entonces lo mantuvo acallado, surge con todo su poder en armas; el espíritu nuevo, que no supo constituir una fuerza conservadora que lo mantuviese, tuvo que ceder á las últimas consecuencias de sus expansiones, siendo entonces más fácil la proclamación de la República que lo había sido la derrocación del Trono; la República no consiguió convertirse en un poder gobernante, disolviéndola su exceso de expansión y su falta de energías; y cumplido el ensayo y hallándose el país con sus fuerzas casi agotadas en la lucha, el instinto de conservación nacional, más que otra cosa, restaura la dinastía caída, pero no sus anteriores tendencias, porque el eminente estadista que personifica este movimiento, declaró en frase que tiene hondo significado político y natural «que venía á continuar la historia de España»; y que la continuó á partir de los principios esenciales de la revolución de Setiembre, lo han demostrado los sucesos posteriores.

Como nuestro propósito no es hacer historia, sino señalar someramente las fases de evolución del nuevo espíritu, no hay para qué hacer estudio ni mención de los factores que determinan este movimiento.

El hecho es que la política de la Regencia, continuadora de la política de la Restauración, da curso franco en la vida del país al *espíritu constitucional* y cierra el ciclo político iniciado en las Cortes de 1812.

IV

Si con el criterio de la psico-sociología estudiáramos nuestras últimas evoluciones, demostraríamos seguramente, no lo injusto, porque no fué la injusticia quien los guió, sino lo fraccionado de muchos juicios acerca de nuestra vitalidad histórica.

Quién nos declara muertos sin resurrección posible; quién nos considera resucitables allá en lo imprevisto; quién nos tiene por locos á dos dedos de la demencia. Nosotros mismos, á impulso de un pesimismo nacional tal vez hoy más acentuado que en las épocas más revueltas de nuestra historia, nos tenemos, si no por muertos y por locos, por irredimibles.

Para todo hay razón, pero es una razón á medias.

Síntomas de muerte y arrebatos de locura los hay en abundancia, si la historia de nuestra decadencia y de nuestras tentativas de regeneración se mira en su exterioridad y sin relacionarla con los estados constitutivos á que responde.

Por de pronto, lo que se debiera ver es si la suma de nuestros accidentes políticos exteriores é interiores representados en un derroche de energías, es suficiente para concluir con la

vitalidad de un pueblo, y si es más que suficiente, y nuestro pueblo existe con ánimos para vivir y progresar, lo que se descubre es que en el pueblo español alienta una poderosa fortaleza nativa.

Esa fortaleza es un hecho histórico, no sólo por el empuje verdaderamente colosal que demuestra nuestra historia, sino por la desproporción fisiológica entre ese empuje y las fuerzas radicales que lo determinan.

La base de sostenimiento del pueblo español, que como toda base vital tiene que referirse á los recursos nutritivos, es sumamente pobre. Si se midieran los recursos del suelo, se diría que el suelo es insuficiente para sostener la raza, y de aquí que los historiadores han venido á afirmar una cosa aparentemente inexplicable; que la raza es muy superior al suelo. En otro estudio inédito (LA HAMP) nos parece haber dilucidado esa antinomia, atribuyéndola á cierto género de compensaciones que se traducen en un esfuerzo de adaptación fisiológica y social.

A ese *arraigo de vida* corresponde consecuentemente un *arraigo de historia*, y sin otro género de pruebas, baste decir que el pueblo español es el único en Europa que tiene una verdadera literatura histórica popular, y que, como dice Ticknor, tuvo bastante con su propia historia para alimentarla.

Las dos vitalidades explican suficientemente dos géneros de resistencias, una á la muerte orgánica y otra á la muerte histórica, y no es extraño que en pueblo de tan arraigada historia se acentúe como en ningún otro la inercia de la tradición; el *misoneísmo*, como hoy se dice.

De aquí que constantemente se repita el fenómeno de una mitigación en la tendencia revolucionaria y de una exageración en la tendencia reaccionaria, mitigación y exageración que reconocen como causa un imperativo histórico.

Hay pueblos que en sus revoluciones proceden radicalmente, y á impulsos de una idea nueva realizan un atentado en la cabeza visible de la representación histórica que les es-

torba. Así ha procedido el pueblo inglés. Así debutó la revolución francesa. La revolución española no atentó contra Fernando VII, en cuya conducta política hay hechos execrables, y para derribar su trono fué necesario un lento acúmulo de motivos y tentativas, y aun así había de cumplirse una imprescindible evolución restauradora.

Por eso quien nos atribuya falta de vitalidad, temperamento retrógrado, intransigencia de carácter, sectarismo, incapacidad evolutiva, es puro sintomatólogo que no conoce nuestra constitución, y por no conocerla nos achaca enfermedades que no padecemos y nos pronostica defunciones que no han ocurrido y que probablemente están lejos de ocurrir.

Lo que parece nuestra patología es nuestra fisiología, y no consiste más que en la transformación de un órgano antiguo en órgano nuevo, transformación que ha sido demasiado gradual, demasiado tímida, demasiado dolorosa y demasiado sangrienta, porque lo que se formó tenaz, sangrienta y trabajosamente durante muchos siglos, tiene raíces que no se pueden destruir en un momento y las tiene en lo más profundo del carácter nacional.

Pero la transformación se ha cumplido, y con cumplirse la vitalidad queda demostrada. Ya no hay lucha de encono entre el espíritu viejo y el espíritu nuevo. El espíritu viejo y el espíritu nuevo, que no eran incorporables por lo extremo de sus tendencias á la evolución política actual, quedan desprendidos para reaparecer si la disgregación política se lo permite. Pero una gran parte de ese viejo espíritu y una parte todavía mayor del nuevo están fundidas en una legalidad común, y tan íntimamente que se han llegado casi á borrar las apariencias que antes las distinguían, necesitándose verdaderos convencionalismos para que se suponga que son dos entidades diferentes. Son como dos ejércitos que después de larga lucha hacen las paces en una inteligencia que los desarma, y por respeto á la unidad orgánica continúan armados vistiendo sus antiguos uniformes, pero ya sin tener que combatirse. Sus

banderas parece que han pasado á los trofeos de la historia, porque sus principios ya son hechos. Su organización es la que subsiste y lo que no se puede quebrantar, pues las fuerzas históricamente formadas no se disuelven mientras no surja otra organización más vigorosa que las sustituya. La historia así lo impone, y nosotros, que hemos dado tanta importancia á sus influjos para explicar las modalidades de la evolución que analizamos, tenemos que decir como continuación de aquella acertada fórmula de venir á continuar la historia de España, que esta continuación lo que ha logrado es establecer políticamente un *equilibrio histórico*.

Ese equilibrio permite la expansión de nuevas tendencias que se insinúan en distintas direcciones de la vida nacional y que me parecen creadoras de un nuevo espíritu, cuyo desarrollo intensivo y extensivo no se puede prever porque empieza á formarse.

El nuevo espíritu parece que responde en sus comienzos á la primera fase que la sociología señala en la evolución, porque antes de lo sensitivo está lo nutritivo y aquél antes que lo psíquico. Un pueblo de suelo pobre, de pobres tradiciones comerciales é industriales, inseguro en los accidentes de su agitada existencia, extenuado, expoliado, natural es que se manifieste con tendencias constitutivas en lo esencial para su modo de vivir. Ansía convertirse de asimilador en productor; cambiar la servidumbre por la independencia económica; conocer sus recursos y acomodarse á ellos; atender á lo esencial y sacudir lo superfluo; dejar de ser explotado para ser administrado. A esto responde el espíritu de asociación económica que ha venido á suceder al espíritu de asociación política, y que se manifiesta en lo grande y en lo pequeño, y en agrupaciones de toda índole. A esto responde el carácter positivo de la juventud que, desconocedora de los antiguos ideales y sin vislumbrar los ideales nuevos, parece que no se preocupa de otra cosa que de la solidez de su posición en la vida. A esto obedece la inamovilidad de ciertos organismos que al

creársela parece que han pensado más que en las ventajas de la función por el hecho de la permanencia, en una inclinación hacia lo estable. A esto, en fin, responde el que los partidos sin programa escogieran el de la estabilidad económica, procurando la nivelación del presupuesto, la equidad en los tributos y la reorganización administrativa.

Pero esto, que no son más que asomos, insinuaciones, incrementos de una tendencia, para ser lo que debe, necesita ser inteligentemente interpretado, organizado y fomentado, constituyéndolo en programa, traduciéndolo en acción, y en acción inmediatamente ejecutiva. Es indispensable organizar pensando que las perfecciones y los vicios de una organización se han de traducir en perfecciones ó vicios de la que necesariamente le ha de suceder. Si al pueblo inglés, por ejemplo, se le quita la solidez de su base nutritiva, se le quitará inmediatamente la pujanza de su base intelectual. Si se le impide producir y exportar productos, se le impedirá consecuentemente producir y exportar ideas. Por eso quien al favorecer la tendencia que ahora se insinúa funde un *equilibrio económico*, base necesaria para el *equilibrio mental*, habrá fomentado el desarrollo del espíritu nuevo y continuará la historia de España empezando á escribir una nueva historia.

RAFAEL SALILLAS.

SOBRE JUAN DE LA ENCINA (1)



Encina ó Enzina (Juan de la) nació el año 1469, en un pueblo del mismo nombre, en las cercanías de Salamanca (2). Siguió en la Universidad de ésta sus estudios, gozando la singular protección del canciller de la misma, Don Gutierre de Toledo, hermano de Don García de Toledo, conde de Alba. Después se fué á la residencia, y halló en casa de Don Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, y de Doña Isabel Pimentel, su esposa, acogida y empleo. Parece haber ejercido aquí preferentemente el cargo de poeta cortesano, pues además de muchas poesías líricas en honor de sus protectores, preparó también dramas de

(1) De la «Allgemeinen Encyklopadie» de Ersch-Gruber, 1.^a sección, tomo xxxiv, páginas 187-189.

(2) El año de su nacimiento se saca de su descripción poética de un viaje á Jerusalén («Tribagia ó via sagra de Hierusalem») en que dice que la emprendió á los cincuenta años de edad en 1519:

Los años cincuenta de mi edad cumplidos,
.....
Terciado ya el año de los diez y nueve,
Después de los mil y quinientos encima
Y el fin ya llegado de la vera prima,
Que el día es prolijo, la noche muy breve;
Mi cuerpó y mi alma de Roma se mueve
Tomando la vía del santo viaje, etc.

(Edición de 1786, páginas 7 y 21.)

ocasión, religiosos y profanos, que fueron representados en casa del duque y en que el mismo Encina hizo más de una vez el papel de gracioso. No se sabe con exactitud cuándo y por qué se fué á Roma después de esto; sólo es conocido que moró allí algunos años, tomó estado religioso, y sobresalió como músico, no sólo como poeta, que se le contó entre los más distinguidos profesores de aquel arte, y fué nombrado maestro de la capilla papal (1). En 1519 hizo con su paisano Don Fadrique Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa, un viaje á Jerusalén, del cual volvió en el mismo año á Roma. Al fin de su vida se restituyó á su patria, donde se le proporcionó un priorado en el reino de León como recompensa á sus servicios al Papa León X, y murió en 1534 en Salamanca, donde está enterrado, en la iglesia catedral (2).

Encina dió una colección de sus obras poéticas bajo el título de *Cancionero*, cuya primera edición apareció en Salamanca en el año 1496 (al final: «fué impreso en Salamanca á veinte días del mes de Junio de MCCCC é XCVI años» en folio, «letra de Tortis», véase Franc. Méndez, «Tipographia española», I, 247. (En esta edición está escrito su nombre con *c*: «Encina»). Las posteriores son: una sin indicación de lugar ni año de impresión (pero que es manifiesto pertenece á principios del

(1) Este dato resulta inexacto después de las investigaciones de Barbieri. Véase su *Cancionero Musical del siglo XV*, publicado por la Academia de San Fernando, y el *Teatro completo* de Juan del Enzine dado á luz por la Academia Española.—(M. M. y P.)

(2) Véase Gil González de Avila, *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*. (Ibid., 1606, 4), Lib. III, cap. XXII, páginas 476-477. Aquí se llama á Encina hijo de Salamanca. Compárese con lo que dice Nic. Antonio. *Bibl. hisp. nova*, I, pág. 684. Leandro Fernández de Moratín, «Obras dadas á luz por la Real Acad. de la Hist.» (Madrid, 1830), Tomo I, parte 1.^a, páginas 126-127. William H. Prescott, *History of the reign of Ferdinand and Isabella the Catholic, of Spain* (London, 1838), vol. II, página 329. Schak, lugar citado, I, pág. 146 sig. Ticknor, I, 223 sig.; Clarus, II, 324 sig. Acerca del artículo sobre Enzina que se halla en la *Biographie Universelle*, no puedo hacer otra cosa que advertir que está plagado de los más groseros errores.

siglo xvi y de seguro anterior á 1509; v. Brunet *Nouv. recherches bibliographiques*, I, 477, con su descripción, concorde por completo con el ejemplar que se halla en la biblioteca de la corte imperial de Viena. Esta edición debe de haber aparecido *antes* de 1509 porque la impresa en *este* mismo año en Salamanca, de que se halla también un ejemplar en la citada biblioteca de Viena, tiene dos piezas más, como ya lo dice el título); otra en Sevilla, Juan Pagnicer, y Magno Herbst., 16 Enero 1501, fol. got. (véase Velázquez «Hist. de la poesía esp.» y Bouterwek); otra Burgos, 1505; otra Salamanca, Hans Gysser, 7 Agosto 1509, en folio, got. (el título completo de esta edición dice así: «Cancionero de todas las obras de Juan del Encina con las coplas de Zambardo: y con el auto del Repelón, en el qual se introduzen dos pastores Piernicurto y Johanpara, etc., con otras cosas nuevamente añadidas», y sobre este título las armas reales españolas en grabado en madera); otra Zaragoza, 1512 y otra de la misma ciudad, de 1516.

Este *Cancionero* consta, además del prólogo en prosa y de las dedicatorias á los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, al príncipe heredero Don Juan, al duque y la duquesa de Alba y á su primogénito Don García de Toledo, de un «Arte de poesía castellana» ó «Arte de trobar» en prosa, como introducción y de poesías líricas y dramáticas. El «Arte de poesía castellana» trata en nueve capítulos: 1) Del nacimiento y origen de la poesía castellana: y de quién recibimos nuestra manera de trobar. 2) De cómo consiste en arte la poesía y el trobar. 3) De la diferencia que hay entre poeta y trobador. 4) De lo principal que se requiere para aprender á trobar. 5) De la mensura y examinación de los pies y de las maneras de trobar. 6) De los consonantes y assonantes y de la examinación de ellos. 7) De los versos y coplas y de su diversidad. 8) De las licencias y colores poéticos; y de algunas galas del trobar. 9) De como se deuen escriuir y leer las coplas. Todo esto está tratado muy sumariamente; pero conserva una interesante ojeada del estado en que entonces se hallaba el arte de la versificación en

España, y es altamente notable como uno de los primeros ensayos de una poética española (1).

Sus poesías líricas son religiosas y profanas (coplas, canciones, villancicos, glosas, romances), entre ellas «las diez églogas de la bucólica de Virgilio: bueltas de latín en nuestra lengua castellana» que aplica alegóricamente para glorificación de los grandes hechos de los Reyes Católicos Fernando é Isabel, en cuya alabanza incluye además «El triunfo de la fama», poesía imitada de las «Trescientas», de Juan de Mena. Además de este por cierto ya singular capricho, puso en verso sus «Disparates» que han llegado á ser proverbiales (impresos en Salamanca, 1496, 4.—V. Sarmiento, «Memorias para la historia de la poesía, y poetas españoles», páginas 235-236, y Clarus, en la obra citada, páginas 326-327). En general, gran parte de sus poesías líricas se reducen á poesías de ocasión y piezas de conversación, á la manera de las de los poetas artísticos cortesanos (trovadores) del siglo xv, tales como las que se hallan en el «Cancionero general» (en esta ocurre ya un juguete artístico de Encina: «una obra hecha por Juan del Enzina, llamada eco»; en la edición de Toledo, 1527, fol. cXLII. V. Bouterwek, en la obra citada, pág. 128) sin más sino que él gusta mostrarse poeta erudito mediante alusiones mitológicas y otras cosas por el estilo. Por el contrario, señálanse entre sus villancicos más populares muchos por una gran facilidad y una gracia ingeniosa (2).

(1) Acerca de ensayos más antiguos véase mi precedente estudio acerca de los *Monuments de la litt. romane*.—Sobre la poética de Encina véase á Bouterwek en la obra citada, páginas 142-143; Clemencín «Elogio de la Reina Isabel» en las Memorias de la Real Acad. de la Hist., tomo vi, página 405, y Martínez de la Rosa, «Obras literarias», tomo i, páginas 168, 169 y 200-201; Ticknor, II, 343.

(2) Se hallan ejemplos de las poesías líricas de Encina en los tres tomos de la «Floresta de rimas antiguas castellanas» de Bohl de Faber; en Martínez de la Rosa, l. c., I, páginas 137, 261 y siguientes, Véase acerca de él como poeta lírico, Bouterwek, obra citada, páginas 127-129; Clarus, páginas 329-331.

Pero por lo que tiene más importancia Encina, á lo menos desde el punto de vista literario, es por sus poesías dramáticas, que en su «Cancionero» se llaman «Representaciones» (en la edición de Salamanca de 1509 que tengo á la vista, que contiene dos piezas más que las anteriores, que son 11), que fueron destinadas á la representación, y se representaron efectivamente en casa de los protectores del poeta, el duque y la duquesa de Alba, en presencia de los caballeros y damas de la corte más distinguidos por su educación y rango, como D. Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, D. Iñigo López de Mendoza, duque del Infantado, el príncipe heredero D. Juan, etc. Es, por lo tanto, Encina, «el verdadero padre del drama español en estricto sentido», esto es, de la poesía artística dramática, que se presentaba, no simplemente en unión con solemnidades religiosas ó en distracciones del pueblo, en la iglesia ó en el mercado, sino en escena regular y ordenada para ello, con aparato teatral y ante un público culto, pudiéndose señalar con alguna precisión como el año de la introducción de la *comedia* en España el mismo «año de la conquista de Granada» el 1492 (1). Pero á la vez se prueba por las piezas

(1) Así se dice en el «Catálogo real y genealógico de España...», por Rodrigo Méndez de Silva (Madrid) 1656, 4, fol. 130 v.º): «Año de 1492, comenzaron en Castilla las compañías, á representar públicamente comedias por Juan de la Encina, Poeta de gran donayre, graciosidad y entretenimiento, festexando con ellas á Don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, y á Don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo duque del Infantado (a): luego Pedro Nauarro Toledano, inventó los teatros, y Cosme de Oviedo, los carteles»; y el en todo lo que respecta á su arte, tan bien entendido poeta y comediante Agustín de Rojas (nacido en 1577), dice en su *Viaje entretenido* (Madrid, 1793), tomo 1, páginas 107-108:

«Y donde más ha subido
de quilates la comedia
ha sido donde más tarde
se ha alcanzado el uso della;

(a) Esta noticia, apoyada sólo en la pobre autoridad de Méndez Silva, es de todo punto inadmisibile, y no puede creerse en la existencia de semejantes *compañías*, ni en que ninguna de las piezas de Encina pasase del género de representación privada que en ellas mismas se indica.—(M. M. y P.)

mismas de Encina, que en parte (y precisamente las más antiguas) son todavía una especie de *misterios* (esto es, representaciones dramáticas de historias bíblicas para las fiestas religiosas), en parte *farsas pastoriles* (ó como las llama Encina mismo, *éclogas*), que el drama en España, como en todas partes y épocas (el antiguo como el moderno) nació en parte de *fiestas eclesiástico-religiosas* y en parte de *fiestas campesinas*. Son además interesantes las piezas de Encina, porque en ellas se muestran bien á las claras los progresos que hacía continuamente el poeta mismo en el arte, y los pasos que hizo á éste hacer, desde los primeros y totalmente rudos principios, simples diálogos, casi sin plan ni acción, con pocas personas (de tres á cuatro) y todavía completamente líricos, hasta las pequeñas piezas de intriga con un enredo y un desarrollo artísticamente concertados y conducidos con viveza, de carácter ya genuinamente dramático; y porque en ellas se infiere ya el modo y manera

que es en nuestra madre España:
 porque en la dichosa era
 que aquellos gloriosos Reyes,
 dignos de memoria eterna,
 Don Fernando é Isabel
 (que ya con los santos reinan),
 de echar de España acababan
 todos los moriscos, que eran
 de aquel reino de Granada,
 y entonces se daba en ella
 principio la Inquisición
 se le dió á nuestra comedia,
 Juan de la Encina el primero,
 aquel insigne poeta
 que tanto bien empezó,
 de quien tenemos tres églogas,
 que él mismo representó
 al Almirante y Duquesa
 De Castilla y de Infantado;
 que éstas fueron las primeras, etc...»

Por lo menos esta opinión es mucho más probable y positiva que la de Nasarre y otros que adelantan la introducción del drama artístico en España hasta el año de las bodas de los Reyes Católicos, el 1469); pues, aparte de que no pueden citar en su apoyo ninguna autoridad perentoria, es, en todo caso, imposible, que, como afirman también, fuera Encina el autor de aquel drama, porque tendría que haberlo escrito en el seno de su madre, por no haber nacido hasta 1469, como he indicado más arriba.

cómo han de ser puestas en escena (*la mise en scène*), de advertencias que les van anejas. No ya sólo las religiosas, sino también las profanas, son, en su mayor parte, piezas de ocasión; en todas se ha de *cantar*, casi todas se cierran con un villancico, y en una ocurre además un baile en medio de la acción (una especie de intermedio); en la «representación á Don Juan, príncipe de Castilla», se introduce ya un personaje *allegórico*, el Amor, que tiene un elogio de su omnipotente poderío, notable por la facilidad y fluidez del verso. En general, no sólo los pasajes líricos, sino á menudo los diálogos, son frescos y vivos, y conservan la más brillante cualidad de Encina: gracejo y donaire. Hasta la figura del *gracioso* se ve ya en algunas piezas (1).

Todas las poesías contenidas en este «Cancionero» debió de haberlas escrito Encina, según lo que dice en el índice de ellas, entre los catorce y veinticinco años de su edad («Tabla de las obras que en este Cancionero se contienen, hechas por Juan

(1) Además de estos poemas dramáticos que se hallan en su «Cancionero», escribió Encina una «Farsa de Plácida é Vitoriano», de la que hasta hoy sólo se sabe que fué impresa en Roma el año 1514 y que debió de haber sido prohibida por la Inquisición en 1559, y que el ejemplar tal vez único que de ella se conserva, se halla en la biblioteca del Sr. Salvá, en Valencia (v. Schack, «Apéndices»). Juan de Valdés, el autor del famoso «Diálogo de la lengua» (inteligente lingüista de tiempos de Carlos I), pone esta Farsa por encima de todas las demás obras de Encina, diciendo así: «Juan del Encina escribió mucho, y assí tiene de todo. Lo que me contenta más, es la Farsa de «Plácida y de Vitoriano», que compuso en Roma.» (Mayans y Siscar, «Orígenes de la leng. esp.», II, 149). En las «Obras» de Moratín, tomo I, parte I, páginas 116-126, números 5, 16 y 18, se halla una reseña cronológica de las piezas de Encina, y en ellas mismas, tomo I, parte II, páginas 315-333, están reproducidas por completo dos de sus piezas; en el «Teatro español anterior á Lope de Vega» (Hamburgo, 1832), de Böhl de Faber, seis piezas de Encina (páginas 3-38, v. también página 469). Acerca de Encina, como poeta dramático, véase además de lo citado á Casiano Pellicer, «Tratado histórico sobre el origen y progresos de la Comedia é histrionismo en España», tomo I, páginas 11-13. Martínez de la Rosa, I. c., II, páginas 337-353; Clarus, páginas 331 y siguientes, que trae muchas piezas en extracto; Ticknor, I, 225 sig.; pero sobretudo, Schack, I, 149, sig., y el Manual de Lemcke, III, páginas 9-13. Algunas de sus piezas aparecieron por separado; véase Ticknor, II, pág. 696.

del Enzina desde que huvo quatorze años hasta los veynte y cinco») (1); pero compuso después de haber cumplido sus cincuenta años (1519) la precitada descripción poética de aquel viaje á Tierra Santa que emprendió desde Roma en compañía del marqués de Tarifa. Este poema apareció primeramente bajo el título de «Tribagia, ó vía sagra de Hierusalem», en Roma, año de 1521 (Velázquez, l. c., cita una edición de 1528?); posteriormente, con la descripción en prosa del mismo viaje de su compañero el marqués de Tarifa, en Lisboa, año 1580, en 4.º, y finalmente en Madrid, 1786, en 12.º (véase Ticknor, II, página 696), Consta, además de las (trece) estrofas de la introducción, de doscientas coplas de arte mayor y un «Romance y suma de todo el viaje», que es presumible no lo compusiera Encina, y que no tiene valor alguno poético, pues no es otra cosa que un seco bosquejo de viaje hecho en verso, entremezclado con piadosas jaculatorias (2).

(1) Esta noticia no puede servir más que para los poemas de la *primera* edición, siendo reimpressa más tarde con las posteriores, aunque éstas contuvieran poemas compuestos por Encina después de sus veinticinco años, esto es, en 1494; pues, aparte de muchas piezas dramáticas de las que se puede asegurar con toda verosimilitud que fueron compuestas y representadas entre 1495 y 1497 (véase Moratín, l. c., y Martínez de la Rosa, II, páginas 344 y 349), hay en una de ellas (en Moratín, núm 16), la noticia precisa de que fué compuesta y representada en 1498 (véase Martínez de la Rosa, l. c., pág. 524):

.....
 JUANA. Año de noventa y ocho
 y entrar en noventa y nueve...
 RODRIGO. Agua y nieve
 y vientos bravos corrutos.
 Reniego de tiempos putes,
 y ha dos meses á que llueve.

(Edición de Salamanca, 1509, fol. xciv, l.)

(2) Los traductores españoles de Ticknor (II, 695) citan otra obra de Encina con este título: «Documento é instrucción provechosa para las donzellas desposadas y recién casadas. Con una justa d'amores hecha por Juan del Enzina á una donzella que mucho le penaba», 1556, sin lugar de impresión, 4.º Las cartas satíricas que aparecieron bajo el título de «Cartas de Juan de la Enzina contra un libro que escribió D. José de la Carmona» (Madrid, 1784, en 12.º) no son de él, como es natural, sino del P. Isla (Ticknor, II, 365).

SOBRE EL DRAMA ESPAÑOL

«LA CELESTINA» Y SUS TRADUCCIONES ⁽¹⁾

La Celestina, ó tragicomedia de Calixto y Melibea. Madrid, 1822, 1832. Barcelona, 1842. Madrid, 1846.

Celestina. Eine dramatische Novelle. Aus dem Spanischen übersetzt vom Bülow. Leipzig, Brockhaus, 1843, Gr, 12.

La Célestine. Tragi-comédie de Calixte et Mélibée. Traduite de l'espagnol, annotée et précédée d'un essai historique, par Germond de Lavigne. Paris, 1840, 1844.

El siglo xv es el verdadero período de transición entre la Edad Media y la moderna. En su curso empezaron á ceder su puesto cada vez más á las aspiraciones y á los movimientos modernos los poderes y direcciones que dominaban en la Edad Media. Entonces se mostraron ya los precursores de la lucha que no ha terminado aún en el día de hoy. Las bases fundamentales de la vida medioeval, el espiritualismo y el individualismo, el estado feudal cristiano-germánico y el espíritu del tiempo eclesiástico caballeresco, vacilaban ya entonces á los primeros choques de las fuerzas modernas, ante la ola avasalladora del espíritu de los nuevos tiempos. Pues hasta en aquellos días puede seguirse la pista á trazas de esfuerzos hacia un acomodo entre el realismo y el idealismo, hacia un equilibrio político sobre la base más extensa posible en la vida

(1) De las *Blättern f. lit. Unherh*, 1845, n.º 213-217, páginas 853-870.

íntima del Estado, lo mismo que en las relaciones cosmopolitas de unos pueblos y Estados con otros. En España, en particular, formaron hacia fines de este siglo los pequeños estados feudales una sola monarquía, por la unión de Isabel de Castilla con Fernando de Aragón y por la conquista de Granada, monarquía que en el siglo próximo siguiente había de representar el primer papel en la gran escena del mundo. Allí habían mantenido siempre un elemento democrático-burgués y un altanero sentido del derecho, junto á la nobleza aristocrática y al espíritu caballeresco, las instituciones municipales que arrancaban del tiempo de los romanos y los fueros y privilegios de las ciudades y comunes otorgados por los reyes ya desde el siglo xi. Allí florecían entonces por los árabes la industria y el comercio, que engendraban un bienestar universalmente difundido, lo cual favorecía la tendencia á los bienes materiales, al goce de los sentidos, al lujo y á la voluptuosidad. Así es que en España, junto al idealismo medioeval, tenía entonces el realismo moderno más valor que el que en ella ha tenido posteriormente, cuando el desarrollo religioso y político de la inquisición le hubo detenido y estorbado.

Para tales circunstancias no podían bastar la poesía cortesana lírica y la poesía épica popular. Pero es lo cierto que ambas se habían desenvuelto lo suficiente, para que en unión con el estudio é imitación de los modelos clásicos, recién despertados en España por mediación italiana, pudiesen hacer posible una poesía dramática exigida por la dirección del tiempo aquel; una poesía dramática que no se limitara simplemente á sus formas iniciales arraigadas en el culto y las ceremonias religiosas, sino que buscara satisfacción en la representación de la vida efectiva, sus estados reales y sus caracteres. Sólo hacía falta un órgano genial, una cabeza inventiva, para dar cuerpo al espíritu del tiempo y objetivar la conciencia nacional, y hallóse, como sucede siempre que los tiempos lo exigen, en el autor de *La Celestina*.

En esta obra, como en todas las creaciones artísticas impor-

tantes, se debe tener menos ante la vista su objeto que la fisonomía formal de la misma. Sólo así se la comprenderá bien y se la podrá estimar en lo justo con relación á su tiempo y conforme á su influencia sobre el desenvolvimiento del drama nacional español.

El autor mismo ha llamado á su obra, refiriéndose tan sólo á su contenido, primero *comedia*, y después *tragicomedia* (1). Su forma la ha designado muy bien el traductor alemán llamándola «novela dramática» (*Dramatische Novelle*), y mejor aún, algunos recientes críticos españoles con el nombre de *comedia novelesca*. Es de hecho tal forma épico-dramática. En ella muéstrase el drama todavía con el ropaje épico de amplios y ricos pliegues; pero ya á punto de desprenderse de estas envolturas para subir á la escena en más libre movimiento de rápido paso. En la elección, disposición y estructura de la fábula, en la composición de la *Celestina* predomina todavía en conjunto lo épico; hay en ella el extenso abandono, la locuacidad de los narradores, el rompimiento de la acción y retardo de su rápido curso dramático por episodios, el predominio de la situación, la pintura minuciosa, en una palabra, la amplitud y soltura épicas. Sin embargo de lo cual tiene esta tragicomedia tono dramático, vida dramática, y, aparte de la forma, mera-

(1) Lo atestigua expresamente en el prólogo al segundo arreglo, refiriéndose á sus críticos: «Otros han litigado sobre el nombre, diciendo que no se había de llamar comedia, pues acaba en tristeza, sino que se llamase tragedia. El primer auctor (esto es una ficción, como lo demostraré más adelante) quiso dar denominación del principio, que fué placer, é llámola comedia: yo, viendo estas discordias entre estos extremos, partí agora por medio la porfía, é llámola *tragicomedia*.» Es, por lo demás, digno de atención que aquí las expresiones *comedia* y *tragedia* se emplean para determinar la materia ó asunto, mientras que los anteriores escritores las usaban para designar el género de estilo, según la conocida definición del Dante, por ejemplo, Santillana en su *Comedieta de Ponza*. Los poemas que se componían por aquel mismo tiempo en España con destino á la representación dramática, se llamaban *autos*, *diálogos*, *pasos*, *coloquios*, *representaciones*, *églogas* (véase Aribau en la *Biblioteca de autores españoles*, t. III, pág. 15).

mente exterior, del diálogo y de la división en (21) actos, no sólo actos, sino también acción dramática y ante todo caracteres presentados en esta acción y mediante ella. Es más: distínguese tanto por la exposición magístral, el desarrollo consecuente y el artístico conflicto de los caracteres y por la catástrofe trágica condicionada por éstos, que ha llegado á ser prototipo y modelo clásico del llamado *género novelesco* del drama nacional, habiendo sido igualada por muy pocas piezas de su clase cuando se formó ya el drama, y superada por ninguna. De aquí que la *Celestina* ocupa ciertamente un lugar, y un lugar distinguido é influyente, en la historia del desenvolvimiento del teatro español, aun cuando no puede hacérsele pasar por un drama propiamente dicho, puesto que ni estaba destinada á ser representada ni era á propósito para serlo (1). Parece, por lo tanto, ociosa la discusión de si se la debe contar en el género de la novela ó en el del drama; nació en un tiempo en que no hacían más que empezar á separarse con alguna precisión los géneros de poesía, y en que el drama se separó de los restantes.

Dejemos la palabra acerca de esto á los más recientes y más entendidos críticos españoles que han hablado sobre ello, críticos que á la vez son poetas tan afamados como los Sres, Martínez de la Rosa, D. Leandro Fernández de Moratín y D. Alberto Lista.

Martínez de la Rosa dice en sus *obras literarias* (tomo II, páginas 353-354. París, 1827):

«Aunque lleve el título (*La Celestina*) de *tragicomedia* (probablemente por tener alegre curso y desastrado fin) no es pro-

(1) La gran extensión de la *Celestina* lo dice ya, pero lo atestiguan aún más expresamente el autor mismo (en el prólogo, en que no se habla nunca más que de la lectura de la *Celestina*) y el corrector de la edición sevillana de 1502, Alonso Proaza, en la octava añadida al final, ante las cuales va escrito: «Dice el modo que se ha de tener leyendo esta *tragicomedia*.»

En la nota anterior he indicado que su título nada tiene que ver con eso.

»piamente dramática ni hecha para representarse; mas aunque
 »no sea sino una *novela en diálogo*, es forzoso hacer de ella men-
 »ción en este escrito, no sólo porque encierra todas las semillas
 »del drama, aun cuando no lo sea, sino porque me parece que esa
 »célebre obra, y las muchas que á su ejemplo se compusieron
 »después, fueron otros tantos pasos ventajosos para la dramáti-
 »ca, y no dejaron de tener influjo en el teatro de España, ó, por
 »mejor decir, de Europa.

»Invención, interés, caracteres bien descritos, estilo puro y
 »ameno, diálogo natural y fácil, chiste y donaire (aunque me-
 »nos comedido y casto que debiera), dicción bellísima, esmalta-
 »da de modismos familiares y desales castizas, mil dotes, en fin,
 »tan nuevas como agradables, dieron grandísima fama á esa
 »composición. Apenas nacida, multiplicáronse á porfía las edi-
 »ciones dentro y fuera del reino; vióse trasladada desde muy
 »temprano á otros idiomas; y su extraordinaria celebridad in-
 »citó á muchos ingenios á dedicarse á esa clase de composicio-
 »nes, que no entraban ciertamente en el terreno del drama,
 »pero que ya tocaban sus límites.»

Moratín el joven, por su parte, en sus *Orígenes del teatro es-
 pañol* en el *Tesoro del teatro español* (tomo I, pág. 36, París, 1838),
 de Ochoa, ha sabido poner de relieve el valor y la influencia de
 la *Celestina*; dice:

«Como la tragedia griega se compuso de los relieves de Ho-
 »mero, la comedia española debió sus primeras formas á la *Celes-
 »tina*. Esta novela dramática, escrita en excelente prosa caste-
 »llana, con una fábula regular variada por medio de situaciones
 »verosímiles é interesantes, animada con la expresión de carac-
 »teres y afectos, la fiel pintura de costumbres nacionales, y un
 »diálogo abundante de donaires cómicos, fué objeto del estudio
 «de cuantos en el siglo XVI compusieron para el teatro. Tiene
 »defectos que un hombre inteligente haría desaparecer sin aña-
 »dir por su parte una sílaba al texto; y entonces, conservando
 »todas sus bellezas, pudiéramos considerarla como una de las
 »obras más clásicas que ha producido la literatura española.»

También Lista dedicó en sus ingeniosas «Lecciones de literatura dramática española» (tomo 1, Madrid, 1839) toda una lección á *La Celestina*; en la pág. 48 dice así:

«Es uno de los padres de la lengua el autor de la *Celestina*.
»Es al tiempo mismo el que pudo haber indicado en la especie
»de novela dramática que compuso, á Naharro, á Rueda y los
»que les sucedieron la marcha que debía seguirse en la com-
»posición de un drama; porque, en efecto, la *Celestina* nunca
»habrá sido un drama escénico.»

Y aún con más precisión y más detenimiento fundamenta este punto de vista de la relación entre la *Celestina* y el drama nacional, y, sobre todo, con el género novelesco del mismo, introducido por Lope de Rueda y cultivado preferentemente por Lope de Vega, diciendo (páginas 50-51):

«La *Celestina*, en materia de lenguaje, es una composición
»clásica, y bajo ese aspecto nunca será suficientemente estu-
»diada. Como abraza todos los géneros posibles, desde el vehe-
»mente y oratorio hasta el más bajo y familiar, es un reperto-
»rio de las diversas formas de estilo que poseía nuestro idioma
»en aquella época.

»Pero no es este el único mérito de la tragicomedia. A pe-
»sar de que ni la extensión de la obra, ni su división en vein-
»tiún actos, ni su argumento bastante inmundo permitían re-
»presentarla en una época en que no se conocían más repre-
»sentaciones que las églogas de Juan de la Encina, abunda,
»sin embargo, en bellezas dramáticas. Viveza y sal en los diá-
»logos, aunque algunas veces es la sal con que Plauto frotó
»al auditorio romano; rasgos profundos de costumbres, ya se-
»rios, ya cómicos; movimientos poéticos expresados en una
»prosa elevada, y, sobre todo, suma verdad en la descripción
»de los caracteres, hacen sospechar con razón que Naharro,
»Lope de Rueda y sus imitadores en el género de la comedia
»novelesca, se propusieron seguir por modelo al autor de la
»*Celestina*, aunque reduciendo sus dramas á dimensiones más
»á propósito para la representación. Esta intención de imitar á

»Rojas es evidente en la comedia *Himenea*, de Naharro, que
»analizamos en la lección anterior, donde, además del peligro
»de muerte á que se expone *Febea*, están tomados, ó, por mejor
»decir, robados de *La Celestina*, los artificios con que los cria-
»dos de *Himeneo* encubren su miedo cuando acompañan á su
»señor á la calle de su dama.»

Con estas opiniones concuerda también el traductor francés señor Germond de Lavigne, atribuyendo en su *Essai historique sur La Célestine* á esta obra un lugar significativo, no en la historia del teatro español tan sólo, sino en la del europeo (páginas VI-VII):

«Entonces (en la segunda mitad del siglo xv), muy anteriormente, por lo tanto, á todos los ensayos dramáticos en las lenguas modernas, apareció la *Celestina*, la madre del drama castellano, como el resplandor que precede á la luz, como la palabra largo tiempo buscada que faltaba para el descubrimiento de una gran idea. Así, medio siglo antes que Maquiavelo hubiera hecho representar su *Mandrágora*, echando así las bases de la comedia artística, la *Celestina*, uniendo colorido dramático, empuje poético, interés de acción y verdad de caracteres, ponía la primera piedra del gran monumento que llegó á ser gloria de España, y á que contribuyeron Torres Naharro, Lope de Rueda, Cervantes, Oliva, y después Lope de Vega, Calderón, Moreto y muchos otros. La *Celestina*, considerada por los eruditos españoles como fuente de todo el teatro nacional, propiamente no es un drama, un drama como hoy los queremos, un drama como los que escribieron Calderón y Lope de Vega, etc.»

Cuando el señor Germond de Lavigne afirma más adelante que la *Celestina* fué destinada á la escena (*faite pour le scène*) y que era *representable*, va demasiado lejos. Concuerdo con él y con los críticos españoles cuando llaman á esta tragicomedia la «madre del drama castellano»; es más: no vacilo en considerar como una verdadera fortuna, esto es, no como una feliz casualidad, sino como la feliz consecuencia de un desenvolvi-

miento natural, el que haya tenido tal «madre» el drama nacional español, aun cuando los estéticos de escuela hagan una mueca de desdén por su monstruosidad y los moralistas rígidos se escandalicen de su desenfreno. Pues fué una verdadera fortuna que la *Celestina* arraigara tan profundamente en lo popular, se atuvieron tan estrictamente á la vida real, en una palabra, que el gusto nacional se mostrara en ella tan genial y tan pleno; una verdadera fortuna que no empecieran á su independencia material ni á la formal los estudios de humanidades y la imitación de los antiguos modelos clásicos que entonces despertaban en España, y que á lo sumo se muestren las huellas del pedantismo en algunos pasajes que se han hecho pesados ó falsos por una erudición mitológica y de antigüedades. Es cierto que la *Celestina* dió arranque á una dirección novelesca; es cierto que se hallan en ella lo ideal romántico junto á lo real que llega hasta la vulgaridad y la desnudez, lo más altamente trágico en unión con lo frívolo cómico, lo patético con la ironía y el humor; es cierto que su forma no es ni firme, ni compacta, pero precisamente por todo esto dió al drama español una base popular, un carácter nacional y un desarrollo natural; le preservó de la imitación servil, de toda monotonía antinatural, de toda intrusión de formas extrañas y forzadas. Precisamente porque los dos Lopes y todos aquellos que se cuidaban más del aplauso de la nación que del de los doctos, prosiguieron y debieron proseguir cada vez más á través de la selva de la poesía popular el camino abierto por la *Celestina* para desembarazarlo con propio esfuerzo (el «uso nuevo», como le llamó Juan de la Cueva), limpiándolo, alisándolo, aplanándolo y calzándolo sin cesar; por esto se levantó el drama español á una altura en la que sólo puede compararse el inglés, que subió por maneras semejantes, y altura desde la cual ambas escenas nacionales vieron muy profundamente por debajo de ellas cómo los carros de Tespis de las restantes modernas naciones europeas seguían casi inadvertidos extrañas rutas por el docto polvo de las trilladas carreteras

de la imitación. De aquí resultó, finalmente, que el ejemplo de un Oliva, un Bermúdez, un Lupercio de Argensola y de otros que por una mal entendida imitación de los antiguos modelos clásicos (*el uso antiguo*) querían introducir sus mortecinas y descoloridas copias de lo antiguo, quedara para los españoles como ejemplo inocente; pobre compensación, en verdad, de la «comedia» fresca y viva, encendida con todo el esmalte de lo encarnado, brillante con todo el encanto de las formas lujuriosamente plenas, comedia de tragicómico rostro de Jano, que ya mata al resplandor de la profunda y seria mirada de fuego de la pasión castellana, ya se burla riéndose con graciosos labios llenos de sal andaluza, ya magnánima como un caballero, ya picaresca y maliciosa como un gracioso.

Así es cómo la *Celestina* contenía de hecho los elementos de los géneros propios y peculiares del drama nacional español. En su base novelesca, en su intriga de amor preparada y conducida con arte, y en su patético que se alza hasta el vuelo lírico, hállanse ya los gérmenes de la *comedia novelesca* y de las que salieron de ésta, las *comedias de capa y espada*. Estos gérmenes los cultivó el primero Torres Naharro con conciencia de artista, y produjeron los más ricos frutos bajo las ingeniosas manos de un Lope de Vega, un Alarcón, un Calderón, etc., que formaron de ellos el drama artístico más ideal, adornado con toda la magia de lo romántico, con todos los encantos de la versificación y de la lírica. En aquellas partes de la *Celestina* que presentan, por el contrario, la realidad vulgar, las costumbres y los caracteres nacionales con verdad palpable é irónico humor, no pueden menos de reconocerse los prototipos de la «comedia natural en prosa» y de la «comedia de costumbres». En esta dirección, los que de hecho dieron los primeros pasos de progreso fueron Lope de Rueda y Timoneda con sus *Pasos*, en los que se atuvieron la mayor parte de las veces al diálogo en prosa de su modelo. Este género se habría desarrollado hasta llegar á la comedia de carácter y á la más fina sátira dramática, en la cual no hubiera faltado un Molière á

los españoles, tan ricamente dotados de gracejo y humor irónico, si no hubiera sido estorbada en su desenvolvimiento por el rigor inquisitorial de la censura española. Así es que quedó confinada á las esferas más bajas de la vida del pueblo, y sobrevivió simplemente en los *entremeses* y *sainetes*. Los puntos de partida de esta doble dirección que tomó la *comedia* española ya desde su comienzo, y que están representados en un principio por los dos primeros poetas propiamente dramáticos, Torres Naharro y Lope de Rueda, salta tanto á los ojos que han de hallarse en *La Celestina*, es hasta en la imitación de detalles y particulares tan indudable, como Lista lo ha hecho notar, que puede tomarse con toda razón á esta *tragicomedia* por la «madre del drama español».

Pero si, á pesar de esto, hubiera todavía alguien que, apoyándose tal vez en el juicio de Bouterwek, que por lo demás ha honrado á la antigua literatura española en general y juntamente á la *Celestina* con una mirada muy somera, puesto que las referencias que á ésta hace ni una vez son acertadas, hallase exagerada la relativa importancia y la influencia que atribuimos á la tragicomedia sobre el desarrollo del drama español, ó por lo menos dudara de su valor íntimo y absoluto, no quiero oponerle ninguna otra autoridad, ni siquiera la conocida sentencia de Cervantes, sino suplicarle con toda instancia que la lea, á ser posible, en el original, con sentido despreocupado, entregándose á su impresión con ánimo libre de prejuicios y apto para la poesía. Entonces le he de preguntar si no halla que esta obra, aparte de todo el encanto del lenguaje y del estilo, de la notable descripción de los caracteres y costumbres, todo lo cual es al cabo y al final asequible hasta al talento, nos presenta en la invención y la composición mismas bellezas y rasgos que sólo puede producir un poeta genial; entonces le he de preguntar si la escena, por ejemplo, en que Celestina vence la pudorosa frialdad de Melibea y enciende en su corazón, todavía puro, por medio de la compasión, la pasión, no es acaso una obra maestra de finura y de pro-

fundo conocimiento psicológico; si no es de una verdad alta-mente trágica la descripción que hace Sosia á Calixto de la impresión que le causó la vista de los criados asesinos de Melibea arrastrados al lugar del suplicio; si no es digno de Shakespeare el rasgo aquel en que la ya caída Melibea, cuando oye á madre alabar su infantil inocencia en una conversación con el padre, conjura á su criada á que con cualquier pretexto estorbe la conversación para no enloquecer de vergüenza oyendo á la engañada madre colmarla de elogios; si no puede compararse en humor al *Palstaff* de Shakespeare la escena en que el pícaro y fanfarrón Centurio promete á las mozas de vida airada vengar la muerte de su madre Celestina; si, finalmente, las escenas de la catástrofe no prueban las geniales dotes de concepción del poeta, como en contraste altamente trágico á las caricias descritas con toda magia, descripción que por su gran candor no es indigna de la famosa escena del balcón en *Romeo y Julieta*. Sigue inmediatamente la muerte de los amantes, y como interponiéndose de repente Némesis, apenas han apurado la copa del deleite prohibido, les presenta el cáliz de una muerte de expiación (1).

El señor de Bülow tiene, por lo tanto, razón, creyendo que es inútil hacer de panegirista de la *Celestina*: en el prefacio que hace preceder á su traducción de esta obra; dice (pág: vi):

«Dejo con toda confianza al ilustrado lector alemán el apreciar en lo que vale la incomparable dialéctica y retórica de la obra, así como la plenitud de legítima poesía que hay no menos en la característica llena de arte que en la interna verdad terrible de los sucesos. La misma figura demoníaca y gigantesca de la Celestina, verdadera y propia heroína del libro, está, en cuanto yo recuerdo, sin término de comparación en toda la moderna literatura, y bastaría por sí sola para marcar á su creador con el sello de los grandes poetas.»

(1) Los dos más notables jueces de la *Celestina* entre nosotros, Clarus (II, pág. 358) y Lemcke (I, pág. 152) han expresado más distintamente esta comparación con Shakespeare.

Con tales ventajas, con tal acción y efecto de la *Celestina*, ¿se le puede en serio echar en cara tendencia inmoral y sentido vulgar? Es verdad que una obra en que juega el principal papel una alcahueta, en que muchas escenas pintan sus tratos con depravadas mozas del partido, no está destinada á un colegio de señoritas. Pero si se tiene en cuenta con qué ingenuidad presenta en general la Edad Media las relaciones sexuales, cómo entre los meridionales, sobre todo, aun hoy mismo no choca, ni aun á las mujeres honradas, el que en este respecto se llame al pan, pan, y al vino, vino, un sentimiento verdaderamente moral se sentirá menos herido por las escenas y pasajes que nos parecen demasiado libres y descarnados según nuestro actual modo de pensar, que por la ambigüedad sancionada y la velada concupiscencia de los modernos (1).

Lo que es indiscutible es la maestría de la *Celestina* en el respecto del lenguaje y el estilo. El clasicismo de su prosa es tanto más admirable, cuanto que fué compuesta en un tiempo en que aún había hecho pocos progresos en España la prosa y había sido rara vez empleada en obras propiamente poéticas. Aun entre los prosistas posteriores, sólo Cervantes puede considerarse de la misma alcurnia que el autor de la *Celestina*, el cual, por lo demás, no sólo en esto, sino en otros muchos respectos ejerció un innegable influjo sobre aquél, como, por ejemplo, en la novela hoy ya vindicada para Cervantes, *La Tía fingida*, en que, no sólo el carácter de la protagonista, no sólo muchas situaciones, sino hasta pasajes enteros están compuestos á imitación de la *Celestina*.

(1) A quien no le pareciera suficiente esto, lea la defensa del libro contra las inculpaciones de una limitada gazmoñería en Germond de Lavigne, *Essai historique sur la Célestine* (páginas XXI-XXV). Por mi parte, no pongo en duda la intención moral y la convicción de la utilidad de su obra («...la necesidad que nuestra común patria tiene de la presente obra, por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, etc.»), con que el autor mismo procura rectificar lo chocante y escandaloso de su obra.

De hecho, la *Celestina* continuó siendo el libro más leído y más influyente en España hasta la aparición del *Don Quijote*. Sirvan de prueba las innumerables ediciones que de ella aparecieron en los siglos XVI y XVII (1) y las muchas continuacio-

(1) La edición más antigua conocida hasta hoy y dada á conocer hace aún poco tiempo es «Calixto y Melibea, comedia» (Burgos, 1499, 4). véase la última edición del *Manuel*, de Brunet, y la *Bibliothèque dramatique de M. de Soleinne; catalogue rédigé par P. L. Jacob Bibliophile* (tomo IV, página 156, París, 1844), probablemente la primera edición. Tiene ya el título de *comedia*, está dividida tan sólo en diez y seis actos, sin el prólogo, ni las octavas acrósticas finales del autor, ni argumento alguno del total, pero sí de cada uno de los actos. A esta primera edición pertenece, sin duda alguna, el pasaje reproducido en una nota anterior, pasaje del prólogo del segundo arreglo y acerca del título de la obra, y también lo que dice el autor en el mismo prólogo de los argumentos de cada acto, añ adidos por los impresores: «Aun los impresores han dado sus punturas, poniendo rúbricas ó sumarios al principio de cada acto», etc. Aribau, en su nueva (ahora la mejor) edición de la *Celestina* (en la Bibl. de aut. esp., tomo III, Madrid, 1846, pág. XII), cita como primera impresión de ella una también de 1499, pero de Medina del Campo. La de 1500, citada por León Amarita, impresor y editor de la de Madrid de 1822, en el prólogo de ésta, impresa por Martino Polono (Salamanca?), es, según toda probabilidad, la primera del segundo arreglo, que amplió el autor, como él mismo dice en el prólogo que le añade: «Así es, que viendo estas contiendas, estos disonos y varios juicios (sobre la primera versión), miré á dónde la mayor parte acostaba, y hallé que querían que se alargase en el proceso de su deleyte destos amantes, sobre lo cual fuí muy importunado; de manera que acordé, aunque contra mi voluntad, meter segunda vez la pluma en tan extraña labor y tan ajena de mi facultad, hurtando algunos ratos á mi principal estudio, con otras horas destinadas para recreación, puesto que no han de faltar nuevos destructores á la nueva adición.» Además de este prólogo se han añadido á la segunda versión una carta del autor «á un su amigo», once octavas, con el sobrescrito: «El autor excusándose de su yerro en esta obra al propósito porque la acabó.» La edición impresa en Sevilla en 1502 por los cuidados de Alonso de Proaza (que ya en el título lleva esta adición: «et nuevamente añadido de Centurio», y al final seis octavas del corrector) ha servido para la mayor parte de las reimpressiones sucesivas. La de Plantino (Amberes, 1595) lleva el primer título *Celestina*. El Sr. Magnin, en la reseña que dió en el *Journal des Savants* (Abril, 1843, pág. 199) de la traducción de Germond de Lavigne cita cuarenta y seis ediciones de la *Celestina* de los siglos XVI y XVII; lista á que se puede añadir, del *Catalogue de M. de*

nes, arreglos métricos é imitaciones directas de la misma (1).

Es natural que sea altamente interesante obtener noticias exactas y precisas acerca del tiempo de la composición de un libro tan célebre, y acerca de las vicisitudes de la vida de su autor, del cual está con razón su patria orgullosa. Y, sin embargo, cosa de que se admirará quien no conozca la incuria de los españoles en este respecto, faltan datos positivos y detallados de un tiempo que no es muy lejano y en que estaba ya hallado el arte de la imprenta, y todavía hasta el día de hoy no se han puesto de acuerdo los eruditos sobre si la obra procede de uno ó de dos autores. Así es que se ve uno circunscrito á los datos esparcidos y cuidadosamente oscuros que se hallan en la obra misma.

Después de todo, hállanse en ella algunos puntos de apoyo para poder determinar el tiempo de su composición hasta den-

Soleinne (pág. 159) la de Salamanca de 1577 y la de Barcelona, 1531, 4, que se halla en posesión de la biblioteca de la corte imperial de Viena, la de Sevilla, 1550, 4; Sevilla, 1575, 12; Barcelona, 1585 (véase Aribau, l. c., páginas XII-XIII, y *Description bibliographique des livres choisis en tout genre composant la librairie de J. T. Techener*, tomo II, París, 1858).

(1) Véase sobre esto las indicaciones que da Magnin (en el lugar citado, páginas 199-201). Tengo que hacer notar respecto á esto que el verdadero nombre del autor pseudónimo de la *Eufrosina* portuguesa es Jorge Ferreira de Vasconcellos; que la reseña de las imitaciones puede aumentarse considerablemente, como, por ejemplo, con las siguientes que se hallan en la biblioteca de la corte imperial de Viena: «Comedia... llamada Serafina» y «Otra llamada Tebaida» (Sevilla, 1546, 4; véase el «Catálogo de las piezas dramáticas», de Moratín, en el «Tesoro», de Ochoa, tomo I, pág. 72), y «Retrato de la Lozana Andaluza», en lengua española muy clarísima, compuesto en Roma (en el año de 1524). El cual retrato demuestra lo que en Roma pasaba, y contiene muchas más cosas que la *Celestina*» S. l. et a. 4; que finalmente en el índice de Huerta á su «Teatro español» se cita una *Comedia, Celestina*, de Antonio de Mendoza. Hasta el día de hoy siguen siendo proverbiales «Los Polvos de la madre Celestina». Véase también Aribau, l. c., páginas XVII-XX; Ticknor, I, páginas 219-222; II, 693-695 (acerca del autor de la Policiana, mi ensayo: «Una representación española de la danza de la muerte», Viena, 1852, 8, páginas 11-12, y la descripción del ejemplar de la edición de Dresde de 1547 en el *Serapeum*, 1853, núm. 14, páginas 209-213), y Lemcke, I, pág. 154.

tro de un decenio, de 1482 á 1492, puesto que en los actos cuarto y sétimo se habla como de cosa conocida de todos y ordinaria de los juicios de herejes de la inquisición y de las ceremonias de los autos de fe, habiendo sido implantada la inquisición por vez primera en 1480. Y en el principio del acto tercero cita Sempronio como certificado de su afirmación de que apenas pasados los sucesos que excitaron nuestra admiración ó fueron deseados, se les olvida al punto, los siguientes ejemplos:

«¿Qué tanto te maravillaría si dijesen, la tierra tembló, ú
»otra semejante cosa que no la olvidase luego? Así como he-
»lado está el río, el ciego ve ya, muerto es tu padre, un rayo
»cayó, ganada es Granada, el rey entra hoy, el turco es ven-
»cido, eclipse hay mañana, la puente es llevada, aquél es ya
»obispo, á Pedro robaron, Inés se ahorcó, ¿qué me dirás sino
»que á tres días pasados ó á la segunda vista no hay quien de-
»llo se maraville?»

Entre estos ejemplos de sucesos, de los cuales habría motivo de admirarse si se verificaran, se cita también la conquista de Granada. (ganada es Granada). Ahora bien; es cosa sabida que la conquista de Granada se verificó después de un asedio de diez años el 2 de Enero de 1492, de donde se saca que se puede poner la composición de *La Celestina* con bastante certeza en el fin del noveno ó principio del décimo decenio del siglo xv; y si la edición de Burgos de 1499 es efectivamente la *editio princeps*, ha sufrido la obra casi el *nonum prematur in annum* de Horacio.

Esta primera edición apareció, según la citada descripción (en el *Manuel* de Brunet y en el *Catalogue* de Soleinne), no sólo anónima, sino sin prólogo ni epílogo alguno, los cuales el autor añadió por vez primera á la versión segunda. De hecho las únicas fuentes que acerca de él y su relación con su obra nos han quedado son las siguientes; lo que dice en su escrito. «El autor á un su amigo», que escribe su obra, «no sólo por la necesidad que su común patria tenía de ella, por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, pero aun

en particular la persona de su amigo, cuya juventud de amor ser presa se le representaba haber visto y de él cruelmente lastimada, á causa de le faltar defensivas armas para resistir sus fuegos, los cuales halló esculpidos en aquellos papeles, no fabricadas en las grandes ferrerías de Milán, mas en los claros ingenios de dotos varones castellanos formadas». Y después que ha encarecido la elevada excelencia y grande utilidad de esta feliz invención, prosigue:

«Vi que no tenía su firma del autor, el cual, según algunos dicen, fué Juan de Mena, y según otros, Rodrigo Cota: pero quienquiera que fuese, es digno de recordable memoria por la sutil invención, por la gran copia de sentencias sugeridas, que so color de donaires tiene. ¡Gran filósofo era! Y pues él con temor de detractores y nocibles lenguas, más aparejadas á reprehender que á saber inventar, quiso celar y encobrir su nombre, no me culpéis, si en el fin bajo que le pongo no expresase el mío; mayormente, que siendo jurista yo, aunque obra discreta, es ajena de mi facultad; y quién lo supiese diría; que no por recreación de mi principal estudio (del cual yo más me precio, como es la verdad) lo ficiese; antes distraído de los derechos en esta nueva labor mentremetiesè. Pero aunque no acierten, sería pago de mi osadía. Asimesmo pensarían que no quince días de unas vacaciones, mientras mis socios en sus tierras, en acabarlo me detuviese, como es lo cierto; pero aún más tiempo y menos acepto. Para disculpa de lo cual todo, no sólo á vos, pero á cuantos lo leyeren, ofrezco los siguientes metros. Y porque conozcáis dónde comienzan mis mal doladas razones, acordé que todo lo del antiguo autor fuese sin división en un acto ó escena incluso, fasta el segundo acto, donde dice: *Hermanos míos*, etc. Vale.»

Siguen á esto diez octavas que llevan esta inscripción: «El autor, excusándose de su yerro en esta obra que escribió, contra sí arguye y compara.» En ellas compara la osadía de su empresa con la de una hormiga, que, en vez de quedarse en

tierra para recoger provisiones, levántase en alto, gozando «el aire ajeno y extraño», y arrepintiéndose demasiado tarde de la locura de haberse jactado de sus alas, «rapiña es hecha de aves que vuelan, fuertes más que ella.» Así él, seducido por su pluma, procuró alzarse por ella á la más alta gloria, y en vez de ésta «le estaba costando reproches y vistas y tachas». Sin embargo, se calló y sin hacer caso «de envidia y murmulos» insistió en su empresa; pues tenía conciencia de su pura intencion («mi limpio motivo») y estaba convencido de la necesidad de semejante obra para los muchos enfermos de amor, á los que había que servir la píldora amarga dentro de dulce manjar (1). De este modo embargaba su pluma para atraer los oídos de los pacientes mediante «dichos lascivos, rientes», y ganándolos así, amonestarles. Así, «estando cercado de dudas y antojos», dió una conclusión á la obra que estaba de acuerdo con su principio («compuse la fin que'l principio desata»), y ruega, por lo tanto, á los discretos que suplan su falta y á los «groseros» que «en obra tan alta, ó vean, ó callen, ó no den enojos». Había hallado la obra presente en Salamanca, y se movió á acabarla por estas razones: primera, porque estaba en vacaciones; además, por imitar á persona prudente, su predecesor; y, finalmente, por ver á la más de la gente envuelta y mezclada en vicios de amor y atemorizarles para que no se fien de alcahueta ni falso sirviente. Además, halló que la obra, aunque tan breve, era muy sutil y excelente, tanto, que Dé-

(1) Como el doliente que píldora amarga
O la recela, ó no puede tragar,
Métela dentro de dulce manjar;
Engañase el gusto, salud se le alarga:
Desta manera mi pluma se embarga», etc.

Cualquiera creería que Tasso (*Gerusalemme liberate*, canto 1, ott. 3) ha copiado á nuestro español (a).

(a) A quien copiaron verdaderamente uno y otro fué á Lucrecio (lib. iv, v. 14 y 15.)

Ut puerorum aetas improvida ludificetur.
Labrorum tenus; interea perpotet amarum
Absinthii laticem, deceptaque non capiatur,
Sed potius, tali a tactu recreata, valescat.

(M. M. y P.)

dalo mismo no ha hecho «entretalladura» más primorosa, «si fin diera en esta su propia escritura Cota ó Mena con su gran saber». No recuerda haber visto «obra d'estilo tan alto y subido», ni en lengua romana, ni toscana, ni griega, ni castellana, y en que no haya sentencia de donde no mane al autor «loable y eterna memoria». Las dos últimas octavas vuelven á amonestar otra vez al lector que tome en la historia de estos amantes un ejemplo que le sirva de aviso.

En el «Prólogo» que sigue á esto muestra con muchos ejemplos cómo es todo en el mundo lucha y combate, y que, por tanto, su obra ha de ser combatida por muchos, y que cada cual ha de hallar algo que censurar en ella, ya en su título, etc. Pero que, á pesar de esto, concuerdan los más en el deseo de que se alargue el proceso del deleite de éstos amantes; lo cual le hizo decidirse á meter segunda vez la pluma en su labor, hurtando algunos ratos á su principal estudio, aunque estaba convencido de que no habían de faltar nuevos detractores á la nueva adición. (Véase el pasaje transcrito del original que se halla en la nota precedente.)

En las tres octavas que se hallan á la conclusión, procura repetidamente rectificar lo chocante de su obra por su fin moral, y excita al lector á que, dejando la paja de la frívola vestidura, saque de ella el limpio grano de la moral.

Alonso de Proaza, el corrector de la edición sevillana de 1502, ha puesto como apéndice á la obra otras seis octavas, en las que la alaba y rectifica, y la última de las cuales lleva este título: «Declara un secreto que el autor encubrió en los metros que puso al principio del libro». Dice así:

No quiere mi pluma ni manda razón,
 Que quede la fama de aqueste gran hombre,
 Ni su digna gloria, ni su claro nombre
 Cubierto de olvido por nuestra ocasión.
 Por ende juntemos de cada renglón
 De sus once coplas la letra primera,
 Las cuales descubren por sabia manera
 Su nombre, su tierra, su clara nación.

Si se hace esto, se obtienen los siguientes datos; «EL BACHILLER FERNANDO DE ROJAS ACABÓ LA COMEDIA DE CALYSTO Y MELLYVEA E FVE NASCYDO EN LA PVEVLA DE MONTALVAN.»

El que completó la obra, esto es, el autor de todas las restantes partes, con excepción del primer acto, y de la segunda versión, se llamaba, por lo tanto, según su propia noticia, Fernando de Rojas, era bachiller en derecho y natural de Montalbán. Pero esto es todo lo que sabemos de él (1). Cabe, pues, la cuestión de si el autor del primer acto fué efectivamente algún otro, si pudo haber sido Cota ó Mena, como se ha supuesto tan sólo por lo que dice Rojas. Cota y Mena pertenecen al número de los más célebres poetas del siglo xv; pero no sabemos que escribieran más que obras en verso; el primero murió en 1456, el segundo vivía bajo los gobiernos de Juan II y Enrique IV de Castilla; ambos escribieron, pues, en un tiempo en que casi todas las obras de fantasía se componían aún en verso, y en que la prosa española estaba en general tan lejos todavía del grado de perfección en que se nos muestra en *La Celestina*, que ni la cabeza mejor dotada pudo haberla levantado tan de repente á tal altura. Esto se verá claramente si se compara el estilo de un prosista de aquel tiempo que trató asunto análogo en algún respecto, con el de *La Celestina* y que tenía verdadero talento, con la prosa de la *tragicomedia*; me refiero al Arcipreste de Talavera, Alonso Martínez de Toledo (de la mitad del siglo xv), que en su «Corbacho, ó libro de los vicios de las malas mujeres», pinta también los vicios de las mujeres de mala reputación y los peligros de tratar con ellas, amonesta contra ellos y fustiga á los incautos que se dejan prender en ellos. Si ya estos fundamentos externos se pronuncian contra la suposición de que el autor del primer acto haya pertenecido á época más remotas que su continuador, por fundamentos internos, por la estructura de la obra, se hace muy verosímil, y hasta seguro,

(1) Algo más sabemos hoy, como puede verse por mi artículo sobre *La Celestina*, reimpresso hace poco en mis *Estudios de Critica Literaria*, segunda serie. — (M. M. y P.)

que en general procede ésta de un solo autor. Pues aparte la gran inverosimilitud de que el inventor de la fábula no hubiera trabajado más que la exposición, lo llamado por Rojas primer acto, sería verdaderamente admirable cómo el continuador pudo penetrar el apenas indicado plan con tanta perspicacia, entrar tanto en la marcha de las ideas y el modo de pensar de su predecesor, de tal modo, que la obra en su conjunto aparece como de una concepción, de una sola forja. Además de esto, el lenguaje y estilo, que deberían pertenecer á un período anterior que se apartara considerablemente del tiempo y desarrollo del suyo, hasta en sus más pequeñas particularidades, en los más finos matices está imitado tan á la perfección, que ni aun el ojo más agudo del más ejercitado crítico podría hallar diferencia alguna si no estaba cegado por algún prejuicio (1). De

(1) Oigase sobre esto al ciertamente competente Moratín (en el lugar citado, páginas 35-36, nota 3): «Si el mismo (el continuador) ignoraba quién había compuesto lo que halló inédito, difícil será, si no imposible, averiguarlo ahora; baste decir que ni se reconoce en el primer acto el estilo de Juan de Mena, ni se puede comparar con el de Cota, puesto que sólo se conservan de estos autores composiciones en verso (a). El que examine con el debido estudio el primer acto y los veinte añadidos, no hallará diferencia notable entre ellos; y si nos faltase la noticia que dió acerca de esto Fernando de Rojas, leeríamos aquel libro como producción de una sola pluma... Creo, en fin, que el primer acto no pudo ser muy anterior al segundo, y que el ignorarse quién haya compuesto una obra anónima nunca ha sido razón bastante para suponerla muy antigua.» Por su parte, el señor de Bülow dice: «Apenas cabe percibir diferencia esencial entre el principio de la obra y su continuación», aunque inmediatamente antes ha asentado la afirmación totalmente desprovista de prueba y sólo repetida sobre autoridad de que Rodrigo de Cota sea el autor del primer acto; pues de su poema «Diálogo entre el Amor y un viejo», no se puede deducir que «sea esta suposición la verdadera». Este poema, distinto á no poder más de *La Celestina* en la invención, en el modo de tratarla y en el lenguaje, era el último punto de apoyo de aquellos que creían á Rojas bajo la fe de su palabra y que veían, sin embargo, que se las despachó á su gusto con Juan de Mena. También el Sr. Aribau, aunque no decisivamente, dice (l. c., pág. xiv) casi lo mismo que Moratín:

(a) De Juan de Mena quedan también obras en prosa, pero de tal estilo que ellas mismas son la mayor prueba de que ni un solo renglón de *La Celestina* puede pertenecerle.—(M. M. y P.)

semejante identidad de lenguaje y de estilo entre el principio y la continuación habría que deducir que Juan de Mena ó Rodrigo Cota habían podido escribir semejante prosa, y que Rojas, que vivió casi medio siglo más tarde había hecho una falsificación artística á *la Chatterton* ó *Surville*.

Tan absurda es la una cosa como la otra.

Si, pues, no es de dudar que Rojas sea el autor de toda la obra y que ha conseguido engañar con sus noticias, no sólo á su crédulo tiempo, sino también á la muchedumbre de los que aún hoy juran *in verba magistri*, si esto es así, ¿qué le movió á aplicar á otro la gran gloria de inventor y contentarse él con la más modesta de continuador? ¿Qué le movió á no nombrarse ni aun así desde un principio, sino á hacerlo por primera vez en los acrósticos del segundo arreglo, donde indicar la solución necesitó de un corrector amigo suyo (1)?

No es difícil resolver este enigma si se lee con alguna atención el prólogo y el epílogo de la segunda versión, donde Rojas ha puesto visible empeño en ayudar á que se ponga sobre la verdadera pista al que ve algo claro y asegurarse una verdadera gloria á los ojos de los discretos. ¿No se deduce de esto claramente que temía que si se confesaba desde luego autor de la obra podría perjudicarle, tanto á causa de lo espi-

«En defecto de pruebas irrecusables, cuanto menos antiguo se suponga el primer acto de *La Celestina*, tanto más verosímil será la hipótesis, por dos razones: la primera por la cultura del lenguaje, que indica ya cumplida la época de la pubertad en el idioma; y la segunda, por la notable semejanza entre el texto del primitivo autor y el del continuador, que nadie pudiera imaginar fuesen rasgos de distintas plumas.

(1) El que este corrector hable solamente de un autor («como este poeta en su castellano»), sólo en alabanza de «aqueste gran hombre», cuyo nombre no quiere callar por más tiempo, es á saber, Rojas, y no haga mención alguna de Cota y Mena, es una prueba, y muy contundente, de la anterior afirmación, pues la edición corregida por Alonso de Proaza (la de Sevilla de 1502), ¿no es acaso la primera, no ha sido hecha bajo la inspección y cuidado del autor mismo? Pero Proaza estaba tan cerca del autor y se conduce con tal discreción, que se puede suponer era uno de sus amigos bien enterados de cuanto le atañía, que obró por encargo suyo.

noso del asunto como por su posición personal? ¿No dice acaso con bastante claridad que era bien fundado su temor y previsión, de que á pesar de los celebrados nombres de un Mena ó un Cota, bajo cuya egida puso el principio de la obra, no faltarían á ésta «detractores y nocibles lenguas»? ¿No dice que ya el autor del principio tuvo á bien conservar el anónimo para que en él mismo y en su posición personal se encontraran motivos apropiados para seguir este ejemplo? ¿No teme para las nuevas adiciones á la segunda versión, á pesar del aplauso de que gozaba ya la obra por la rápida sucesión de ediciones, nuevos detractores? Las muchas excusas, disculpas y rectificaciones que hay en prosa y en verso desde el principio hasta el fin de la obra, ¿no son acaso una prueba suficiente de los motivos del autor para presentarse, ya en pseudónimo, ya en anónimo? Y aún más; el modo y manera como hace esto, ¿no es una nueva prueba de la ingeniosidad del autor de *La Celestina*? Pues al decir que había hallado el principio de la obra en Salamanca, siendo entonces la más célebre universidad de España, y al atribuirle, según rumor («según algunos dicen»), á Mena ó Cota, es decir, á uno ú otro de los poetas más gustados entonces, con la añadidura para excitar la duda de decir «pero quienquiera que fuese», aseguraba á la obra introducción en la muchedumbre y abrigo contra los ataques de los rigurosos y criticones; podría así hasta encomiar é imponer á los torpes la excelencia de la obra, de la que tenía, como todo el que vale de veras, perfecta conciencia; preservábase como simple continuador de obra tan distinguida contra toda maledicencia, y reservábase la gloria de ser autor de la parte más extensa, de los veinte actos restantes. Por lo tanto, cuando se aseguró el éxito de su obra, cuando se dió á buscar una segunda versión ampliada, limitó la autoridad de su predecesor y cuidó, aunque de un modo previsoramente velado, de que llegara á la posterioridad libre de prejuicios su nombre, su estado y su patria; por esto hizo que, como crecía la fama de la obra con cada nueva edición y desaparecían sus escrúpulos, rasgara el

último velo del anónimo un amigo y le presentara á él, á él solo, como autor. Pero quien después de tantos fundamentos intrínsecos y extrínsecos para considerar á Rojas como único autor dudara todavía de ello, y no quisiera reconocerle como tal tras del velo del pseudónimo y el anónimo que tan trasparente lo había puesto él mismo, respondería mal á su confianza en la libertad de espíritu y en la perspicacia de la posteridad (1).

Ya es tiempo de que volvamos á las traducciones de *La Celestina*, citadas al principio de este trabajo. Fué ya vertida en los siglos XVI y XVII al latín (por Gaspar Barth) y á la mayor parte de las lenguas europeas (2); pero ha vuelto á diri-

(1) De hecho se han pronunciado algunos por la opinión de que Rojas es el único autor y contra el mayor número de los que creen en su palabra y la repiten, así el ya citado por Nicolás Antonio, Lorenzo Palmireno en su obrita *Hypothiposes clarorum virorum*, y en tiempos recientes los señores Blanco White (Ticknor, I, 216), Langerhaus, Germond de Lavigne, Clarus, Schack y Lemcke.

(2) Véase la bibliografía de estas traducciones en Magnin (lugar citado, páginas 198 y 200), Soleinne (lugar citado, páginas 160-164), Grässe (*Lehrbuch einer allgemeiner Literaturgeschichte*, tomo II, parte segunda, página 1180), etc. Sólo de la antigua traducción alemana, que no ha sido descrita con exactitud por nadie, que yo sepa, y de la que posee un ejemplar la biblioteca de la corte imperial de Viena, voy á dar aquí una reseña más extensa. Tiene bordado con unas armas y unas figuras alegóricas grabadas en madera el siguiente título: *Ain Hipsche Tragedia von zwaiem liebhabenden menschen ainem Ritter Calixtus vnd ainer Edlen junckfrawen Melibia genant, deren anfang muesam wasdas mittel si, esz mit den aller bittersten ir bayder sterben beschlossen* (en 4.º, letra gótica, con muchos y hermosos grabados en madera, A-V 5 de ocho hojas). Al final: *Gedruckt vnd vollendt in der Kayserlichen stat Augspury durch Sigismund Grym Doctor, vnd Marx Wirsung, nach der geburt Christi M. D. XX. Am XX dag Decemb.* El siguiente prólogo del traductor (Ajj-Ajjj) da aclaración de su propósito y manera de proceder: «Al noble Ernesto Mateo Langen de Wellenburgs hace presente Cristóbal Wirsung á su querido primo sus amigables y buenos oficios. Revolviéndolo por un lado y otro, he pensado á menudo en mi ánimo cómo, querido primo, podría abrirte mi corazón y benevolencia y ponerte ante los ojos agradablemente mi nativo parentesco, pues me parecía que era amable y humano traer á la memoria y renovar la nativa amistad. Por la cual, querido primo, no me parece,

girse hace poco la atención del gran público, aun fuera de España sobre este libro por las traducciones, aparecidas casi al mismo tiempo, de los señores Bülow y Germond de Lavigne.

Ambas traducciones son acertadas y meritorias, corresponden á las exigencias que hoy piden tales empresas, reproduciendo en general con la mayor precisión y elegancia posibles, no sólo el espíritu, sino hasta las peculiaridades del original en

según mi opinión, mal acordado [el declararte esta mi benevolencia. Así, pues, habiendo pasado algunos años en Venecia, cuando hube adquirido instrucción y entendimiento de su lengua é idioma, se me proporcionó para leer, entre otros, un librito vertido del español al *lombardo*, y cuyo título declara (y justamente) ser una tragedia, que, como ya tú sabes, es un género que tiene alegre comienzo y término triste. Con tanta propiedad puede llamársele comedia, á causa de que el mencionado librito nos muestra jocosa y seriamente (como es propio de la comedia) unos amores de dos jóvenes, que se sirven entre sí de los criados, doncellas y servidumbre, y en especial la dañina seducción de alcahuetes y terceras, y además diferentes tráficos y negocios de los hombres. Y como yo hallo singular deleite y pasatiempo en leer historias y otros libros de costumbres y á ti no te son indiferentes (como te he oído decir), después que hube recorrido el mencionado librito y me gustó, me vino á las mientes ponerlo en nuestro alemán. No me torcerá de mi propósito si alguien me tomara á mal el que, siendo todavía joven é inexperto, me entienda con tal trabajo de traducción, en el que aparece (lo confieso) que gano más ignorancia que alabanza. Sin embargo, mi voluntad y mi mente están por otra parte, y es mi parecer que para advertencia de la juventud inexperta el sacar á luz tal libro en nuestra lengua (en cuanto mis facultades alcancen) es mejor que el dejarlo perdido y oculto, y menos reprochable para mí que si me retorciera en la disipación ó en la pereza. Agrade, pues, ó desagrade á algunos, he desplegado mi vela al viento, transcrito al alemán la citada tragedia y la he hecho imprimir. La cual tragedia, ante todo, te la entrego y envío á que la leas á ti, como á mi especial querido primo, como un don no inoportuno ni inadecuado á tu edad y la mia, porque como estamos ambos en los años floridos, tenemos que aprender lo que no podemos conocer todavía por experiencia, cómo huir en este mar agitado de las sirenas, instruirnos de la astucia y mañas de los criados infieles y de las engañosas palabras de las viejas brujas y las hechiceras que con ruegos quieren arrastrarnos. Digo yo á nosotros y á cualquiera de nuestra juventud en el curso de veinte años que tenemos que guardarnos de aquéllos, pues ¿qué cosa más despreciable que el ser llevada á la relajación la flor de la juventud (bien llamada edad de oro), que no vuelve una vez perdida, y el ser dirigido por personas engañosas, lle-

estilo y dicción (siguiendo la edición de Madrid de 1822). La francesa tiene la ventaja de que incluye los importantes prólogo y epílogo de la segunda versión, y que en ella se ha acertado á trasladar los pasajes demasiado libres, según nuestras actuales ideas, de un modo no muy ofensivo para el quisquilloso público francés, pasajes que el señor de Bülow, ó los ha suprimido por completo, ó ha creído necesario someterlos á una «seca atenuación germánica de ciertos discursos y expresiones».

gando hasta someterse á ellas y hacerse de ellas completamente propio? Te ruego, pues, amistosamente, querido primo, que tomes á bien este mi trabajo, en que has de ver más mi amor y buena voluntad que el don mismo, y en el cual (como estoy seguro) has de hallar más fruto y pasatiempo que palabras bien compuestas y elegantes (en lo que entiendo poco). Te ruego encarecidamente me recomiendes como humilde servidor al dignísimo príncipe y señor mi muy honrado Cardenal y Arzobispo de Salzburgo tu señor pariente y primo. Fechado en Augsburgo, el día primero de noviembre anno Domini M. D. XX.

FERNANDO WOLF.

CRONICA INTERNACIONAL

Los muertos.—Patinot y Pessard.—Discursos de Goblet y Dupuy.—Politica francesa.—La crisis de Bélgica.—Los liberales y las católicos de Bélgica.—Diminuciones del poder monárquico en Bélgica.—La Eritrea de Italia.—La Abisinia del Nego.—Embajadas de Abisinia y de Bulgaria en San Petersburgo.—La muerte de Stambuloff.—Las cuestiones de Macedonia.—El problema oriental.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Lo duradero y largo de la vida, muy apreciable don para el común de las gentes, compénsase con lo triste de las muertes, lloradas á la continua, que asombran los días provectoros y nos traen dolor de corazón promovido por las separaciones eternas. Yo, entrado en la vejez, veo por todas partes losas de sepulcros que se abren á mis plantas y sombras de seres que se disipan á mis ojos. Dos amigos acabo de perder en estos días. Es uno Patinot, director del *Diario de los Debates*; otro, Pessard, crítico de claro criterio y de influjo soberano. Sustituir en el gobierno de un periódico tan importante, como los *Debates*, á publicistas inolvidables, sin disminución y mengua de la secular obra; concertar tantas inteligencias dispares alrededor de un punto y de un trabajo, cuando sus índoles respectivas y sus vocaciones diversas parece que les trazan órbitas propias y

ministerios exclusivos y fines contradictorios é inconciliables; orientar, dentro de la renovación del tiempo y del espacio, tras un siglo de vida y tras una grande responsabilidad de historia, sabia campaña por las nuevas ideas democráticas, sin perder el carácter fundamental de la publicación y sin renunciar á sus tradiciones gloriosas, parecía empeño por mil motivos superior á la fuerza de un joven como Patinot, que se hallaba en su adolescencia, cuando tomara la dirección del gran periódico, y á esta superior empresa con acierto tan grande ocurriera, que lo trascendental de sus servicios se nota por las huellas dejadas en la colectividad espiritual de aquella redacción, y por lo difícil de reemplazar un juvenil entusiasmo como el suyo, añadido á lo asiduo de las faenas y á lo reflexivo de los intentos y á lo claro de las ideas, en tan dificultoso trabajo como la producción de una hoja diaria, cuando no de dos, sin tregua y sin descanso, interesantes por su política y recreativas por su literatura. Y no debe olvidarse que *Los Debates* han brillado en los trabajos políticos, de tan soberana influencia sobre la dirección de Francia, y en el saber literario tan de boga y crédito por mucho tiempo, que pareció, durante algunos períodos, su redacción oficial el Instituto de Francia, según el número de colaboradores suyos inscrito en el Senado literario de pueblo tan poderoso é influyente sobre las artes y sobre las ciencias europeas. Nadie me lo ha contado; yo he visto á literatos de primer orden, como Julio Simón y Ernesto Renán, llevar sus artículos á Patinot y pedirle consejo sobre la mayor ó menor oportunidad de los temas en ellos tratados, ó sobre la extensión mayor ó menor de las dimensiones á ellos dadas; yo he visto á estadistas eminentes, como León Say ó como Ribot, consultar los conocimientos del gran escritor acerca de la opinión francesa y su profundo saber de la política diaria, conseguido en el contacto de su espíritu con la conciencia pública. Yo recuerdo que cuantas veces hablé públicamente allá en París, encontré sus leales advertencias guiándome antes de hablar, y su apoyo y su aplauso soste-

niéndome después de haber hablado. Mucho me apenó su muerte, y mucha falta me habrán de hacer su amistad y su cariño el resto de mi vida. En paz descanse.

II

No menos estimado por mí, como no menos digno de serlo, Héctor Pessard, de más años que Patinot, y por mi tratado en hogares y en tiempos que han pasado á la historia. Como conocí á Patinot en los dos últimos lustros, conocí á Pessard hace ahora veintinueve años. Llegaba yo á París tras el naufragio á que nos habían las discordias civiles condenado en la última época de doña Isabel II. Emilio Girardin abrió con franqueza el hogar al proscrito y el periódico al colega. Militante yo entonces como nunca, iba por la redacción célebre, donde anunciaba en mi lenguaje de aquel tiempo muy enardecido, por mis entusiasmos inextinguibles la revolución española, y con la revolución española el derrumbamiento del trono cesáreo de Napoleón III y del trono temporal de Pío IX, todo coronado por las dos unidades políticas, que se imponían al mundo con fuerza, la unidad de Italia y la unidad de Alemania. ¿No habéis advertido, les decía yo, que un mismo día y á una misma hora los prusianos daban su asalto de Bohemia en los campos al sacro imperio austriaco y los revolucionarios dábamos en las calles de Madrid nuestro asalto á la mayor dinastía reaccionaria de nuestro continente? Pues así como la batalla de Bohemia se repetirá pronto cambiando el suelo de nuestro continente; la batalla de Madrid se repetirá también cambiando las instituciones históricas. La revolución española resonará en París, en Berlín, en Roma. Héctor Pessard se maravillaba mucho de mi seguridad en los

presagios, y me llamaba, ya con cariño, ya con sorna, el Profeta. No hubo amigo mejor de los emigrados en Francia. Desvivíase por todos nosotros, y como desde su periódico, el periódico de Girardin, ejercía un grande influjo sobre la prensa parisién, llevaba las quejas de los proscriptos á la mayor parte de los diarios, é interrumpía con sus noticias y sus artículos el silencio impuesto á España por la tiranía expirante. Pugnaba entonces Pessard por el imperio liberal, y combatía junto á todos aquellos que deseaban restablecer la prensa libre y reedificar la tribuna rota. Como dotado de una ejemplar buena fe, profesaba el más natural optimismo y tenía en las realizaciones y cumplimientos de su ideal imposible una ciega confianza. Yo le desengañaba; y cuando veía cumplidos los desengaños por mí predichos, se desquitaba, volviendo al tema de mis aparatosas profecías. Bueno, inteligente, honrado, sincerísimo, abandonó la conciliación entre la libertad y el imperio en cuanto vió á este último buscar con ceguedad tan incurable y crónica en el plebiscito una especie de autorización para la guerra. Y así ha muerto, después de tantas disputas como conmigo mantuviera, en la misma profesión política que yo tengo para Francia, en la profesión de una República conservadora, muy apartada del socialismo y de la reacción, que compense la movilidad republicana y democrática con un gobierno muy fuerte dentro de las leyes y con un presidente muy respetado y establecido sobre la base de una Constitución duradera é intangible.

III

Héctor Pessard estuvo en los Consejos y en las confidencias particulares y al oído de hombres tan eximios como

Thiers, como Mac-Mahon, como De Marçère. Y así las memorias publicadas por él acerca de tales períodos del gobierno francés y acerca de tan altos personajes políticos hacen fe y son fuentes de la historia contemporánea. ¡Cual diferencia entre los ministerios de aquel entonces, tan responsables por el renombre de cuantos les componían, y estos ministerios de ahora que se parecen al consejo de administración en una sociedad anónima! De vez en cuando sale del fondo común, donde los personajes y los gobiernos se borran á una, personalidades varias de algún relieve y discursos de alguna trascendencia. En estos días ha parecido que las propensiones radicales se personificaban en un estadista como Goblet, y las propensiones conservadoras en un estadista como Dupuy. El primero ha se levantado en la Cámara pidiendo cosa tan imposible como la separación entre la Iglesia y el Estado, mientras el segundo, ante sus electores, presentando un programa tan racional como el apartamiento de los republicanos del socialismo, nuestro mayor enemigo. Pero al mismo tiempo que se ha, con razón, aplaudido este firme intento, se ha extrañado la insistencia de Dupuy en presentarse como jefe del partido más moderado en la república, y después de presentarse como jefe del partido más moderado en la república, su insistencia en rehusar pase para ésta hoy á los antiguos monárquicos y en exigirles, además de su adhesión á la presente forma de gobierno, su adhesión á las leyes sobre instrucción pública y órdenes religiosas dadas por este gobierno, que son ajenas por completo á su intrínseca sustancia y al organismo natural, ó manifestación visible, de esta sustancia misma. En verdad, ambas especies, dichas por M. Dupuy en su discurso-ministro, me parecen extrañas también á mí. Parécemelo mucho la pretensión á dirigir y personificar las tendencias conservadoras, cuando hay un Presidente del Consejo, y es hora ya de que tenga una sola cabeza el partido republicano conservador francés, y parécemelo más que se llamen leyes republicanas á leyes completamente ajenas á la sustancialidad de un régimen, bajo cuyo amplio

derecho y organismo, así caben códigos y gobiernos de un carácter muy conservador, como códigos y gobiernos de un carácter muy avanzado. Tarde ó temprano habrá que abandonar la concentración republicana, por imposible, y que admitir la república conservadora, por verdadera y estable.

IV

Pocas naciones presentan apariencias y trazas de bien gobernadas, ó felices, como Bélgica, donde se completa el trabajo de las campiñas con el trabajo de las industrias; y se une al ejercicio de las libertades modernas el orden más completo y una monarquía parlamentaria respetuosa con la Constitución y con las leyes, una vida municipal amplia, dando á sus hermosísimas ciudades el aspecto de libres y seculares y arraigadas repúblicas. Pero una triste nota desconcierta todas estas armonías, la nota del combate religioso, extendido desde los palacios á las cabañas, y que todo lo pervierte con sus odios y todo lo amarga con sus acerbidades. Bélgica hoy adolece de un mal, cuyos estragos he contrastado yo en mi patria, de todas las maneras imaginables, por creerlos asoladores del derecho democrático y plagas egipcias para la tranquilidad popular. Este mal estriba en la ruin división de los partidos militantes por una característica, tan independiente de la política, como las creencias religiosas. Divídense allí los partidos, al menos dividíanse así antes de aparecer los socialistas y los radicalísimos, en liberales y católicos, división de sumo daño al bien general, pues á un pueblo de fe ardentísima y de virtud probada le perturba la colectiva conciencia y le pervierte la índole natural, el sofisma bien absurdo de la incompatibilidad entre la libertad y la Iglesia, generando un principio, mejor diré, una aprensión tal como

que no pueden los católicos ser liberales y no pueden ser los liberales católicos. Grande culpa le toca en esto á nuestros correligionarios de Bélgica, quienes, á pesar de haber visto la independencia nacional adquirida, merced á un divorcio entre la complexión protestante de Holanda y la complexión católica de Flandes, partieron en guerra contra la Iglesia, y no pudiendo adoptar ninguno de los dogmas cristianos diversos del catolicismo y más repugnantes al pueblo belga que todos los sistemas filosóficos juntos, se quedaron en vago racionalismo, el cual, si prestaba innumerables armas en el combate, no prestaba, no, bases y fundamentos firmes para organizar y establecer con solidez la victoria. Pero si nuestros amigos y correligionarios cojeaban de tal pie, cojean del otro los católicos. A quien asó la manteca y bailó en Belén, seguramente no puede ocurrírsele cosa tan desvariada, como declarar incompatible un sistema, tan indispensable á Bélgica, como el sistema liberal, con una religión, á Bélgica tan indispensable también, como la religión católica. Por tanto, reina en aquel Estado una intolerancia religiosa terrible, y existe una incompatibilidad de humores entre liberales y católicos intensa, en términos, de que un cura de almas no ve con buenos ojos á un maestro de escuela, un catedrático de Lovaina se pasa la vida combatiendo al colega de Bruselas y de Gante, un comprador de mercería y de frutas y de pan, si es católico, no compra lo necesario en una tienda de liberales, y si es liberal, en una tienda de católicos, extendiéndose tales odios hasta más allá de la muerte.

V

Así ambos partidos tienden á posesionarse del alma de los niños, y toman todo lo referente á pública enseñanza, con es-

pecialidad lo referente á enseñanza primaria, con furores capaces de promover una guerra civil, pues si no la promueven, si no pasan los discordes enfurecidos de insultarse ó de irse alguna vez á las manos, debe creerse tal resultado hechura del temperamento flemático de la raza y del orden habitual en pueblos de de tanta pachorra generado por su linfa imperturbable. Y á esta contradicción en esfera de tal interés, sucede que, si suben los católicos al gobierno, aumentan la influencia del clero en las escuelas; y si suben los liberales, la disminuyen. Ahora nos hallamos en el primer caso; y por ello con un proyecto que acrecienta el poder clerical en los institutos de pública enseñanza primaria. El sufragio universal, tan temido de los conservadores, creyéndolo propenso á la demagogia, dió un aumento de fuerzas considerable al partido de la Iglesia católica, y con tamañas fuerzas aumentó las seguridades así de su estabilidad y robustez como de su perduración en el gobierno. Bien es verdad que han contribuido mucho á este resultado los colectivistas, quienes, puestos en las alternativas de optar entre los liberales y los reaccionarios, optan siempre por los reaccionarios. Y no se diga, como se dice disculpándoles, haber hecho tal desaguizado por la oposición de los liberales belgas á extender el sufragio á las muchedumbres. Lo han extendido aquellos liberales ingleses, tan progresivos, encerrando esta extensión en la fórmula feliz de á cada hombre un voto, y los socialistas en Inglaterra hoy mismo acaban de votar sin vergüenza por los reaccionarios y con ingratitud contra sus bienhechores. Mas la nueva ley de instrucción en Bélgica da como resultado natural é indeclinable la unión de liberales y socialistas contra los católicos, maltratados de un modo inconcebible por los generales de sus contrarios en la Cámara y por los ejércitos en las calles. No se ha presentado el rey en parte alguna en que no haya oído voces subversivas casi contra ley semejante, y no haya visto irreverencias y desacatos amenazadores á su persona. Pídenle por estas malas voces oponga su veto á la ley, su veto de muy difícil uso, pues valdría más que

votasen mejor en las urnas secretas cuantos se desgañitan hasta reventar en las manifestaciones públicas. Mas, sea de esto lo que quiera, el aspecto de la política entre los belgas va tomando cariz revolucionario. El comercio de Bruselas, muy liberal, ha querido desagraviar al monarca; y como se presentase bajando desde la colina eminente, donde se alza su palacio y su jardín, á las arterias mercantiles de la hermosísima ciudad, con pretexto de visitar las enseñas recientes puestas á los almacenes imitando las bellas y artísticas antiguas, los comerciantes le han aclamado con entusiasmo en desagravio de las ofensas inferidas á S. M. por los jornaleros. Yo no creo corra grande riesgo el rey por los proyectos escolares, á que permanece ajeno y en cuyas disposiciones le tocaba escasa responsabilidad; riesgos mayores corre, que por la discusión de los proyectos escolares, obra del gobierno y del Parlamento, por la increíble aventura del Congo, en que penetró sin acordarse de las irresponsabilidades constitucionales del cargo suyo, ni de los daños hechos á la neutralidad del patrio suelo.

VI

Con efecto, he leído en los diarios una corta noticia, escasamente comentada, y en mi concepto de largas consecuencias, y merecedora de un extenso comentario. Stanley, célebre descubridor africano, á quien deben atribuirse las intervenciones desventuradas del Rey de los belgas en los problemas congolese, acaba de ir á Bruselas para notificarle su elección como conservador en un distrito de Inglaterra, y para repetirle su propósito, á pesar del nuevo cargo, de permanecer á las órdenes y á la disposición de monarca, tan bondadoso para él, hasta la hora en que termine su contrato, hasta la hora úl-

tima de nuestro expirante siglo. Estas cuestiones coloniales cada día me parecen más embrolladas y más demostrativas de que á los gobiernos y los Estados modernos aqueja una verdadera neurostenia por sus manías de la extensión ultramarina y por su empeño en aumentar los establecimientos exóticos. No había política más indicada que la reconcentración de Francia en sí misma para granjearse con un ejército continental, de mucho número y mucha disciplina, amén de un presupuesto muy castigado en sus gastos y muy crecido en sus ingresos, la readquisición de Alsacia y Lorena, indispensables, no solamente á la perfección de su unidad, á la paz y á la concordia de los pueblos en Europa. Pues Francia se ha ido por Túnez, por Tonkin, por Madagascar, por no sé cuántos sitios, sin obtener otra cosa que indisponerse con Inglaterra, enemistarse con Italia y unirse con Rusia. Resultado así llámase por nuestra lengua vulgar un viaje á Indias. Pues lo mismo, y aún más, le sucede á Italia. Se ha metido en el horno de la colonia Eritrea, donde á cada paso tropieza con posesiones del Egipto y de Inglaterra, sin sacar otra cosa en limpio que una guerra con Abisinia, región muy dura de pelar, y donde han podido intentarse algunas excursiones rápidas como la célebre de Napier, mas no conquistas perdurables y hondas. Pero persisten los italianos en su error, no obstante las experiencias probadas y los desencantos ya sentidos, exigiendo del abisinio la prestación de un vasallaje á su protectorado, impuesto por la convención de Uccellay. Pero los abisinios y su rey ó Nego rehuyen el cuerpo á semejante pretensión, y dicen que su tratado se ha convertido en cosa contraria de la por ellos pactada en la versión desde la lengua oficial de su reino á la lengua oficial de Italia. Y parapetados en esta distinción, que no parece abisinia, más bien parece italiana por lo maquiavélica y por lo aguda, niéganse con irrevocables negativas al reconocimiento del ajeno protectorado y á la prestación del propio vasallaje. Y así, como este régimen de protectorado supone la imposibi-

lidad en los protegidos de anudar ninguna relación diplomática con los extraños sin aviso y consentimiento del protector, han demostrado ellos andando su movimiento de sabia emancipación, y se han ido nada menos que á Rusia, cargados con reliquias religiosas y objetos arqueológicos, como tributo dado á quien cosa ninguna les pide, y negado á quienes se llaman sus protectores como los italianos, y apoyan esta protección en los falsificados convenios.

VII

El ministro de Negocios extranjeros italiano, en el discurso dicho con ocasión de la llegada triunfal del buen militar Baratieri, ha disipado todos los equívocos respecto á los procedimientos del Nego, y reducido los embajadores abisinios presentes en Petersburgo, el carácter demisioneros religiosos autorizados á tratar de una cuestión disciplinaria y dogmática entre iglesias, no gemelas, pero sí parecidas ó semejantes entre sí muy de antiguo. Con efecto, como quedan en Egipto cristianos, y aun hebreos, muy propios de la región aquella, donde flotó sobre las aguas del Nilo, Moisés en la cuna de juncos y plantó Abraham la tienda traída de Caldea en sus nómadas expediciones y privó José con los reyes y encontró Jesús el abrigo imposible de hallar sobre Palestina y Galilea, opresas por Herodes, queda en Abisinia un cristianismo análogo con aquel, gnóstico y esenio, cuyos reflejos encontramos en los Evangelios apócrifos y en la figura de un Cristo coronado por aureolas orientales en el desierto y un tanto parecido al Mesías de aquellos tiempos que daban al Mesianismo los caracteres de la guerra y la conquista perdurables. Mucho deben parecerse creencias cristianas y bíblicas, en tales cordilleras conservadas y entre tantas tribus primitivas, al cristianismo dualista, lle-

vado por los búlgaros á Bizancio desde las tierras maniqueas, y transfundido por las orillas del Mediterráneo hasta constituir las sectas y las iglesias albigenses, provocadoras del triunfo de la Francia central y norte, de la Francia semigermánica, sobre la Francia meridional y mediterránea, sobre la Francia semihelena. Pero, asemejándose á todas estas cofradías asiáticas, pululantes sobre la región donde se han oído las grandes revelaciones celestiales, hay ocasión de dudar que se identifiquen hasta confundirse los cristianos abisinios con los cristianos moscovitas. Y así, pocas cuestiones podrán arreglarse al respecto de dogmas entre Czares y abisinios, tan separados por su fisiología particular y por sus respectivas geográficas posiciones; pues si en algo convinieran, bien pronto quedaría cortado por lo largo de las distancias entre ellos mediante, y por lo diverso de las supersticiones á ellos sobrepuestas en sus sendas colectivas conciencias. Mas por el pronto, por lo relativo al hecho que ahora está pasando, imposible de toda imposibilidad desconocer cómo los caracteres asiáticos prestados á la religión y á la Iglesia rusa por lo peculiar á su liturgia, por lo bizantino de sus edificios eclesiásticos análogos con las mezquitas sirias y las pagodas chinas, por la vestimenta de sus sacerdotes recordando los viejos magos caldeos, por la canturía de sus salmodias con sabor de antiguas endechas cantadas en las orillas del Eufrates y del Cedrón, ejercerá un grande influjo sobre Oriente, desde donde podrán expedir á Petersburgo cuantas misiones religiosas quiera el ministro italiano, pero estas misiones no dejarán de ser por eso allí, donde todo toma el carácter religioso, verdaderas embajadas diplomáticas con encargos muy contrarios del dominio de Italia sobre los sudaneses y muy favorables á que Rusia ejerza contra él su naturalísimo protectorado sobre las tierras cristianas del Oriente africano.

VIII

Paréceme, pues, á mí, que Italia no presta, no, á las embajadas del Nego en Petersburgo toda la importancia prestable á tales manifestaciones y obsequios; mas en cambio, ha prestado Europa importancia incalculable á la embajada de Clemente, del Arzobispo búlgaro en la misma ciudad, donde mil concausas diversas le impedían ejercer un grande influjo. Pero no podemos extrañar esta importancia inconsciente dada por la opinión general á tales embajadas y embajadores, más ó menos auténticos, cuando su presencia en Petersburgo ha coincidido con la muerte del gran enemigo de Petersburgo, con la muerte del desdichadísimo Stambuloff. No puede uno maravillarse de la frecuencia con que salta este caso en la prensa europea, si medita sobre las circunstancias que lo han acompañado y las consecuencias que lo han subseguido. Concediéndole al deseo de independendencia sentido por Fernando Coburgo, desde sitio tan propio para excluir toda dependendencia como el trono, cuanta intensidad, y por lo mismo, cuanta justificación quiera concedérsele, imposible comprender que sabiendo de ciencia cierta la equivalencia en países trastornados por el espíritu revolucionario de una desgracia política con una sentencia capital, no pusiera cuidado en facilitarle una emigración, indispensable al primer ministro después de lo sucedido, y lo retuviera adonde le atisbaban mil ojos asesinos para dar la señal de su muerte. Si fué criminal el desgraciado, no debió aceptar Fernando Coburgo una corona producto de tantos crímenes, y después de haber con ambas manos agarrado esa corona poco envidiable, mas por él muy deseada, no debió dejar indefenso y entre las cóleras de cien venganzas orientales á quien un día se la ciñera con sus manos manchadas de sangre

y se la donara de grado cuando pudo haber erigido allí una república ó una monarquía. No sabemos la verdad que haya en el rumor extendido de haberse negado el príncipe á facilitar al ex ministro alivio tan indispensable á sus achaques de diabético cual esa cura en Calrsbad, á cuyos beneficios él acude tantas veces; así cuando los amigos del pobre Stambuloff matan al coronel Panitza, como cuando los amigos del pobre Panitza matan al ministro Stambuloff. Pero cosa cruel, si fuese cosa cierta, si no permitió curarlo, debió retenerlo en seguridad, pues, por criminal que fuese, nadie con él debía tomarse la justicia por su mano, como si aún estuviera Bulgaria bajo Turquía, y no reinase más derecho allí que el derecho de la fuerza, ni más vindicta pública que las venganzas personales.

IX

Lo cierto es que mil nubes van amontonándose por los cielos de Oriente y mil grietas abriendo bocas de abismos por sus tierras. Cuando se amortigua un poco la cuestión armenia por los cambios en el gobierno inglés, y se acalla un poco también la cuestión china por tratados con el Japón, surgen ahora la cuestión de Bulgaria y la cuestión de Macedonia con intensísima recrudesencia y caracteres alarmantes. Yo no conozco nada tan complicado como el problema ó asunto macedón, por cuyas soluciones favorables á cada uno pleitean pueblos diversos con títulos contradictorios. Turquía cuenta por sus partidarios, todos aquellos que defienden la estabilidad y todos aquellos que son turcos de origen, ó que, no siéndolo, se pasaron al mahometismo desde las tribus cristianas esclavonas, y constituyeron juntos con la nobleza conquistadora otra nobleza, no de tan pura sangre ortodoxa, pero de riqueza mayor, pues

que á la conservación de esta y de sus propiedades se debió el crimen de su apostasía. Pero están porque Macedonia pase al Austria los imperios austriaco y alemán, muy necesitados de abrirse amplias riberas en el Mediterráneo y de comunicarse con su Oriente y con su Occidente por medio del mar Egeo; porque Macedonia pase á Rumanía, los moldo-válacos residentes en aquellos territorios y consanguíneos con los viejos legionarios de Trajano idos desde las orillas del Guadalquivir á las orillas del Danubio; porque Macedonia pase á Serbia los restantes de aquel gran imperio medioeval serbio que concluyó en otro Guadalete y está esperando aún desquites como los nuestros de Granada; porque Macedonia pase á Bulgaria, los búlgaros, á causa de creerse los más en número y los mejores en derecho por no reconocer autoridad alguna en los griegos, también codiciosos de Macedonia para Grecia, cuando creyeron siempre bárbaros á los macedonios, y llamaron á los triunfos del macedón Filipo y del macedón Alejandro muerte y ruina y deshonor de su patria. ¡Quién se atreve á penetrar en ese avispero! Pues la Bulgaria de Stoylof, el sucesor y émulo de Stamboulff.

Y pregunto yo: ¿han medido las consecuencias de su propósito y meditado sobre la resultante de tamaña temeridad? El mundo no se halla hoy como se hallaba un mes hace. Las provocaciones de Rusia, lanzando al Japón de Mandchuria, para ella quedarse con las aduanas de China por un empréstito imposible de ser reembolsado por los presupuestos del Celeste Imperio, han tenido una respuesta elocuentísima en la última elección de Inglaterra. Los continuadores de aquel estadista que forjó para la reina Victoria el cetro de un imperio interoceánico, aumentado desde aquel tiempo con Chipre y Egipto, no pueden tolerar una Rusia que llegue desde los mares de Jonia en su inmenso crecimiento hasta los mares de India. Mucho habrá contribuido á la derrota de los liberales el odio inglés al gobierno y al Parlamento autónomos de Irlanda; mucho la enemiga de las gentes alcoholizadas, tan numerosas allí

en Inglaterra, por las leyes metodistas de templanza y los ataques dados por estas leyes á la copia de tabernas establecidas por todas partes; mucho la protesta del clero á la separación entre la Iglesia histórica y el país de Gales; mucho la defeción de socialistas y parnellistas, que han preferido, los unos en las Cámaras y los otros en las urnas, contra sus compromisos y contra su historia, el partido conservador al partido liberal; pero ha contribuido más que nada la necesidad incontrastable que sienten todos los ingleses de afirmar el imperio británico en mar y en tierra, oponiéndose á la insolencia con que pretende Rusia, en sus desvaríos de ambición, alzarse con toda el Asia. Y como tales erupciones de los hechos políticos anuncian una guerra internacional, debemos desear que Bulgaria no promueva el problema de Turquía, en cuyas sirtes van ocultos cien motivos de discordia que debemos aplazar por ahora, mientras no podamos destruirla para siempre.

EMILIO CASTELAR.

APOSTOLADO DE LA IMPRENTA EN ESPAÑA

DURANTE EL PRIMER SIGLO DE SU INVENCION

I

Del fraude de los antiguos pendolistas nació la sublime invención de la imprenta. Aquel delito divino fué el propulsor más poderoso y activo que ha tenido entre larga historia la civilización entre los hombres.

Se anticipó medio siglo al descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón y los intrépidos españoles. Dios quiso que el medio que había de poner en inmediata y universal comunicación el pensamiento y el corazón de la humanidad, fuera ya un conducto establecido de prodigiosa eficacia antes de realizarse la osada exploración y conquista de los ignotos rincones del planeta, para alcanzar el dominio omnímodo del globo que habitamos.

Del mismo modo le antecedió la invención de la brújula, aunque la brújula fué no más que un medio, como posteriormente la fuerza motriz del vapor y de la electricidad, en una ciencia conocida. También le precedió la invención de la pólvora, aunque la invención del primero de los explosivos, que había desde el primer instante de su aplicación de transformar el sistema de la guerra entre los hombres, todavía no ha pasado enteramente, ni aun con los últimos descubrimientos de

este género, de la categoría de una mera determinación; pues llamadas todas estas asombrosas conquistas del estudio, del saber y de la perseverancia para el triunfo completo de los tiempos pacíficos del porvenir y de la hermosa solidaridad de amor y de servicios recíprocos entre todos los hombres, todavía estamos muy lejos de alcanzar aquel suspirado término en que la fuerza no sea el signo exclusivo de toda dominación.

Apenas la invención de la imprenta tomó cuerpo, apoderóse de ella el espíritu expansivo inherente á toda conquista cuyas ventajas deben ser universales; pues las grandes ideas no se inspiran por Dios para medrar egoístas monopolios.

En la ciudad de Maguncia, donde con Hans Gensfleisch von Guttenberg la idea generatriz de la imprenta había germinado y producido los primeros frutos de su entera posesión, la ocupación militar del belicoso y despótico Adolfo de Nassau, entrañó el accidente providencial, y al parecer fortuito, que determinó la dispersión eucarística del sublime apostolado. Aquella emigración forzosa, recibida como un azote y un castigo, fué como la luz espléndida del nuevo astro de Nazareth. El fruto glorioso de la invención transformadora se derramó copiosamente por todos los pueblos y comarcas donde la cultura moral y material del hombre ofrecía digno teatro á su seguro progreso: y de la trinidad germinadora que en un principio formaron Guttenberg, Hans Fust y Peter Schöffer, salieron animados é impávidos á sembrar la fecunda semilla Alberth Pffister para Bamberg; Conrado Sweynheym y Arnoldo Pannartz para Subiaco y Roma, eterna capital moral del género humano; Ulrichzell, de Henau, para Colonia, en las márgenes divisorias del Rhin; los hermanos Enrique y Nicolás Beshtermuntze y Wigando Spyes para Elfeld; Guinther Zäner de Keutzlingen, para Augsburgo; Juan de Spyra, para Venecia; Juan Sensenschmidt para Norimberga; Ulrico Gering, Matías Crants y Matías Friburger, para París; Enrique Eggestein para Strasburgo; Pedro Drach para Spyra; Sixto Riesinger para Nápoles; Andreas Heis para Buda; Nicolás Keh-

laert y Gerardo Lemept para Utrecht; Matias de Moravia y Miguel de Munich para Génova; Bernardo Richalt para Basilea; Juan de Westfalia para Lovaina; Guillermo Caxton para Westminster; Teodorico Kood para Oxford, y otro número de pródidos varones de la inmortal falange, que difundieron el arte nuevo y divino en menos de treinta años por toda la extensión de las naciones civilizadas del continente europeo.

II

No fué la Península ibérica, con hallarse aún dividida en diversos Estados y ocupar el extremo del continente y aun de las tierras hasta entonces conocidas por la política y por la geografía, el *finis terrae*, la más rehacia en hacerse capaz de los beneficios de la reciente conquista. Refiriéndose al año 1473, el escritor J. C. Leiz ha dicho: «*Migravit hocanno ars, typographia versus occidentem in regiones hispanas*, y sería lógico conceder que así fuera, aunque no existiesen testimonios bibliográficos tangibles para corroborar este aserto. El ya afirmado dominio de Aragón en una parte considerable de la Península ibérica y el prestigio que su poder naval y su comercio marítimo alcanzaba por todo el litoral de una y otra banda del Mediterráneo; la frecuente y estrecha comunicación secular de la corona de Navarra con los condados limítrofes de Francia, á pesar de la abrupta y gigantesca cadena del Pirineo; el activo comercio que las provincias castellanas ribereñas de los encrespados mares cántabros sostenían con todos los pueblos asentados sobre los mares del Norte; la larga atención que sobre sí llamaba la sufrida y perseverante Castilla, á causa de su incesante cruzada secular contra los

moros; la fama univetsal que desde el siglo XIII habían ido labrando por todo el mundo los Estudios generales de Salamanca y el florecimiento mercantil de Sevilla, y, por último, el interés que por todas partes también despertaban desde el siglo antecedente las intrépidas empresas de exploración en Africa por la fértil iniciativa de Portugal, amontonaban un cúmulo extraordinario de poderosos incentivos para llamar hacia este último extremo del continente, la dirección de aquella emigración generosa y benéfica que en alas del lícito lucro de un trabajo honorable iba sembrando tan prolijamente su santa semilla de civilización.

¿Quién conoce, á pesar de las discretas y tenaces investigaciones eruditas, los nombres de los primeros apóstoles, la ruta que prosiguieron en su presentación y en su curso, los puntos de partida y los puntos de parada en tan noble jornada? Los que conceden á Valencia la prioridad de su gloriosa visita, todavía exhiben anónimas durante más de dos años las pruebas bibliográficas testificales de las primeras obras tipográficas que se conservan aún en España, producidas hacia 1474. Y en las disputas de las primicias de la imprenta en la Península, sostenidas por la erudición, Barcelona no ha podido aducir sino referencias de autoridades, pero hasta ahora no han parecido los testimonios corpóreos, tangibles é incontrovertibles. Tal vez los datos que hoy se poseen mañana se rectifiquen. Los estudios bibliográficos han recibido en los últimos treinta años un impulso de gran consideración. Los periódicos concursos de la Biblioteca Nacional de Madrid han contribuido á sistematizarlo mejor y ya hay localidades como Toledo, Alcalá de Henares, Zamora y Madrid durante el siglo XVI, que aportan al estudio concienzudo de la materia cuadros completos de estimable perfección. No obstante la labor está en la cuna. El inventario total, que tantas ventajas habrá de producir para la composición documentada de la gloriosa historia de la literatura y el arte en nuestra patria, no resultará con toda la eficacia que hay que prometerse de

esta fructuosa obra, mientras Barcelona con sus anejas Tarragona, Lérida y Gerona; Zaragoza con sus subalternas Huesca, Teruel y Jaca; Valencia con las islas Baleares en la antigua corona de D. Jaime; Pamplona con Estella, Tudela y Tolosa en Navarra; Burgos, con Valladolid, Medina del Campo y Logroño en la Vieja Castilla; Segovia, Avila y Cuenca en la Nueva; Salamanca, en el solar histórico de León; Orense, Santiago y Mondoñedo en Galicia; Bilbao y otras ciudades eúskaras en el país vascongado; Sevilla y Córdoba con Osuna y Baeza en Andalucía; Granada, Málaga, Antequera y otras poblaciones menos importantes en el último territorio conquistado á la dominación agarena; Murcia y Orihuela en el reino froterizo de los moros, y las ciudades extremeñas Badajoz y Llerena en las fronteras de Portugal, no nos ofrezcan trabajos semejantes á los realizados sobre Toledo, Alcalá, Zamora y Madrid. Entonces se podrá formar la verdadera cronología de la imprenta en España, y establecer respecto á sus orígenes y con los datos de comparación á la vista, no solo el orden exacto y natural de preferencias, sino el curioso cuadro que resulta de aquella apostólica geografía que en sus principios el arte maravilloso llevó para ocupar en pocos años casi toda la extensión de la Península.

III

A este movimiento de expansión contribuyó entonces el carácter peculiar que calificó aquel apostolado. La constitución de la imprenta estante en las poblaciones que posteriormente no hubieran podido existir sin ella sin notorio desdoro, fué un progreso evidente, y para alcanzarlo se sostuvo una lucha que rebasó las fronteras del siglo de la invención.

Los primeros impresores (*empremtadores, imprimidores, impresores de libros, estampadores, maestros de letra de molde, escriuanos de molde, stampers de llibros, maestros de art empresoria*), que vinieron á la Península, fueron ambulantes, y á semejanza de los mercaderes de libros de péñola y de molde que ya nos enviaban de mucho tiempo atrás Alemania y Borgoña, Italia y Francia, iban visitando en demanda de trabajo las ciudades y lugares donde residían aquellos tres elementos de cultura y de opulencia proporcionadas al exquisito servicio de que hacían oferta: esto es, la Iglesia, representada por los grandes prelados y los ricos monasterios; la corte y el poder real que necesitaba generalizar sus leyes y providencias de gobierno, y los grandes potentados, que al esplendor de la cuna y de las armas, reunían la ilustración en que ya se emulaban todas las casas grandes de España en el siglo de D. Juan II y del marqués de Villena, del marqués de Santillana y de D. Alvaro de Luna, de Jorge y Gómez Manrique y del almirante D. Furtado de Mendoza.

En esta forma fué sucesivamente apareciendo por diversos puntos de nuestras fronteras, desde 1470 hasta final del siglo XV, sin muchos otros cuyos nombres han devorado la pérdida total de las obras que ejecutaron y el olvido consiguiente á la desaparición de todo rastro de su existencia, los que aún constituyen aquella famosa pléyade alemana, propagadora del arte nuevo, cuyos jefes ó maestros de que ha quedado noticia se llamaban, maestre Teodorico, Enrique Meyer y Leonardo Llutum, Lamberto Palmart, y Mathías Flandro, Lope de la Roca y Nicolás Spindaler, Henrique Botelly de Sajonia y Fadrique de Basilea, Renato de Nurimberg y Arnao Guillermo de Brosar; las dos compañías sevillanas, compuestas la una por Paulo de Colonia, Juan Pegnizor de Nuremberga, Magno Herbst de Filsy, Tomás Glogner, la otra de Meynardo Hungut (*húngaro*), Lanzalao Polono (*polaco*), y poco más tarde de los hermanos Cromberger, Paulo Hurus, Nicolás de Sajonia, Valentín de Moravia, Juan Rosembach, Ulrico de Ulma, Juan

Luschner, Pedro Hagenbach, Leonardo Rubeens, Cristobal Koffmann, George Coci y Juan Gysser.

No todos estos aparecieron, sin embargo, á un mismo tiempo, ni por un mismo sendero, ni en una misma comarca. Pero las fechas que revelan su estancia en las ciudades peninsulares que tomaron de asiento, ó por donde pasaron más ó menos rápidamente, ¿revelan en sustancia la época precisa de su entrada en España? Mathías Frandro imprimió una sola vez en Zaragoza en 1475. ¿Por dónde llegó á la capital de Aragón? ¿Cómo no perseveró en ella? ¿De dónde vino? ¿A dónde peregrinó desde la ciudad de las márgenes del Ebro? En Valencia asentaron de 1477 á 1488 Lamberto Palmart y de 1477 también á 1497 Lope de la Rosa, que en 1488 estuvo asociado con el notario Gabriel Loys Arinyo, y en 1495 con el librero Pérez Trinchet. A pesar de estas fechas, son varios los documentos bibliográficos conocidos y emanados de la imprenta de la ciudad del Turia que llevan la fecha de 1475. ¿Quiénes las imprimieron, supuesto que carecen de nombre de *empremtador*?

En Barcelona aconteció otro tanto. Desde 1478 consta como impresor *el habitant de la ciudat*, Nicolás Spindeler, asociado con Pere Bru, *saboyanch*, y que imprimió en la capital del Principado hasta 1506, en que pasó á trabajar á Valencia. Pero anteriores á 1478 hay también incunables de Barcelona, y ¿quiénes fueron sus expertos artifices? En Lérida se repitió el caso del Maestro Mathías Flandro en Zaragoza. En 1479 imprimió allí el *Breviarium Werdensis ecclesie el venerabilis vir magister henric^{os} botel de saxonia, alam^{os}, vir erudit^{os}*. Este Maestre Enrique Botel de Sajonia, no volvió á estampar su nombre en ningún otro libro, ni en ninguna otra parte. No prueba este fenómeno que el venerable y erudito varón viniese únicamente del extranjero á Lérida para ejecutar una obra que debía ser costosa por su propia naturaleza, sino que las demás que debió emprender, ó se confunden en el cúmulo de las anónimas de impresión, ó, lo que es más probable, el tiempo las ha consumido.

De que en España debió ser introducida la imprenta mucho antes de las fechas que se recogen en las parcas noticias biográficas de los libros que se han salvado de su ruina hasta nosotros, dan evidente prueba los muchos nombres españoles que se registran, ya asociados á los de los gloriosos huéspedes alemanes, ya rigiéndose por sí desde los primeros momentos en que el apostolado sublime se reveló entre nosotros.

Uno de estos apóstoles del nuevo instrumento de la civilización fué el *próvere catalá* Pere Posa, que desde 1481 hasta 1495 imprimió en Barcelona, habiendo estado algún tiempo también asociado con el saboyano Pere Bru, mientras duró la impresión de la *Vida del rey Alexandre* en las tres lenguas, toscana, castellana y catalana. En 1495 hizo una larga estancia en Zaragoza, y en 1518 pasó á Valencia al ejercicio de su profesión. ¿Dónde el presbítero Pedro Posa aprendió su arte? ¿Dónde lo aprendió Diego Guniel, *castellá*, que, hallándose en Barcelona en 1497, le fué encargado el concluir la impresión del *Tirat loblach*, que había comenzado Mestre Miguel Condam, y que por fallecimiento no pudo terminar éste? Pero si las fechas primitivas de 1481 y 1497 correspondientes á los trabajos de Posa y de Gumiel no prestan argumentos suficientes de convicción, pues en diez y en veinte años bien pudo formarse al lado de los maestros alemanes una generación diestra de artistas españoles, inquieráanse otros ejemplos.

La *Biblia lemosina*, traducida por Micer Bonifacio Ferrer, hermano del bienaventurado San Vicente, que desde hacía dos siglos andaba en copias manuscritas más ó menos adulteradas, revisada de nuevo con grande escrupulosidad, dióse en Valencia á la estampa en 1477. Los artistas tipógrafos encargados de su ejecución fueron el ya citado Lamberto Palmart y mestre Alfonso Fernández de Córdoba, *del regne de Castilla*. ¿Dónde Alfonso Fernández de Córdoba había aprendido su arte en 1477? Y cuenta que éste fué el primogenitor de una gloriosa generación de impresores que, habiéndose establecido definitivamente, de 1534 á 1594, en Valladolid pri-

mero y después en Medina del Campo, desde los tiempos de Carlos V hasta casi el final del reinado de Felipe II se fué transmitiendo en sus individuos, que siguieron abrazando aquella profesión, el dictado entonces en grado máximo honorífico y especial de *Impresores del Rey nuestro señor*.

El testimonio más peregrino lo ofrecen en Sevilla los primeros gloriosos introductores del divino arte en la opulenta ciudad del Betis. Desde la aparición de la imprenta en la Península, los protectores más resueltos que tuvo fueron los mismos reyes D. Fernando y doña Isabel, el Gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, á la sazón Arzobispo de Sevilla y obispo de Sigüenza, y poco después el aun casi más grande Cardenal y Regente del Reino D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros, Arzobispo de Toledo.

En 1477 imprimiéronse en Sevilla, bajo los auspicios del primero el *Libro Sacramental* del arcediano de Valderas, Clemente Sánchez de Vercial, y la *Compilación de leyes* hecha y comentada por el famoso jurista Alfonso Díaz de Montalvo. Las dos obras, una en castellano y en latín la otra, salieron de unas mismas prensas. ¿Cómo se llamaban sus artífices? «Los diligentes é discretos maestros Antón Martínez é Bartholomé Segura é Alonso del puerto», cuya designación al fin de la obra de Díaz de Montalvo se hacía por estas elocuentes palabras. *Si petis artifices primos quos ispalis olim vidit et ingenio pprio mostrante peritos, tres fuerunt homines: martini Antoniº at93 de postu Alphonsº Segura et Bartholomeº*. Así los nombres españoles se asociaron desde el primer momento de la introducción del arte divino en España á los primeros comunicantes é importadores de la peregrina invención.

IV

La falange alemana ambulante fué, sin embargo, la introducida y la maestra. Burgos, *caput Castellae*, recibió en 1484 y le retuvo en su seno hasta 1516, al *escribano de molde* Maestre Fadrique de Basilea, que llegó á ser familiar de la Reina Católica, y tan experto en su arte (1), que en 1513 el mismo Brocar le confió la edición del *Diccionario* de Nebrija que se publicó en la ciudad que besa el Arlanza. En 1490 apareció en Pamplona «el muy honrado y muy industrioso varón en el arte de imprimir, Arnao Guillén de Brosar, y éste fué el tipo perfecto del sublime propagandista del arte entre nosotros. De 1490 á 1499 residió en Pamplona; desde 1500 en Logroño, en cuya ciudad se casó, se hizo su ciudadano, y allí, en 1511, fué á buscarle el entusiasmo, la admiración y el celo del Cardenal Ximénez de Cisneros para transplantarlo á su ciudad favorita de Alcalá de Henares. En ella publicó, entre otras cosas, la *Biblia políglota*, que tan inmensa reputación alcanzó en su tiempo y aún disfruta, y fué hecho impresor de su célebre Universidad (2). Siguiendo el impulso del favor cortesano que Cisneros para él había conseguido, viósele de 1515 á 1519 en Valladolid, hasta que, honrado con el título de *impresor de la imperial majestad*, fué á mover sus cajas y sus prensas «en la muy noble y leal cibdad de Toledo, metrópoli de toda Espa-

(1) ...per expertum impressorem M. Frederici alemanni impesis vero Arnaldi Guillermi de brocario, eiusdem artis exensoria exactissimi magistri.

(2) Dato curioso: el precio de esta *Biblia* en 1523 era de tres ducados; en 1568 valía treinta, y en la actualidad fluctúa entre cuatro ó cinco mil pesetas. La impresión de la obra costó 50.000 ducados.

ña». *Maestro Arnould Guilliè, demorat en pompelune*, había suscrito de 1497 á 99, *magister Arnuldu Guillelmus de Brocario, vir mire sagalitatis*, en Logroño, donde siempre conservó casa é imprenta, de 1500 á 1517; en 1513, en Alcalá, *el muy honrado y muy industrioso varón en el arte de imprimir Arnao Guillé de brocar, cibdadano de Logroño*, y en 1521 se decía á sí mismo *typice artis vir desertissimus*, y *egregius vir typice artis solertissimus*, en Toledo. Su prestigio lo dejó vinculado en sus hijos y en su yerno. Al mayor, Andrés de Brocar, lo tenía establecido en Valladolid desde 1501; al menor, Juan de Brocar, no sólo le impuso en su arte, sino procuró darle la extensa educación literaria que él mismo tenía, pues era consumado en todas las disciplinas de las buenas letras. Muchas pruebas dió, durante su largo profesorado en el arte en que era maestro, de la suma prodigiosa de su ilustración en lenguas y en todo género de literatura clásica. Su último esfuerzo literario lo hizo en 1521 al publicar en Alcalá las *Aulii Perici Flacci Satyras*, con la interpretación de Antonio de Nebrija, con quien por largo tiempo estuvo asociado en sus empresas industriales, sirviéndole el ilustre gramático de admirable corrector, y más en aquel libro *Impressor vero abjecit in fine operis Philippi Bervaldi Praelectionem cum poetae vita atque satyrae expositione*, revelando el esquisito gusto de sus aficiones latinas.

El mismo año merecía su hijo, Juan de Brocar leer ante el claustro doctoral la *Oratio ad Complutensem Universitatem habita in principio fanni scolastici*, distinción que sólo se concedía á los estudiantes de más elevada graduación social y científica. Investido de aquella cultura, entonces precisa á los que se dedicaban al difícil magisterio de la imprenta, viósele hacer gallardo y constante alarde de ella, cuando, muerto su padre, así en Burgos (1541), como en Alcalá (1545-1552) prosiguió en el noble arte que profesaba las huellas luminosas de su ilustre progenitor. Casi todos los libros salidos de las prensas de Juan de Brocar fueron por él adicionados con notas, ad-

vertencias y prólogos, generalmente latinos, en los que el literato tipógrafo lucía siempre, así las galas de su ingenio como la riqueza de su imaginación. Su imprenta en Alcalá formó constantemente parte del glorioso instituto docente fundado por el Cardenal Cisneros, de cuya floreciente Universidad se tituló siempre impresor.

El yerno de Arnao Guillermo de Brocar, Miguel de Guia, sostuvo del mismo modo la tradición de la casa de, que heredó parte, así en Toledo, donde estuvo establecido de 1526 á 1527, como en Logroño, adonde volvió en 1529, en la misma Alcalá de Henares en 1530 y por último en Estella, de Navarra, donde imprimió también en 1546.

Los tipógrafos alemanes que se dirigieron á Sevilla, si no alcanzaron una vida de tanto honor, no debieron dejar de sentir en sus lucros y fortuna el influjo poderoso de ciudad tan opulenta. Ninguna otra población de España alcanzó desde un principio mayor número de artífices de la tipografía, y á ella concurrieron en aquel siglo, no sólo los apóstoles, sino hasta los aventureros en todas las naciones. Tras el relámpago luminoso en que se sustanció la efímera existencia de los primeros compañeros españoles á quienes dió su protección el Gran Cardenal de España, indudablemente los que más dignificaron el arte en la riente orilla del Guadalquivir fueron los alemanes de las dos compañías industriales, de que antes se ha hecho mérito. Sin embargo, no permanecieron mucho tiempo unidos.

O la muerte ó el carácter vagabundo de la primitiva institución abrió prontamente las brechas en una y otra. En 1490 Paulo de Colonia imprimía solo, y el año siguiente viósele de nuevo asociado á Juan Pegnizer.

También Meynardo Ungut ejerció solo su profesión de 1492 á 1496, y llamado en este último año á Granada para imprimir la *Vita Christi* en castellano y los libros rituales de su iglesia, por el primer Arzobispo de ella D. Fray Fernando de Talavera, llevó en su compañía á Juan de Neremberg otra vez arrancado del lado de Paulo de Colonia.

De regreso en Sevilla, al comenzar el siglo siguiente, halló Meinardo á su colega Lançalao Polono unido á Jácome ó Jacobo Cromberger, otro alemán trashumante que poseía una naturaleza audaz y proporcionada á las mayores ambiciones, y él prosiguió imprimiendo solo hasta 1522.

Este Cromberger pronto oscureció á sus demás compañeros ó rivales de profesión, entre los que se encontraban hombres de mérito excelente como el español Juan Varela de Salamanca y el italiano Juan Gentile. Ya solo, ya en unión de su hermano Juan Cromberger, otro temperamento de actividad análogo al suyo, llenó de su apellido durante medio siglo, hasta 1552, la más numerosa y escogida bibliografía que ha salido de impresor alguno de su tiempo. Esta bibliografía, en las dos lenguas de la literatura preponderante, está aún representada con abundancia de ejemplares y obras diversas por todos los géneros de la ciencia y de las letras de aquel siglo, desde la alta filosofía teológica y la liturgia sacerdotal hasta la cosmografía, la física y las matemáticas. En ella se enumeraron libros de tal poéticos rareza como el *Retablo de la vida de Cristo*, recogido muy oportunamente de los índices de la Biblioteca Nacional de Lisboa por el Sr. Hazaña y la Rua (1) y que desconocieron Gallardo, Salvá y los eruditos amplificadores de Gallardo, y al mismo tiempo los más ricos tesoros de los famosos *libros de Caballerías*, eterno desvelo de los coleccionistas de gran fuste.

De Jacobo Cromberger es la primera edición de la *Crónica troyana* de 1502; la de la *Historia de Olivero y Artús* de 1507 y su reimpresión de 1510, y, por último, de 1552 *Los cuatro libros de Amadís de Gaula*. De su hermano Juan la *Historia de de Tristán, de Leonis* de 1528, la *Historia de Palmerín de Oliva*, de 1540, y aun después de su fallecimiento salió de sus talleres en 1546 la tercera parte de *Don Floriselo de Niquea*.

D. Vicente Barrantes experimenta verdadero entusiasmo

(1) *La imprenta en Sevilla* (Sevilla, 1892), pág. 35.

por los libros sevillanos que llevan el timbre tipográfico de los de este apellido, y con razón escribe que, «el bibliófilo que alcanzara á reunir en biblioteca crombergeriana la colección de las impresiones de Jácome y Juan, envidia pondría á príncipes y magnates, poseyendo los más bellos libros góticos de España y los más caros y peregrinos» (1).

La muerte de Juan Cromberger, cuya breve vida se hace más interesante que la de su hermano, por haber sido el primero en introducir la imprenta en América (Méjico), por medio de su factor Juan Pablos Bressano, en 1540, no ha sido precisada ni por Barrantes, ni por Hazañas y la Rúa. Los datos todos conocidos hacen presumir que su óbito ocurrió entre 1539 y 1540. Existe una carta de la Audiencia de Méjico, firmada por D. Antonio de Mendoza y los licenciados Ceynos, Tejada y Santillán y dirigida al Emperador en 17 de Marzo de 1545, en que representan que «A suplicación de Obispos e relaciones desta tierra, V. M. hizo merced á Joan Conberger que por ciertos años sólo él proveyese de libros en Nueva España. Es fallecido, y no cuidan de proveer sus herederos.» A lo que el príncipe D. Felipe á nombre de su augusto padre, decretó: «Que se requiera, y si no que todos los puedan pasar (2).»

A pesar de esta queja, Juan Pablos continuó ejerciendo su profesión en la antigua capital de los Motezumas muchos años después, porque de él se hallan libros con la fecha de 1556. De cualquier modo el término que la muerte puso al monopolio que en el comercio de la librería con el Nuevo Mundo Juan Cromberger había alcanzado, marcó la hora, no sólo de que el arte divino de la imprenta con otros impresores cobrara raíces que ya no se habrían de extirpar nunca en

(1) *Apuntes para un catálogo de impresiones, desde la introducción del arte en España hasta el año 1700.*—(*Revista Contemporánea*, tomo xxvi, 30 Abril 1888, pág. 4.)

(2) Nota autógrafa de D. José Maria Escudero de la Peña que poseo.

Nueva España, sino de que se propagara al Perú, en cuya ciudad de los Reyes Ambrosio Ricardo fué el primero que asentó de una manera estable en 1585 el invento de Guttenberg.

V.

Por el lado de la capital del reino de Aragón, la iniciativa de los propagandistas alemanes de la imprenta no se limitó á la efímera presencia del ya mencionado Maestre Mateo Flandro en Zaragoza.

Aunque animado del mismo espíritu de movilidad que casi todos sus compañeros y compatriotas, en 1485, llegó á la capital del Ebro el Maestre Paulo Hurus, ciudadano de la imperial ciudad de Constanza en la Alemania Alta, encontrando aquí quien hiciera todo género de esfuerzos para que en Zaragoza se fijara de una manera permanente el arte tipográfico. Tal fué el Dr. Gonzalo de Santa María, preclaro jurisconsulto aragonés, de grandes influencias sociales, de una ilustración tan varia como profunda y de una laboriosidad infatigable. Los nómadas de la imprenta, en medio de su generoso ministerio, venían entregados á la ciega concupiscencia de la fama y del lucro, y el magnífico Maestre Paulo sólo pensaba en el trabajo que había de abastecer su industria volante, de aumentar su crédito para sus empresas ulteriores y de ocupar la gente que con él venía. Primeramente Micer Gonzalo dióle á imprimir en 1485 *La glosa ó apostilla de los Evangelios y Epístolas de los domingos y fiestas solemnes de todo el año*; en 1494 las *Cuatro cosas postrimeras; muerte, penas del infierno, juicio y gloria*, y por último, el *Catón en latín y romance* que escri-

bió en prosa y verso en 1493. Aunque en el intermedio, Hurus no dejó de imprimir, ya *Los cuatro libros de las fábulas de Esopo* (1489), ya el *Espejo de la vida humana* de Rodrigo Sánchez de Arévalo; ora las *Éticas de Aristóteles* (1492), ora *El tránsito de San Jerónimo* en romance (1492), la *Crónica de España abreviada* de Mosen Diego de Valera (1493) y el *El Sallustio Cathilinario e Jugurta*, traducido por Maestre Francisco Vidal de Noya, con otros libros que no es pertinente nombrar, Micer Gonzalo García de Santa María llegó hasta á escribir versos, contra la voluntad de las musas, por dar entretenimiento al descontentadizo Paulo.

He aquí cómo en el prólogo del *Catón*, Micer Gonzalo se explicaba sobre lo mismo. « A mí, por cierto, escribía, la naturaleza me denegó la gracia en verso: e ahunque yo haya agora emprendido e atreuidome á façer esta obrilla en coplas, han sido causas: La primera por satisfacer á los ruegos de Paulo hurus de Contacia Aleman, al qual por la mucha honra que façe en nuestra civdad e república, yo por mis fuerças trauajo e trauajaré en complacerle por no priuar mi civdad de tan noble artificio: que si yo assi por mi industria como con ruegos no le detuiera, ya se huiese ido e quedara esta república manca de vn miembro tan noble e sutil artificio inuentado é tornado en silla en nuestros días. El qual, ahunque no sea necessario, no podemos empero negar que sea prouechoso e non arree mucho la república de aquesta civdad: en la qual, si no le tomáramos, deuria pensar de le traher ende Alemaña, assi por su artificio noble, como ahum por la habilidad del artífice, la qual es tan grade, que si el touiesse el papel que ay en Venecia, su obra se podría muy bien cotejar con aquella. A lo menos es causa más que cierta que del que en Hespaña se façe, su obra tiene la vetaja en letra e corrección assi de ortographía, como de puntos, lo que ahunque en Romance muchos neçios no estimen, no deue ya por esso ser desestimado. Ca la ortographía e puntuación no daña al necio e aprouecha al entendido.»

La bibliografía zaragozana de Paulo Hurus, cuyo nombre se observa también escrito en varios de sus libros PAVLVS VRVS *de Constancia* (1491) PAULO KURUS, *Aleman de Costancia* (1494), y con otras modificaciones análogas, no es tan extensa como la de los Cromborgeres de Sevilla; pero no resulta menos preciosa y estimable.

Otro alemán, consolidando el noble propósito de García de Santa María de fijar de una manera estable la imprenta en su patria, se dió con él la mano en aquella capital, ó tal vez después de haber trabajado en sus talleres, heredó su casa, pues imprimió de 1500 á 1562: George Coci, teutónico, que en el primer año del siglo XVI se estableció en compañía de Leonardo Butz y Lope Appenteger, *discretos et peritos viros ac fideles socios germanice nationis*. Pero desde 1507 ya trabajó solo ayudado del librero, también alemán, Pedro Bernuz, y desde 1543 con la cooperación personal de este mismo y de Bartolomé de Nájera. No obstante, cuando la enfermedad y los achaques le invalidaron para el trabajo, solo Pedro Bernuz siguió regentando la casa de George Coci (1548), hasta que en 1562 la heredó por completo. Ya no existía tampoco Bartolomé de Nájera, que, establecido por su cuenta, si se le ve suscribir algunas ediciones salidas de su casa en 1552, de 1562 á 1572 la marca que salía de ella, al fin de los libros, rezaba esta triste leyenda: «*En casa de la biuda de Bartholomé de Nájera, que Dios aya.*»

En Barcelona por dos notables impresores alemanes se trabajó con empeño desde los últimos años del siglo XV: *per Reuerendum magistrum Iohannem Rosenbach, alemanum de haydelberch*, y *per Iohan Luschner, alemany, empremtador*. El primero imprimió en la capital del condado desde 1493 hasta 1528, habiendo hecho varias excursiones llamado para utilizarse de sus trabajos en 1510 á Lérida, y en 1518 al monasterio de Montserrat; el segundo ejerció su profesión en Barcelona de 1495 á 1513, habiendo sido también llamado á trabajar á Montserrat durante los dos años de 1499 y 1500. Uno y

otro gozaron fama de distinguidísimos en su arte, y Rosenbach se suscribía al fin de algunos de sus libros, como en la *Gramática latina* de Antonio de Nebrija, de 1522, *pulcherrimus et exactissimus artificis*.

A competir con ellos por aquel tiempo vino también de la Provenza el célebre Charles Amorós, y ciertamente publicó libros de primer orden en cuanto á belleza y corrección tipográfica; pero su concurrencia en nada disminuyó la justa reputación que alcanzaban Rosenbach y Luschner. A esta reputación se debió el servicio que de su industria quisieron recibir en 1499 y en 1518 los monjes benedictinos de Montserrat, cuya historia constituye una de las páginas más interesantes de la *Tipografía española* del P. Fray Francisco Méndez, de la Orden de San Agustín, por la novedad y abundancia de los datos curiosos que contiene, tomados de los documentos auténticos del archivo de aquel monasterio.

Verificada bajo la protección de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, á fines del siglo XV, la reforma de la Orden benedictina, la congregación de los del monasterio de San Benito de Valladolid quedó constituida en cabeza principal de la reforma. Agregáronsele la casa abacial de Montserrat y las de San Martín, Santiago, Sahagún, Samos, San Millán, Oña, Celanova, hasta diez y nueve monasterios, que necesitaron nuevos misales, breviarios, constituciones, libros de rezo, etc. En Barcelona se imprimieron por maestre Juan estampador (Luschner), en 1498, 18.000 Bulas de indulgencias, á fin de procurar fondos con sus productos para la impresión de aquellos libros; pero el abad de Montserrat Fr. García de Cisneros tomó sobre sí el empeño de llevar á cabo aquella costosa obra, allanando todas las dificultades. En Diciembre de aquel mismo año se comenzaron las capitulaciones con maestre Juan Luschner en Barcelona, como emprentador, y con Udalrico Belch, de Ulma, apellidado también de Zaragoza, que hacia la tinta de los moldes. Los oficiales que Luschner llevó á Montserrat fueron: Udalrico Belch, que daba la

tinta; Thomas, compositor (*cajista*); Enrich Squirol, estampador; Juan, que *prensaba* en la estampa; Juan, compositor, y Justo, tirador de la prensa y estampador. El maestro y su familia fué alojado en el castillo de Olea. Luschner llevó á su costa los instrumentos necesarios, como era toda casta de letra, prensa, etc., tasando el precio en el estado en que se encontraban, para indemnizar el desgaste, el maestro Franch Ferber, mercader alemán, y el platero de Barcelona, Gabriel de Villamarichs.

A costa de los conventuales se trajeron las aludas, bermellón, barniz, pez para las tintas, hilo de latón, frasquetas y el papel adquirido en las tiendas de Juan Frinchez, alemán, librero, Franch Ferbu ya citado, Mosen Aguilar y Peris Camps, todos establecidos en Barcelona. Los pergaminos se tomaron de los que en el país se fabricaban en Santa Coloma de Queralt y Montblanch, costando á 18 sueldos la docena de los mejores, y á 15 y 12 los de calidades inferiores. Llevó Luschner su prensa fornida con un par de ramas y recibió 14 libras por precio de ella. Compráronse además matrices, punzones, cobre, estaño, y otras materias y herramientas para fundir letra mediana, glosa del Misal y letras capitales. Se admitió además al suizo Hans Mack (firmaba *ans moso*) como vaciador, y éste fué el que trabajó la letra del Misal y Breviario, para lo que trajo los punzones de Perpiñán. Juan Luschner y sus operarios eran mantenidos por el monasterio, además de cobrar sus sueldos, siendo el del maestro 66 ducados de Castilla, que que equivalían á 79 libras y 4 sueldos de moneda de Cataluña—Udalricht de Ulma tenía al mes una libra y 4 sueldos y los de más oficiales un ducado mensual también. En quince meses desde el 4 de Febrero de 1499 hasta el 31 de Abril de 1500, se imprimieron: 20 *Breviarios* en pergamino y 398 en papel; 12 *Misales* en pergamino y 128 en papel; 800 *Reglas*; 600 *Vita Christi*; 800 *Despiritualibus ascensionibus*; 800 *Instructio Novitiorum* y 800 *Parvum bonum*. El precio que para su venta á los conventos reformados se puso á estos libros fué: los *Misa-*

les en pergamino á 10 ducados de Castilla (12 *libras castellanas*); los comunes á 10 reales y 10 maravedises; los *Breviarios* en pergamino á 6 reales y 16 maravedises de vellón; y los opúsculos á un real y 26 maravedises. Todos los libros se enviaron para su distribución á San Benito de Valladolid. Habíanse impreso además en esta primer tarea 142.950 bulas de vivos y 46.005 de difuntos. Empezóse una segunda tarea, que duró hasta mediados de Noviembre de 1500, y en este tiempo se estamparon: 130 *Procesionarios* en pergamino y 300 en papel; 406 *Himnos*; 43 *Responsorios de difuntos* en pergamino y 308 en papel; 440 *Directorios de las horas canónicas*; 1.000 *Ejercitatorios de la vida espiritual* y 300 *Epístolas de Gerson*. Es decir, que en diez y siete meses, desde el 4 de Febrero de 1499 hasta el 15 de Noviembre de 1500, se imprimieron por Juan Luschner en el monasterio de Montserrat 7.691 cuerpos de libros. Antes de abandonar aquella santa casa y aun en el tiempo en que prestó sus servicios á los monjes Luschner imprimió en Montserrat, aunque no por cuenta de los benedictinos, otras obras como las *Meditaciones de San Buenaventura* en latín.

A los ocho años la orden reformada volvió á necesitar libros y los Padres de Montserrat se encargaron de proveerlos; pero ya el maestro Juan no existía y el Rdo. Abad Fr. Pedro de Burgos hizo su contrata con Juan de Rosenbach, que también se trasladó para imprimirlos á la morada religiosa de sus comitentes. Rosenbach trabajó en el monasterio desde el 30 de Julio de 1518 hasta el 21 de Marzo de 1522, é imprimió en este tiempo 500 *Misales*, 701 *Breviarios*, 800 *Diurnales* y 1.000 *Horas de Nuestra Señora*, & *plures alii libelli devotionum & meditationum, necnon Imagines & figurae Sanctorum, omnia ad excitandam devotionem & consolationem nostrorum Monachorum*. Allí acudieron además á participar de los servicios del experto impresor el Obispo de Vich, D. Juan Tormes, para estampar el *Breviario* de su Iglesia, los catedráticos de la Universidad de Cervera para reproducir libros es-

colásticos de *Nebrixa*, y otros particulares, en cuyas obras se emplearon cuatro oficiales durante trece meses.

De Valencia, donde además de los tipógrafos de que en otro lugar se ha hecho mérito, fueron á establecerse ó trabajaron por algún tiempo, Xpofal Kofma, alemán de Basilea, en cuyas prensas se imprimió el *Caminero General* de Hernando del Castillo, *prouus vir Ioannes Ioffae, chalcographus valentinus*, y algo más tarde, en pleno siglo XVI, Iván de Mey, Flandro, jefe feliz de una familia numerosa de renombrados artistas y literatos, salió para Toledo. Otro alemán, Pedro Hagenbach, *ingenios ac artis impresorie expert*, el cual desde 1495 había estado asociado en la ciudad del Turia, con Leonardo Hutz ó Hutum, que al año siguiente partió en busca de mayor aventura á Salamanca con Lope Sanz, de Navarra. Si Pedro Hagenbach apareció en Toledo por movimiento propio, ó fué llamado á la ciudad imperial de los godos por la suma perfección con que ejercía su arte, cosa es que cabe colegir sin temor de equivocarse, de las lacónicas indicaciones que se hallan en los libros que él imprimió y de las notas históricas que dejaron en los suyos otras personas relacionadas estrechamente con él por aquel tiempo.

Pérez Pastor en la introducción á *La Imprenta en Toledo* (pág. 10), dice que cuando el Cardenal Mendoza estuvo en Venecia para imprimir el *Breviario toledano*, hizo venir de Italia al editor Melchor Gorrício, cuya suficiencia había conocido. En las *contemplaciones sobre el rosario de nuestra Soberana Señora virgen y madre de dios Sancta Maria*, ordenadas por D. Gaspar Gorrício de Nouaria, monje de Cartuxa, que en vulgar castellano se publicaron en Sevilla por Meynardo Ungut, alemán, y Lançalao Polono compañeros en 1495, resulta que no fué solo el célebre monje amigo, confidente y depositario de las confianzas del insigne descubridor del Nuevo Mundo, Cristóbal Colón, desde los tiempos en que vivía ambulante del tráfico de los libros de molde, conforme nos lo describe el Cura de los Palacios, el individuo de su familia que

vino á España y aun á Sevilla al calor del sol espléndido del Cardenal Mendoza entonces Arzobispo de aquella metropolitana, sino sus hermanos Francisco y Melchor Gorrício, que á su vez se empleaban en aquel mismo tráfico, aunque no como mercaderes, sino como verdaderos editores. ¿Qué duda cabe de que, siguiendo desde entonces la luz de aquel astro, vinieron á Toledo y aun hicieron conocimiento con aquel fraile francisco de que Mendoza hacía tanta suposición y que había de heredar con su púrpura cardenalicia y su mitra primada de España, la confianza política de la Reina Isabel, el espíritu de iniciativa y grandeza de su ilustrísimo protector y la energía y el genio para imponer su personalidad tan saliente y colocarla al nivel de las más perspicuas cuando todavía no había acabado el siglo brillante de Fernando y de Isabel?

Ello es que, al ocupar la primada de España, quiso Cisneros enriquecer su iglesia con los espléndidos frutos de los adelantos de su tiempo, pero no yéndolos á buscar á Venecia como su ilustre predecesor, sino haciéndolos producir en la propia sede de su alta jurisdicción, y que, dado á Melchor Gorrício el encargo de buscar artista de mérito proporcionado á la delicada satisfacción de sus gustos exigentes, Melchor Gorrício hizo venir de Valencia á Toledo al *ingenioso y experto* Pedro Hagenbach, como el maestro más consumado en su arte de cuantos á la sazón había en España. La demostración de este enunciado fácilmente puede hallarse al término de la carta que Alfonso Ortiz endereza al Cardenal reverendísimo al verso de la portada del *Missale mixtum alme ecclesie toletane*, impreso por Hagenbach en 1499: *Preterea — dice — elaboratu est hoc opus quod in huc venit opera e diligentia nobilis Melcchioris gorricy Nouarien, qui hinc inde ad operis hujus perfectione ordenandi: ac componedi, ac castigandi peritos artifices esquissierat, nullis pecunii e laboribus parcens, dunmodo et oratione, i puritate, i decore cuncta illustrata forent, i te archypresule digna maneret.* En 1500 se imprimió por los mismos el *Missale mixtum secundu regulam beati Isidori dictum Moza-*

rabes, y también Alfonso Ortiz dice al Cardenal Cisneros respecto al objeto de esta publicación: *ut aute ecclesiastica corvu officia memoratu digna nemine de cetero taterent: litteris latinis explosis Goticis Imprimenda nobili viro Melchiori Gorrício Nouariensi tribuisti*. No queda, pues, la menor duda de que ésta, como las demás obras de carácter eclesiástico y religioso que con intervención de Melchor Gorrício, y Pedro Hagenbach imprimió en Toledo, fueron publicadas por iniciativa y bajo el patrocinio del Cardenal Ximénez de Cisneros y que la elección de artista se hizo por Gorrício. Este fué, en efecto, quien trajo de Valencia á Toledo al diestro impresor.

Acercas del mérito de su labor tipográfica, Pérez Pastor dice que sus libros fueron «de condiciones tan excelentes, que se pueden comparar, sin desmerecer, con los mejores incunables, no sólo de España, sino de fuera de la Península. Además de usar siempre un papel magnífico y de las mejores marcas, inmejorables tintas y fundiciones nuevas, sus obras ofrecen la particularidad de estar exentas de erratas, hasta el punto de ser sumamente difícil encontrar una de ellas.» A la muerte de Hagenbach, Gorrício hizo venir de Sevilla á Toledo para sustituirle á Juan Valera de Salamanca; pero ni éste ni Juan de Villaquirán, que se presentó á hacerle competencia, debieron satisfacer las exigencias del espléndido purpurado, que ya había descubierto en el rincón de Logroño el mérito sobresaliente de un artista á su gusto, el antes mencionado Arnao Guillén de Brocar.

VI

Peregrinación semejante á la de Hagenbach de Valencia á Toledo, hizo de Toledo á Salamanca en 1496 su antiguo socio

de la ciudad del Turia, Leonardo Alemán. El apellido que éste usó durante el tiempo de su compañía fué *Hutz o Hutum*; pero en 1525, un hijo suyo, llamado Justiniano, que imprimía en Boloña, á cuya capital su padre se había refugiado al amparo de su Universidad, alejándose de Salamanca y sus Estudios, se suscribía con el de *Rubeens*, añadiendo *filius quondam Leonardi de Alemania*. Así, al menos aparece en el libro del *Scholasticus* de Antonio Verrio, hispano, que murió violentamente en aquella ciudad de Italia, *atrocissimae ac nunquam excogittae mortis*, siendo muy protegido del Cardenal de Santa Cruz, don Bernardino de Carvajal, muy perito en lenguas hebrea, griega y latina y consumado en ciencias teológicas y filosóficas.

Pero si Leonardo Alemán y su compañero Lope Sanz de Navarra no hallaron en la ciudad, donde residía la Universidad maestra de España, en los últimos años del siglo xv, el calor que del mismo modo continuó siendo muy tibio de 1502 á 1508 para otro artista teutónico que vino allí á establecerse Hans Gysser de Silgenstat (*Schelestast?*), ni aun para el *honorable viru Laurentium hondedeis, Pisauriensis*, (Lorenzo de Hom de Dei), que imprimió allí de 1514 á 1519, y el trashumante Pierres Touans, efímero en Medina del Campo (1534), relámpago en Zamora (1539), y poco más estante en Salamanca (1540), ya por este último tiempo vinieron á hacerse en aquella ciudad la competencia los florentinos Giovanni Giunta, procedente de Venecia y Burgos (1542-1558), y Juan de Cánova, que con su hermano Alejandro, vecino de la ciudad de Salamanca, venían haciendo el comercio de libros, y el ilustre Andrea de Portonarris, cuya casa mereció ser honrada por Felipe II con el título de *Impresores de su Cattólica Majestad*. Juan Cánova fué de los tres el que tuvo menos resistencia, y en 1552 emigró á Cuenca, en la cual tuvo casa de impresión y librería hasta 1561. Pero los Junta y Portonarris, que traían cada uno por sí una larga tradición europea en el arte que profesaban, llegaron á constituir verdaderas dinastías de impresores, que reinaron, la de los Junta en Burgos y

Salamanca, hasta ir á expirar en Lyon, en 1592, y la de los Pertonarriis en Salamanca y Zaragoza hasta 1585.

Las primeras relaciones que se conocen de los Giunta ó Junta, florentinos, con España, datan de 1501, en cuyo año Lucantonio de Giunta, impresor, establecido en Venecia, publicó en la bella Nereida del Adriático las *Siete partidas glosadas*, por Díaz de Montalvo. Este libro, con otros muchos castellanos, que desde hacía treinta años salían de los talleres tipográficos vénetos, constituían el activo comercio de libros de aquella Señoría con España, para cuyo sostén los mercaderes de allá tenían derramada una nube de libreros estantes y ambulantes por las mejores ciudades de todos los reinos de nuestra Península. Con este carácter, hacia 1525 vino á España Juan de Junta, que en 1526 aparece establecido en Burgos. De 1528 á 1539 imprimiéronse en esta capital varios libros que Juan de Junta suscribió como impresor, indudablemente habiendo adquirido la imprenta *honestae viduae, uxoris quoddam Alfonsi de Melgar*, muerto en 1526, y que á su vez había sucedido á otro impresor eximio, Andrés de Burgos, que imprimió hasta poco después de 1507. La decadencia de la antigua ciudad, *caput Castellae*, desde el advenimiento de los Reyes de la casa de Austria era cada día mayor. Toledo, Valladolid y Madrid, que le disputaban la capitalidad de España, á diario también la despojaban de todos los elementos principales de su vida. La imprenta, por lo tanto, arrastraba en Burgos una existencia precaria, y Juan de Junta no titubeó en levantar el campo trasladándose á Salamanca, donde siguió imprimiendo de 1542 á 1558.

Sus impresiones y libros adquirieron mucha celebridad, si bien, más que la tipografía artística que profesaron Hurus en Zaragoza, Rosembach y Luschner en Barcelona, Spindche y Kofmann en Valencia, Hagenbach en Toledo, los Cromberger en Sevilla y Brocar en Alcalá, explotó la imprenta industrial, cebando la necesidad y la penuria de los estudiantes. Los últimos libros salidos de sus talleres en 1558 llevan por pie de

imprensa: *en la casa de los herederos de Juan de Junta, que santa gloria aya*. De sus hijos, Phelippe, muerto el padre, retornó á Burgos, abriendo de nuevo la imprenta, que se sostuvo hasta 1578. Pero sus hermanos se trasladaron á Lyon (Lugduni), donde en 1565 suscribían las obras producto de su industria con el nombre de *Haredes I. Iuntae*.

No salió Felipe de Junta gran águila en su profesión. El Cardenal D. Francisco de Mendoza, Obispo de Burgos, cuando hablaba de él decía: *Philippus Iunta, Typographus, bonae indolis adolescentibus*; pero el maestro Juan Maldonado, que le dió á imprimir sus *Vitae sanctorum*, quedó tan descontento de su impresión, que en una advertencia para los críticos se lamentó amargamente de *quam profundo ignorantiae somno teneantur Typographi nostrae regionis*, pues cometían muchas erratas, y suspiraba porque conmigrase á España *aut Aldi summa prudentia, aut Frobenii maxima diligentia*. Froben era un célebre impresor de Basilea, que compartía el prestigio de la corrección de las ediciones con los Aldos de Venecia y los Plantinos de Amberes.

Otro hijo ó nieto de Juan, Lucas de Junta, á quien se debe una edición de los *Quatro primeros libros de Amadís*, volvió á estampar en Salamanca durante los años de 1580 y 1581; pero á fines del siglo toda esta familia florentina había emigrado de España, y en 1592 estaba reconcentrada en Lyon, donde por mucho tiempo existió la *Officina Iuntarum* (1).

De Lyon cree también el Sr. Barrantes que proceden los Portonariis, porque ha visto una edición de los *Comentarios* latinos del cardenal Cayetano hecha por Gaspar de Portonariis en 1558. Posible es lo que el Sr. Barrantes opina. No obstante, las primeras ediciones que se conocen de Andrea de

(1) Edmond Werdet, en su *Histoire du livre et de la imprimerie en France* (1862), no cita á los Junta en el catálogo de los impresores de Lyon; pero contra este silencio protesta el pie de imprenta de las obras que cita Brunet y algunas que hemos registrado.

Portonariis en Salamanca llevan la fecha de 1551, y desde este año hasta el de 1575 abundan los libros salidos de sus prensas con profusión. Vicencio de Portonariis, que el Sr. Barrantes no conoce sino como librero, aparece impresor también en Salamanca en el mismo año en que el nombre de Andrea desaparece; pero el que desde la misma fecha resalta de una manera superior es el de Domingo de Portonariis Ursino, hijo de Andrea, que en Salamanca recibió por la belleza de sus impresiones el título honorífico de *Impresor de Su Catholica Majestad*.

Toda esta familia de los Portonariis era gente de una cultura intelectual exquisita, semejante á la de los primeros apóstoles del arte que vinieron de Alemania y las provincias limítrofes. Andrea de Portonariis trajo á España de Italia su país un ejemplar de *Los Asolanos*, de Micer Pedro Bembo, y habiéndoles dado á traducir en castellano, los dedicó al muy magnífico Sr. D. Pedro Rodríguez Nieto de Fonseca. Qué este libro uno de los primeros que estampó en su casa en 1551, y lo dotó de un prólogo escrito por él mismo, modelo de retórica elegancia. En la Universidad salmantina perfeccionó su hijo y sucesor Domingo sus estudios literarios, y así los productos de su imprenta llevaban siempre el sello de la consumada competencia de los que la dirigían. Por esta causa, cuando la diputación del reino de Aragón trató de que continuase publicándose los cuatro últimos volúmenes de los *Anales de Jerónimo de Zurita*, que habían sufrido una interrupción de diez y siete años, llamaron á Zaragoza á Domingo de Portonariis, á fin de que recibiese este encargo, y los libros que produjera no desdijesen de la bella edición de los anteriores. Portonariis, con este motivo, unió el título de *Impresor del reino de Aragón* al de la Regia Majestad de Felipe II. No quedó entre tanto desierta Salamanca de los impresores de este apellido. Allí quedó establecido Simón de Portonariis, aunque en 1587 imprimía también en Zaragoza.

Fué el siglo XVI la época de mayor florecimiento de la im-

prenta en Salamanca, como lo fué en Alcalá, en Valladolid y en Medina del Campo. Durante todo él la codicia del lucro y el prestigio de sus estudios atrajo allí muchos extranjeros. La mayor parte de éstos venían como corresponsales de las imprentas de otros países donde se publicaban en abundancia libros españoles, para fomentar el comercio en las grandes ciudades, y, sobre todo, en las que tenían Universidades y estudios públicos. Muchos sufrieron la paralización que en su comercio producía la periódica prohibición de la entrada de libros de otras partes, y ya por este motivo, ya porque casándose en el país adquirirían la estabilidad y el arraigo que da la familia, ya porque la prosperidad de sus negocios les impulsaba á mejorar de profesión, adquirirían las imprentas, cuyas vacancias provenían de la muerte ó de pactos convencionales y se hacían impresores. Unos continuaban sosteniendo la solidaridad de intereses con sus primitivos mandatarios, como sucedió á Juan Perier, que, á pesar de tener imprenta propia, y de la que salió una de las ediciones del preciado *Cancionero*, de Montemayor, se correspondió hasta la muerte con su deudo y principal Charles Perier, de París; otros no prosperaban, y peregrinaban de pueblo en pueblo en busca de mejor fortuna, como Mathías Mares, discípulo de Simón de Portonariis, el cual, después de haber impreso por su cuenta en 1570 en Salamanca, de 1585 á 1586 se estableció en Bilbao, consiguiendo el título de *Impresor del Señorío de Vizcaya*, y abrumándole allí, á pesar de esto, el peso oneroso de su mala fortuna, pasó á Logroño en 1588, tal vez como de paso, para ganar de nuevo la frontera por donde había venido.

Lo mismo le sucedió á Juan Picardo, procedente de Zamora: imprimió hacia 1546; mas también fugitivo de Salamanca fué á dar con su cuerpo y su familia en Sevilla, donde su hijo Alonso alcanzó fama y fortuna con su arte de 1572 á 1575, habiendo sido el impresor que mereció dar á la estampa las primicias del ingenio de Fernando de Herrera, en la *Relación de la guerra de Chipre*, donde aparece el primer molde

de la *Canción en alabanza de la divina Majestad por la vitoria del Sr. D. Juan*, que desde el título hasta la postrer estrofa tan castigada fué por el ilustre poeta en las dos ediciones sucesivas de sus *Obras*. Matías Garth, Cornelio Bonardo, los hermanos Juan y Andrés Renant y Guillermo Floquet, fueron también de los extranjeros que en el siglo XVI explotaron la imprenta en Salamanca juntamente con los españoles Juan de Porras, Rodrigo de Castañeda, Juan Bautista y Alonso de Terranova, Miguel Serrano de Vargas, Pedro Laso y otros. Matias Garth comenzó en 1577 la impresión de los *Siete libros de Música*, del famoso abad Francisco de Salinas, el ciego; pero habiéndola interrumpido su muerte, no se concluyó hasta 1599 en las prensas de Pedro de Adurza. Este fenómeno no era ciertamente nuevo: así anteriormente vimos presentarse en el siglo XV en Barcelona al castellá Diego de Gumiel; tampoco es raro hallar libros que comenzaron á publicarse en un lugar y se terminaron en otro. Uno de los más importantes de la poesía hispano-lusitana el *Cancioneiro general*, de García de Resende, que comenzó á estamparse en 1515 en Almeirim, «acabouse na muy to nobre e sempre leall çidade de Lixboa. Per Hermã de Cãpos, aleman, bõbardeyro del rey nosso senhor e empremidor».

VII

Es verdaderamente pasmoso que la ciudad que tenía en su seno la más autorizada chancillería de España y custodiaba en ella el sello de Castilla, careciera de imprenta hasta bien entrado el siglo XVI, y que cerca de sus términos, Zamora sostuviera una serie notable de impresores, desde *el maestro de letra de molde*, Antonio de Centenera, que empezó á im-

primir en ella en 1480, hasta el último de los Picardos, que desaparece de aquella población en 1543. Así como en casi todas las poblaciones de España que tuvieron la fortuna de recibir los primeros propagandistas del nuevo arte, las producciones generales de la estampa fueron las obras religiosas y rituales, las docentes, algunos cuerpos antiguos de legislación y algunos frutos agradables del ingenio, caracterizan las impresiones de Centenera los cuerpos del derecho más activo y reciente, y su primer libro, en que aún ocultó su nombre, fué un *Cuaderno de leyes*, hechas y ordenadas en las últimas Cortes que se celebraron en la ciudad de Toledo (1480). En 1485 sale de sus prensas la *Compilación de leyes* de Díaz de Montalvo; en 1486 otro *Cuaderno de alcabalas de los Reyes Católicos*, y en 1505 el *Cuaderno de las leyes* hechas en Toro aquel mismo año. Verdad es que con estas obras alternan una *Vita Xpi*, de 1480, y otra edición de 1482, la *Visión delectable*, de Alfonso de la Torre; el *Regimiento de príncipes* (1482); los *Proverbios de Séneca*, glosados por Pero Diaz, de Toledo; los *Trabajos de Hércules*, «el qual compilo don Enrrique de Villena»; un *Arte breve de ajedrez* dedicado á don Johan, príncipe de las Españas (1483); las *Introducciones latinas del maestro Antonio de Nebrixa* (1485), y otros semejantes.

Centenera es contado entre los excelentes tipógrafos primitivos de España, y aunque su apellido parece enteramente castellano, á mí me queda la duda de que por naturaleza él lo fuese, no siendo los apellidos traducidos ó castellanizados testimonio suficiente para acreditar de naturales á los que los llevaban, pues muchos de los primeros impresores alemanes que aquí vinieron, para hacerse más populares ó por evitar las dificultades de la pronunciación, tradujeron ó castellanizaron sus apellidos. Así aparecen en Valencia, Lope de la Roca y Francisco Díaz Romano, los dos alemanes, el uno en el siglo xv y el otro en el xvi; así en Valencia también (1517-19) Juan Viñas (Vignau); así en Lisboa (1501) Valentín Fernández, de Moravia; así en Pamplona y después en Logroño y Alcalá, Ar-

naldo Guillén de Brocar (Brochard); así en Osuna, Juan de León (Lyón) y el famoso Lamberto Palmart, comenzó por apellidarse *Palomar*; pero después volvió á la integridad de su apellido.

La decadencia inevitable de la imprenta en Zamora, que sólo brilló como un relámpago en Centenera, Pedro Tovano, (1536-1539), en mi sentir francés ó flamenco, Agustín de Paz (1541-42), que anduvo trashumante por Mondoñedo (1550) y Astorga (1547); Juan Picardo (1541-43), otro extranjero de apellido castellanizado, é Ignacio Picardo (1543), señaló el corto florecimiento que disfrutó también en Valladolid.

El P. Méndez, sin embargo, cita un incunable vallisolitano de 1493, impreso por un alemán ambulante Juan de Francourt (Francfort?), de quien en la bibliografía española hasta ahora no ha vuelto á hallarse rastro ni huella ninguna. En 1500 y 1501, procedente de Burgos, también trabajó en Valladolid Juan de Burgos, discípulo del ilustre Joaquín de Basilea. Otro extranjero, Nicolás Thecery, imprimió en aquella ciudad entre 1525 y 1530, y en 1570 Adrianus Ghemarthus, que recibió de aprendiz en sus talleres al español Juan de la Cuesta, famoso por haber tenido la fortuna de imprimir en Madrid en 1605 y 1615 las dos partes sucesivas de la edición original del *Don Quijote de la Mancha*, del insigne MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Juan de la Cuesta adoptó para sí el escudo y empresa de su maestro, de modo que los que adornan las portadas de la obra capital de la literatura española, son el escudo y empresa del tipógrafo de Valladolid Adriano Ghermarthus. Este impresor, sin duda ambulante, ¿fué el que en 1547 imprimía en Estella, en 1564 en Sevilla y en 1568 en Pamplona bajo el nombre de Adriano de Anuers ó de Anuerrez? Tales problemas no podrán resolverse mientras para hacer los cotejos no se cuenta al menos con el cuerpo completo de la bibliografía española.

Los impresores que verdaderamente ilustraron á Valladolid en el siglo XVI fueron nuestros Fernández de Córdoba, de

que en otro lugar se ha hablado. Se hizo notable también hacia mitad de aquel siglo, y extraordinariamente prolífico en buenas ediciones, D. Sebastián Martínez. Por último, en 1576 imprimía en la ciudad del Esgueva y el Pisuerga Alfonso del Riego, que fué el primero que se tituló *Impresor de la Inquisición*.

En Medina del Campo, famosa por sus ferias donde vaciaban sus productos bibliográficos las prensas extranjeras de Amberes y Amsterdam, Roma, Venecia y Bolonia, Colonia y otras partes de Alemania, Lyon y París, desde el principio del siglo XVI tuvo impresores estantes, siendo el primero que se conoció Cristobal Lasso Vaca, que publicó la *La Pícarra Justina*, de Francisco López de Ubeda, en 1505. Otro español, Pedro de Castro, también imprimió de 1514 á 1548, y en 1550 comenzaron á profesar en compañía el divino arte los hermanos Mateo y Francisco Canto. La asociación fué poco estable: hay libros de Mateo solo de 1556 y libros de Francisco solo de 1556. Este debió sobrevivir al primero, pero tal vez valetudinario ó inválido; en 1586, aunque se seguía estampando en su casa, suscribían los libros Pedro Landry y Ambrosio du Port.

En 1596 llenaba el pie de imprenta Santiago del Canto, hijo y sucesor de Francisco. No obstante, Medina del Campo poseyó también su dinastía de impresores notables extranjeros. En 1547 había en Estella de Navarra, un librero y editor como á la sazón lo eran casi todos los mercaderes de libros, llamado el señor Guillermo de Millis. Prosperando en su fortuna, y después de recorrer otras poblaciones de la Rioja y Castilla, llegó á Valladolid, en la que se estableció hacia 1550. Cuatro años tuvo abierta imprenta, en la que se produjeron exquisitos libros, calificados por la belleza y elegancia tipográfica y su esmerada corrección. A su muerte quedáronle dos hijos, Vicente y Juan, y aunque los dos con humos de literatos, continuaron la profesión heredada en sus casas respectivas, imprimiendo Vicente de Millis de Tridiño hasta 1571,

que se trasladó á Salamanca, y de 1553 á 1602 Juan Godínez de Millis, que así siempre se firmó el segundo.

Fuera de estos cuadros de las grandes imprentas primitivas, que fué el arte nuevo establecido en España desde 1470 y por todo el siglo XVI; ¿qué es lo que resta? O una gran suma de tipografías excéntricas, ó un número menor de privilegiadas, así particulares y peregrinas. Lérida, desde 1485 á 1489, tuvo de paso su *magister peroptime Henricus Theutonicos*, quien sin duda imprimió los *Tratados* de Fr. Pedro de Castrovól, *quod e nobili civitate ilerdensi ipssum est summa cum diligentia*. Al final de uno de estos tratados, se lee: *Rursus Tholose renissus diligenter fideliterque examinatus Pampilone*, y convida esta nota á meditar con juicio para dirimir la larga contienda que los franceses sostienen sobre los incunables españoles impresos en Tolosa de 1470 á 1494, y que, como es costumbre en nuestros vecinos, algunos de sus sabios han sentenciado en su favor (1). Juan de París y Esteban Clebat, primeramente (1489), puesto que los impresos de la *Repetitio solemni rubrice de fide instrumentorum* (1477) nos son desconocidos, y el *honorable señor maestro henrrico Meyer, d'alemania* (1490-1494), fueron los que dieron esta palma de honor á la hermosa ciudad de Navarra, al publicar la *Historia de la linda Melasina* de Juan de Arras, y *El Peregrinaje de la vida humana* de Fr. Vicentio Mazuolo ó Fr. Vicente de Burgos. Otro incunable existe de Santiago de Galicia, el *Breviario Compostelano*, de 1497; mas para imprimirlo consta que fué llamado de Lisboa el maestro Nicolás de Sajonia.

(1) No todos los escritores del pais vecino cometen esta injusticia. EDMOND WERDET: *Histoire du livre en France*, cuarta parte, pág 131, escribe: «Cette conformité de nom avec la capitale du Languedoc avait fait supposer aux savants que c'était de ses presses qu'étaient sortis quelques ouvrages imprimés au XV^e siècle, portant la date de Tolosa; mais un examen plus attentif et plus approfondi nous a malheureusement convaincu que c'est à Tolosa, ville d'Espagne, et non à Tolosa, de France, que ces éditions appartiennent.»

Más interés que los Jorge Costilla (1518), de Murcia, que no fué sino un impresor temporero venido de Valencia, despierta los Hernando de Causoles, natural de la villa de Hamusco, de Mallorca (1540); los Pérez de Valdivielso (1581), de Huesca; los Sansón Arbús, de Perpiñán (1585), y los Arnau Gawick de Gerona (1588); los que dan á la introducción ó patrocinio del invento otra más elevada significación. A veces la producción de uno de estos objetos bibliográficos de las imprentas excéntricas son resultado de la mera casualidad; pero cuando una clase ó una institución social lo hace objeto de su predilección, entonces el hecho afecta otras indiscutibles consecuencias.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

(Se concluirá)

CRÓNICA LITERARIA

El problema religioso en la novela.—*Torquemada y San Pedro*.—*Nazarín*, por D. B. Pérez Galdós.

En sus dos últimas novelas (*Torquemada y San Pedro* y *Nazarín*) toca el Sr. Pérez Galdós una cuestión que, por ocupar mucho al pensamiento contemporáneo, tiene carácter de actualidad, aunque realmente es de todas las épocas.

Me refiero, como comprenderán sin esfuerzo cuantos hayan leído aquellas obras, al problema religioso, y dicho queda con enunciarlo que se trata de un problema muy viejo y siempre nuevo. Casi es innecesario decir que el novelista no se ha propuesto (creo yo que no ha debido de proponérselo) filosofar sobre esta cuestión, ni hacer obra de propaganda ó de disputa, sino presentar uno de sus aspectos estéticos y *novelables*, aprovechando la flexibilidad de un género que, como finge la vida de los hombres y representa sus escenas, puede representar y fingir todos los dramas exteriores é interiores.

De puro improbable era imposible que no pasara á las páginas de la novela ese movimiento de restauración del espíritu religioso, que parecía tan desmayado no ha mucho y que hoy resurge lozanamente en este final de siglo que nos parece

tan extraño y confuso, y es, sin embargo, tan parecido á otros momentos de la historia.

Hecho tan importante y tan propio para estimular la fantasía y para atraer á los espíritus cultos y curiosos no podía pasar inadvertido por la novela moderna, que como todos los géneros, y en mayor proporción que otros, ha experimentado la influencia del ambiente periodístico en que vivimos y persigue la actualidad para dar frescura y vida á sus creaciones.

Es lógica esta tendencia de la novela. Como su abuela de remotas épocas, la epopeya, pintaba civilizaciones que pasaron, refleja ella los aspectos y fases diferentes de nuestra civilización, buscando por el camino del análisis, que corresponde á la creciente complejidad de la vida, la reconstrucción artística que buscaron los épicos por el sendero de la síntesis. Y no lo hace sólo cuando representa dramas colectivos y la acción social se sobrepone en sus páginas á la acción individual. Lo hace también en la representación de los dramas individuales. Al cabo, las ideas, los sentimientos, las aspiraciones, las dudas y las preocupaciones de una sociedad no son entes que floten en el aire separadas de las personas de carne y hueso. Tienen realidad en los individuos; son hechos concretos elaborados en las almas, aunque para el pensamiento que generaliza tomen figura de abstracciones. De ahí que para conseguir el efecto máximo de ilusión de la realidad que le es dable alcanzar, deba la novela presentar á sus personajes, no como entidades simples, reducidas á la personificación del sentimiento ó de la idea que trata de hacer resaltar el novelista, sino con toda la complejidad que en la vida ofrece cada individuo, con todo el cúmulo de circunstancias, de tendencias, de ideas almacenadas, de hábitos connaturalizados, que presenta el sujeto más vulgar. Y no ha de pintarlos aislados, sino en relación con su medio propio, en contacto y correspondencia con esa atmósfera social que forman los individuos y que de rechazo los forma á ellos.

De todos los fenómenos que hoy presenta esa atmósfera so-

cial, ninguno tan interesante, al menos desde el punto de vista intelectual, como el neomisticismo, el renacimiento religioso, ó como quiera llamársele, que ha hecho comparar á Max Nordau la época presente con la del neoplatonismo alejandrino. En España no lo vemos ni lo sentimos con la misma intensidad que fuera. Por ser tan hondas las raíces de nuestras tradiciones religiosas y quizá también por la tendencia idealista de la raza, la crisis materialista sólo ejerció entre nosotros influencia muy débil y pasajera. Las negaciones ateas no encontraron atmósfera propicia ni en los días en que más pujantes se mostraban todos los radicalismos y más favorables les eran las circunstancias exteriores. La reacción ha tenido que ser menor naturalmente.

Por eso, apenas llega hoy á nosotros más que un eco de ese clamoroso llamamiento al ideal en que se confunden tantas veces y al que se invoca con tantos nombres. Para unos es Buda, para otros algún antiguo Eon del gnosticismo, ó el Gran Todo de las filosofías panteístas; quiénes vuelven los ojos hacia el Redentor divino del Calvario; quiénes se forjan un Cristo nuevo á la medida de su gusto; quiénes invocan al ángel de las tinieblas y le rinden culto como en los sábados medioevales. Y todos estos elementos heterogéneos, forman un abigarrado conjunto, en que hay cosas sublimes y cosas grotescas y monstruosas, sacrilegios y adoraciones fervientes, encíclicas del Papa y aspiraciones de unión de todas las Iglesias cristianas, congresos de las religiones, ritos mágicos, misas negras, lucubraciones teosóficas, encantamientos y ejércitos de salvación, de todo lo cual, con ser entre sí tan desproporcionado y de calidad tan diferente, brota, sin embargo, la misma desesperada imploración al misterio del mundo y de la vida, la misma anhelosa súplica de esperanzas y consuelos, la misma fe en un *más allá* de la muerte, y el mismo deseo de que ese *más allá* exista realmente.

*
* *

Volviendo á las dos novelas del Sr. Pérez Galdós, fácil es advertir que el problema religioso se plantea bajo diverso aspecto y en términos de muy diferente magnitud en cada una de ellas. En *Torquemada y San Pedro* no se debe buscar la pintura de místicas sublimidades. Estarían reñidas con el carácter del personaje, tan magistral y vigorosamente retratado por el novelista. La cuestión se presenta allí en su forma vulgar, llana y corriente, que está á muchas, muchas leguas de distancia de aquel fervor que hace exclamar al alma abrasada de amor divino:

«Aunque no hubiera cielo te adorara
y aunque no hubiera infierno te temiera.»

Por el contrario, del cielo y del infierno se trata; de la perspectiva de una vida de ultratumba para la cual conviene prevenirse á fin de evitar los tormentos eternos de los réprobos y ganar la felicidad de los bienaventurados.

Claro que es este un grado inferior del sentimiento religioso, demasiado utilitario para que pueda satisfacer á las almas selectas que tienen alas para elevarse á los arrobamientos místicos, á las más puras finezas del amor á Dios. Pero en cambio es la forma más general de concebir y de practicar la religión. La mayoría de los creyentes y aun muchos escépticos, en ciertas crisis psicológicas que dan al traste con su escepticismo normal, lo que más claramente ven en el misterio de la Potencia que gobierna al mundo es el premio y el castigo, y los sentimientos que principalmente les mueven son el temor y la esperanza. Así, al cabo de tantas y tantas evoluciones de la concepción religiosa, de tan dilatada sucesión de dioses y tan larga serie de teologías, subsisten en el alma del hombre contemporáneo los motivos y las razones que hicieron religioso á su antepasado primitivo de los tiempos anteriores á la historia.

Por este lado *Torquemada y San Pedro* se relaciona estre-

chamente con *Torquemada en la hoguera*, la primera parte de esta tetralogía, si así puede llamarse, no acabando en comedia, sino en drama muy hondo y enigmático. También allí, en aquella gran crisis moral producida por la enfermedad y muerte del hijo idolatrado, experimenta Torquemada un repentino despertar de fe, en su afán de buscar algún asidero, alguna esperanza en tan suprema angustia.

Mas aquel estado de ánimo es transitorio y fugaz. Con el desengaño desaparecen todas las buenas disposiciones del usurero, que vuelve á ser tan duro como antes.

En crisis parecidas le vemos en la parte final de su historia, primero al ocurrir la última enfermedad de Fidela (cuya clarividente adivinación de la muerte ha pintado tan bién el Sr. Galdós), y luego cuando ve próximo su fin, aunque la enérgica voluntad de vivir de hombre tan apegado á lo material y positivo de la existencia, lucha y se resiste hasta el último instante con la aterradora idea de dejar de ser, de abandonar el mundo, que al cabo no es tan malo, para sumergirse en lo desconocido.

Cuando acontecen las últimas aventuras de la vida de Torquemada, le vemos convertido de oscuro prestamista que fué en sus principios, harto bajos y humildes, en hombre importante, senador, marqués, banquero acaudalado, puntal ó aríete de la Hacienda, según se miren las cosas, personaje en fin, poco menos que ilustre ó ilustre por completo. Mas con todo, el bueno de D. Francisco no se encuentra á sus anchas en la dorada jaula y echa de menos su antigua madriguera de los barrios bajos.

El nuevo medio á que ha sido trasplantado, por obra de su matrimonio con Fidela del Aguila, tiene para él mil incomodidades. No acaba de adaptarse á aquel ambiente que es para su tosca naturaleza lo que una estufa de delicadas flores para un pino, ó un traje de etiqueta para un rústico, acostumbrado al suelto vestir de su aldea. Todos los esfuerzos de su cuñada Cruz, para domesticarle, no pasan de la superficie, y basta ras-

car un poco la corteza para descubrir en el Excmo. Sr. Don Francisco Torquemada al usurero de baja estofa (porque usurero, en cierto modo, sigue siéndolo) apodado el *Peor*, un superlativo harto elocuente.

Esa misma Cruz á quien debe Torquemada sus buenos éxitos sociales, y hasta si se quiere el incremento fabuloso de su caudal, es sin embargo su pesadilla, su verdadera *cruz*, su purgatorio. Este aparente contrasentido es muy explicable. Cruz, con su naturaleza patricia, representa aquel mundo, nuevo para él, en que Torquemada se siente extranjero y que no le seduce como á otros advenedizos menos francos ó de fibra menos enérgica. Cruz significa para él la ostentación, los refinamientos del lujo, la servidumbre numerosa, el palacio, los carruajes, las fiestas, todos los placeres y ventajas, y desde otro punto de vista, todas las exigencias de la vida opulenta y señorial que, juzgadas por la tacañería y la rudeza de Torquemada, no son más que estúpido derroche y aparatosa prodigalidad. Además, Cruz es una superioridad que se le impone, que le obliga á trocar sus hábitos por otros que le son ajenos, que le fuerza á representar en la comedia social un papel que no siente, y esto no puede menos de provocar un movimiento de rebeldía en carácter tan entero como el del protagonista de la novela.

Cruz es también quien acomete la ardua empresa de la salvación de aquella alma, un tanto tenebrosa, obra, en la cual tiene por auxiliar á un misionero muy simpático: el P. Gamborena—*San Pedro* para Torquemada, por parecerse á cierta imagen del Apóstol.—En boca de este excelente varón pone el Sr. Galdós una crítica muy exacta de la religiosidad superficial de las clases elevadas, que toman á Dios por una especie de rey constitucional, que recibe grandes honores, mas no gobierna efectivamente las almas, y que admiten la devoción como un *sport* espiritual, tan distinguido y elegante como los físicos. Se comprende que el alma profundamente religiosa del misionero encuentre muy pequeña y muy frívola esa religiosidad, re-

ducida casi á prácticas exteriores y fundada en el respeto á las conveniencias. Mas también se advierte que el buen Gambo-rena conseguirá más conversiones evangelizando salvajes que hablando con tan franca sencillez á las gentes de buen tono, poco acostumbradas á que las traten con tal desembarazo, pues por las miserias y pecados humanos, hasta en el terreno esencialmente igualitario de la religión, hay á veces clases y categorías. Esto no impide (y hay en ello cierta ironía del destino) que hombre tan serio y tan sincero, de fe tan sólida y robusta, *esté de moda*. Las señoras se le disputan (en el buen sentido de la frase). Quizá la severa franqueza del misionero es para ellas como un manjar desconocido que excita su paladar moral hastiado de empalagosas y perpetuas adulaciones. Quizá comprenden, con el fino instinto de la mujer, que aquel hombre que no distingue de altos ni bajos entre los pecadores á quienes se dirige, es la verdadera representación del magisterio sacerdotal.

Pero con Torquemada no es fácil la misión del P. Gambo-rena. No es aquella alma fortaleza que fácilmente se rinda. La lucha es dura y porfiada, y el resultado queda indeciso. La última palabra que pronuncia en su lecho de muerte el homónimo del inquisidor famoso: *conversión*, lo mismo puede referirse á la de su alma, que á la de los valores públicos, que traía muy preocupado al enfermo.

Si predominase ahora aquella teoría ética que quería que en las obras literarias quedaran la virtud triunfante y el vicio castigado, podría creerse que el Sr. Galdós no se había atrevido á abrir las puertas de la gloria á Torquemada, por temor de que pareciese excesivo y aun injusto que una persona de un sentido moral tan incompleto, después de haber triunfado en la vida, triunfara también en el negocio de la salvación (como él lo llama), mientras algunos de los que padecieron bajo su poder de usurero irían seguramente al infierno, empujados por la desesperación y la mala fortuna.

Pero es muy probable que nada de esto haya determinado

al autor á elegir tal desenlace. Resulta lógico que al llegar la acción de la novela á las puertas de lo desconocido, dejando al personaje principal sumergirse en las sombras del misterio, ocupe una incógnita la última página. Y tal vez haya en ello hasta una coquetería de artista, encaminada á sostener el interés y la curiosidad del lector hasta después de leída la hoja postrera del libro.

El drama interior que se desarrolla en el alma de Torquemada está muy bien descrito. Hay allí una observación psicológica muy perspicaz y muy honda. Aquel fuerte apego á la vida y á las cosas temporales, aquella idea de ganar el cielo como se asegura en el mundo una renta vitalicia por medio del *do ut des* de los contratos, son rasgos muy propios del espíritu positivo de Torquemada, que no le libra, sin embargo, de un vago temor al infierno.

El ciclo ó serie de las novelas de Torquemada se cierra perfectamente con ésta, en que el carácter inicial del personaje, que se define tan claramente en la primera, y se muestra un tanto debilitado en las dos siguientes, reaparece con todo su vigor y relieve. La parte descriptiva de la obra tiene esa fuerza de representación que da tanta vida á las novelas de Sr. Pérez Galdós, y que es de lo más difícil de conseguir, porque requiere el consorcio de los dos grandes requisitos del artista: la facultad de observación, ó mejor, la visión de la realidad, y la de expresión, la fuerza plástica, creadora, de la fantasía. Especialmente aquel despertar del palacio de Gravelinas, con que comienza la novela, y aquella comida de Torquemada en la taberna de Vallejo, son dos cuadros realistas, de maestro.

*
* *

De *Torquemada y San Pedro á Nazarín* la transición es violenta. Hay más distancia de la que parece entre estas dos

novelas, que, á no saberlo, no se creerían escritas por el mismo autor, una á continuación de otra, con intervalo de pocos meses. El problema es el mismo, pero ¡es tan diverso su desarrollo dramático! En la primera de estas obras vemos el aspecto vulgar de la cuestión religiosa: la recompensa ó el castigo individual en la vida futura; en la segunda pasamos á la región de los espíritus elegidos, de los que podrían llamarse, usando la frase de Schopenhauer, los *vencedores del mundo*; el problema se agranda y se transforma. Le han tocado con su varita mágica las dos grandes hadas de todos los tiempos, el ideal y el amor, que aquí se presenta en su forma más pura y desinteresada: la caridad.

Escrito hace veinte años, tendría *Torquemada y San Pedro* la misma actualidad que ahora. Pero *Nazarín* refleja esa novísima inquietud de los espíritus, ese curioso retorno al misticismo, que pone una melancolía más en el ocaso de nuestro siglo, y le convierte en la antítesis del final de la centuria anterior.

Esta facilidad con que percibe y expresa el señor Galdós aspectos tan diversos de una cuestión que tanto apasiona los ánimos—como suele ocurrir con todo aquello en que el sentimiento prevalece—da la medida de la flexibilidad de su talento y hace resaltar esa hermosa independencia del arte, que no pregunta á la belleza cómo se llama ni de dónde viene, y la toma allí donde la halla, sin exigirla más que lo que ella puede y debe dar: la emoción estética.

—*Nazarín* es una de las obras más originales del Sr. Pérez Galdós y de las mejor concebidas y ejecutadas. Sobre todo, es de admirar en ella el arte con que están fundidos el elemento real de los personajes y del medio y la significación ideal y simbólica de aquéllos, de tal suerte, que parecen á la vez símbolos y hombres, símbolos por la significación general que descubre en ellos el pensamiento, hombres por el colorido realista con que aparecen sus figuras ante el lector. Por este lado *Nazarín* tiene un gran antecedente en nuestra literatura: nada

menos que el *Quijote*, en que tan admirablemente se combinan la idealidad del personaje y la realidad constante de la acción. Y no se reducen á esto las semejanzas entre la última novela del Sr. Galdós y la obra maestra de Cervantes. Como ha observado un escritor muy ingenioso y de excelente gusto, *Nazarín* recuerda con frecuencia el *Quijote*, sin que esto perjudique á su originalidad. Podría decirse que *Nazarín* es el Don Quijote del misticismo, nada ridículo, como no lo es el hidalgo manchego, en quien residen todas las virtudes del tipo ideal del caballero andante, á pesar de su mala fortuna, pero que, como aquél, no se amolda á la sociedad en que vive; es de otra época, lleva en sí la idea de otro mundo y obra con arreglo á ella. *Nazarín* es un personaje del siglo XIII, nacido con seis siglos de retraso, como Don Quijote es un personaje de la edad épica de la Caballería, que llegó á la vida cuando ya se había acabado aquello.

Otro mérito grande tiene esta novela del Sr. Pérez Galdós: no es ni una apología ni una sátira; se respira en ella ese ambiente de imparcialidad relativa, propio de las más elevadas y serenas regiones del arte, donde reina con tal imperio la belleza que, como el Jehovah de los judíos, no consiente que se adore á otros ídolos. La pasión por una causa puede inspirar y ha inspirado hermosas obras de arte, pero éste despliega más libremente sus recursos cuando no tiene que atender á otros fines que los puramente estéticos.

La primera parte de la novela está consagrada á la presentación del personaje en torno al cual ha de girar la acción. Allá en una casa de vecindad de los barrios bajos, muy bien descrita en su parte arquitectónica, en sus moradores, en todo lo que constituye el fondo del cuadro, es donde aparece *Nazarín*, y desde las primeras páginas del libro queda retratado de cuerpo entero.

La conversación que sostiene con el *reporter* y el acompañante de éste, viene á ser para la novela lo que el prólogo, recitado antes de comenzar la acción, era en las comedias del

teatro clásico. En las palabras de Nazarín se muestra el misticismo con su tradicional desprecio del saber humano, de la estéril indagación de los secretos de un mundo pasajero de sombras y apariencias: al oír lo que dice de la futura desaparición de las bibliotecas, de los libros utilizados para abono de los campos, viene á las mientes aquella reacción contra la ciencia que en sus dramas y diálogos filosóficos anunció Renán, impresionado en aquella sazón por los sucesos de la *Commune*, que le hacían temerlo todo de la democracia. Si en algo acertó, como lo prueban las declamaciones sobre la *bancarrota de la ciencia*, basadas en la hipótesis anticientífica de que el saber debería dar la felicidad, no pudo adivinar que en esta cruzada se adelantaría al espíritu plebeyo y positivo de Caliban, al socialismo, otra tendencia diferente, la tendencia mística, con la cual no contó Renán, quizá por creer que el misticismo estaba muerto y era su resurrección imposible.

A este desdén hacia la ciencia, tan explicable en Nazarín, acompaña otra convicción no menos explicable, la de la decadencia de los actuales tiempos. La disposición de espíritu que supone el misticismo no es la más propia para apreciar lo que hay de bueno en una época de grandes progresos materiales, de más sentido crítico que fe y más inclinada á la justicia que á la caridad. Y aparte de esto, los místicos, por lo mismo que desdeñan la ciencia y la realidad misma, no se preocupan gran cosa con la historia, la estadística, ni los demás documentos que ayudan á conocer lo pasado. Se contentan con verlo con los ojos de la imaginación, que tan fácilmente embellecen cualquier objeto. Nazarín, por ejemplo, dice que en el día hay más pobres, olvidando aquellas hambres de otros tiempos, desconocidas al presente, al menos en la proporción y con la frecuencia con que se presentaban entonces, diezmando las poblaciones de provincias y reinos enteros.

La crítica que hace de Nazarín y sus ideas el *reporter*, así como las objeciones que presenta después al singular apóstol el alcalde del pueblo en que aquel es preso, aunque exageradas

por el novelista, que las da un tinte casi grotesco, y que al exponerlas hace visiblemente de abogado del diablo, tienen un fondo muy racional y sensato. Sublime es el misticismo como ideal de un espíritu superior que se ha emancipado de la esclavitud del mundo, pero extendido á una sociedad como ideal colectivo, sería disolvente y acabaría por arruinarla. La vida es una lucha en que no es posible cruzarse de brazos para esperar todo de la bondad divina, que alimenta á los pajarillos de los campos y viste con espléndidas túnicas á los lirios. Protegida por el esfuerzo de los que pelean, puede una corta aristocracia de espíritus selectos consagrarse á la vida contemplativa, pero si todos los combatientes arrojaran las armas, la sociedad perecería por hambre ó á mano de enemigos exteriores. Sería éste un medio tan eficaz para acabar con los dolores del mundo y con el mundo mismo, como la abstención genésica que proponía Schopenhauer, aunque él, comprendiendo, sin duda, que no había sonado la hora de la negación de la voluntad de vivir, no se cuidara de seguir el consejo.

Pero la mejor crítica de la conducta de Nazarín está en el resultado de sus actos. Los contratiempos que le ocurren son consecuencias naturales de sus virtudes heroicas y sublimes, pero poco discretas.

Pierde primero su reputación de sacerdote, albergando en su propia habitación á una prostituta de la más baja ralea, á quien persigue la justicia por lesiones graves á otra moza del partido; después, cuando ve su fama gravemente comprometida, lejos de justificarse ante sus superiores, abandona los hábitos sacerdotales; y se va en traje de mendigo á practicar la caridad y á vivir de ella.

Al fin de la jornada, cuando vuelve conducido por tránsitos por la guardia civil, ha dado pobres frutos su doctrina de salvar al mundo con el ejemplo (que, á más de ser una doctrina moral, es una doctrina científica, basada en el poder sugestivo, en el contagio de los actos, más poderoso que todas las propagandas de la palabra). Ha convertido á dos perdidas

y á un facineroso, ha impresionado á una pareja de la guardia civil, ha consolado algunas miserias materiales; pero en cambio ha sido motivo de escándalo entre sus compañeros, ha roto el vínculo de la obediencia á sus superiores, habrá inspirado seguramente algunas *Flores místicas* al *Motín*, ha pasado por clérigo amancebado, por encubridor y cómplice de delitos. Quiénes le juzgan hereje, quiénes adorador sacrílego de Satanás. Si se hiciera un balance de los bienes y los males producidos por su conducta, aplicando el criterio de la aritmética moral de Bentham, difícilmente le sería favorable.

Todo esto forma en la novela una serie de interesantes episodios, admirablemente pintados. La salida de Nazarín, seguido de Ándara, la ramera convertida, recuerda las novelas picarescas y hasta tiene algo de ellas, por cuanto se ve aquí la tendencia vagabunda y la afición á aventuras de una raza soñadora y holgazana como la nuestra, tan capaz de las más épicas hazañas como falta de la perseverancia y la paciente laboriosidad á que deben otros pueblos su grandeza.

En Beatriz y Ándara, las dos discípulas de Nazarín, parecen reflejarse las dos opuestas tendencias religiosas: la tendencia tolerante y sufrida que producen los mártires, y la tendencia batalladora que quiere imponer el bien por la fuerza y que produce los perseguidores. El episodio evangélico de la oreja de Malco se reproduce en la escena en que Ándara acomete briosamente á uno de los que vienen á prender al adorado Maestro.

El final de la novela es vago y nebuloso. Nazarín, gravemente enfermo, tiene una visión divina; ve á Jesucristo que aprueba su conducta y le da esperanzas y consuelos. ¿Muere el calumniado apóstol? ¿Sana de su dolencia? Este punto queda en duda, pero no es improbable que volvamos á hallar á Nazarín en otro libro; tal vez lo encontremos caminando por senderos más extraviados que los que recorre en esta primera etapa. A pesar del cuidado que pone el novelista en consignar la ortodoxia de su personaje, es éste un hereje inconsciente, ó

está en camino de serlo. Las religiones empiezan siendo una fuerza revolucionaria, pero acaban por ser una fuerza conservadora cuando la sociedad se adapta á ellas y ellas á su vez se adaptan á la sociedad. Con el tiempo crece la organización y disciplina de las iglesias, y las iniciativas individuales de reforma, que eran al principio útiles y laudables, se vuelven inoportunas y peligrosas. Por esto la insistente pregunta que hacen á Nazarín varios otros personajes de la novela, sobre si permanece en la comunión de la Iglesia católica ó es hereje, es uno de los rasgos más filosóficos de este libro, cuyo asunto se presta á nuevos desenvolvimientos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL

El porvenir de la raza blanca.



LA ciencia contemporánea se preocupa cada vez más de nuestro porvenir, y parece que las *profecías* se han elevado á la altura de un nuevo método. Hasta dícesenos que á menudo es el mejor medio de verter alguna luz sobre los problemas del día. Sea como fuere, es prodigioso el número de las obras que tratan de lo que jamás veremos. Las mismas ciencias exactas han hecho también algunas tentativas de esto; en la antropología y en la sociología es incontable su número.

La obra clásica de Pearson, *National Life and Character* (Londres, 1893), ha engendrado toda una literatura especial. ¿Cuál será el porvenir de la raza blanca? ¿Concluirá por desaparecer por completo, ó la absorberán las razas amarilla y negra? He aquí un problema que, planteado y resuelto de una manera negativa por el autor inglés, ha tenido el don de conmover á todos los corazones tiernos y á todas las inteligencias previsoras del universo. Alfredo Fouillée lo plantea á su vez en la *Revue des Deux Mondes* (1.º de Julio), donde, después de analizar las conquistas hechas en el campo de lo futuro por los autores pesimistas, como los Sres. Pearson, Le Bon, Barbé, etc., se esfuerza en decirnos á su vez que tenemos derecho á permanecer tranquilos y no preocuparnos de-

masiado de lo que nos espera. En resumen, dice el Sr. Fouillée que nada se hará sin nosotros, y que nuestra suerte futura dependerá exclusivamente de nuestra inteligencia y de nuestra ciencia, de nuestra voluntad y de nuestra moralidad. Veamos en qué se funda este optimismo del Sr. Fouillée.

Fúndase, ante todo, el autor en el carácter de las razas humanas. Verdad es que siempre está pendiente la cuestión de los orígenes físicos de la humanidad, así como de sus diversas razas. Eso no impide de ningún modo que pueda aceptarse la *unidad* de la especie humana. Los antropólogos hacen mal en no querer admitir ninguna esencial diferencia cuando se trata de contraponer el hombre al animal, y en buscar sólo oposiciones cuando se trata de probar la unidad de las razas humanas. Por más abismos que se quieran abrir entre el negro y el blanco, para los moralistas y los psicólogos nunca existirá sino una sola especie de alma humana. Y al remontarse muy atrás en la historia, se ve á todas las razas unidas en las mismas ocupaciones, en el uso de los mismos instrumentos, en las mismas costumbres, en las mismas creencias y hasta en los mismos ritos funerarios. La psicología de las razas puede reconstituir, pues, el *carácter fundamental* de las razas humanas, carácter común de todas ellas. Para el señor Fouillée, sus rasgos esenciales consisten en cráneo deprimido por delante, arcos superciliares prominentes, mandíbulas salientes, aspecto bestial, piernas cortas y sin pantorrillas, como las de los monos; por único lenguaje ademanes y muecas, aullidos, gritos é interjecciones espontáneas ó voluntarias. Ciertos monos se parecen á los hombres más inferiores, pero la reflexión y la palabra son dos propiedades capitales que sólo al hombre pertenecen. Estas dos aptitudes no se han desarrollado sino con el tiempo. Así, el lenguaje articulado no lo hemos adquirido sino con el tiempo. Al principio debió de limitarse el hombre, como el niño mismo, á emitir sonidos al acaso ó canturias, así como gritos é interjecciones. Los bosquimanos, cuya lengua es de las más rudimentarias, no llegan á

comprenderse entre sí á oscuras. El accionar es casi siempre necesario á los salvajes, como complemento de la palabra.

Para formarse idea de lo que era el hombre prehistórico, basta observar á un niño ó á un salvaje: no son más que unos sensitivos é impulsivos. El salvaje, cuando no tiene algún gran interés en contenerse, ríe, llora, gesticula, se agita con todos sus miembros. Es imitador por naturaleza, como el mono y el niño: los australianos, los fueguinos, muchos negros de Africa reproducen todos los movimientos y ademanes de su interlocutor, conforme habla. Al mismo tiempo, son incapaces de los razonamientos más sencillos para mejorar su situación. Todo lo que es más ó menos abstracto, es inaccesible para ellos. Australianos, bosquimanos, papúes y hotentotes no pueden contar más allá de cinco; otras hordas, más allá de dos ó tres.

Fisiológicamente, el hombre primitivo era más bien frugívoro que carnívoro; así, pues, hay que admitir con Darwin que era de carácter dulce; y ciertas costumbres de los salvajes, que nos parecen abominables, son consecuencia de sentimientos que no siempre son odiosos. Cómense á su anciano padre, pero es para darle una sepultura digna de él, como dicen los capanagos; se comen á un amigo muerto, pero es «para asimilarse sus buenas cualidades».

Como lo ha probado el Sr. Letourneau en su *Evolución religiosa*, la unidad primordial del espíritu humano en las diversas razas manifiéstase en las mitologías y costumbres religiosas. En el fondo hay siempre lo mismo: animación universal, creencia en los espíritus ocultos en el cuerpo de los animales, de los hombres y de los seres inanimados, culto de los muertos; esto se encuentra en todas las razas humanas.

Esta unidad de la especie humana sólo va diferenciándose por la selección y por la herencia. Los cerebros, por una parte, han adquirido cierto número de caracteres fijos que se aportan con el nacimiento; por otra parte, el cerebro se va perfeccionando cada vez más después de haber nacido. Si se considera el conjunto de una raza que ha llegado á ser supe-

rior, se encuentran en él cerebros capaces de grandes oscilaciones con relación al promedio general; es decir, que la fecundidad en talentos y en genios es mayor en ella. Según el señor Le Bon y otros antropólogos, por cada 1.000 europeos tomados al azar, habrá 995 que intelectualmente no serán superiores al mismo número de indios tomados también al acaso; pero lo que se encontrará entre los 1.000 europeos será uno ó varios hombres dotados de aptitudes excepcionales. Las diferencias existentes entre las razas superiores y las razas á medio civilizar no siempre consisten, pues, en que el promedio intelectual de la masa sea desigual en ambas razas, sino en que la raza inferior no contiene individuos capaces de subir más arriba de cierto nivel.

He aquí de qué manera se ha desarrollado poco á poco esta diferenciación de las razas y de los pueblos.

«De ello han resultado razas cada vez más intelectuales, de donde han desaparecido una multitud de instintos y de habilidades inferiores, como la agudeza de los sentidos y las astucias casi animales de los salvajes; al paso que aumentaba en el promedio y en los hombres superiores el poder de elevarse hasta las cimas de la ciencia, del arte, de la moral. Así, sean ó no sean hijas de Adán y Eva, claro es que en la gran familia humana se han ido poco á poco diferenciando familias secundarias.

»En la raza negra, la selección á través de largos siglos se ha ejercitado en favor de los más fuertes, de los más capaces de alimentarse bien y de los más aptos para sobreponerse á los otros, ya por el valor, ya por la violencia y la ferocidad. En la raza blanca, la selección ha concluido por ejercitarse desde muchos puntos de vista y en diferentes sentidos; era imposible que estas dos evoluciones llegasen á las mismas formas cerebrales y mentales. Sean ó no procedentes los negros de un mismo tronco humano, las herencias acumuladas han hecho de ellos una raza actualmente inferior. Al paso que el indo-europeo tiene por término medio un cerebro de 1.534 gra-

mos, el negro de Africa lo tiene de 1.371, y el australiano de 1.228. En el negro, la masa cerebral se agrupa sobre todo hacia el occipucio; en el blanco, hacia los lóbulos frontales, «esa flor del cerebro» como decía Gratiolet. El negro tiene salidos hacia adelante las mandíbulas y los dientes (prognatismo); y si el aparato masticatorio está muy desarrollado en él, en cambio la suspensión del desarrollo cerebral produce un ángulo facial más pequeño. En el negro, según Gratiolet, las suturas craneales de la frente y de los lados se sueldan antes, lo cual trae consigo una suspensión del desarrollo; en el blanco acontece á la inversa.

»Los rasgos dominantes del carácter negro, según Speke, Baker, etc., son la sensualidad, la tendencia á la imitación servil, la falta de iniciativa, el horror á la soledad, la poca fijeza, la desordenada afición al canto y al baile, la invencible tendencia al relumbrón y á los adornos personales.

»La raza negra no ha producido nunca ningún monumento de arte ó de literatura, y ha seguido siendo rudimentario el estado de sus conocimientos.

»La raza amarilla es superior á la raza negra. La sub-raza china, principalmente, tiene la industria pacienzuda, la tenacidad, aplicada sobre todo á las cosas pequeñas, la sobriedad, la constancia para el trabajo... Desde el punto de vista de la inteligencia, alguna cosa debe de faltarle á la raza amarilla. En efecto, en más de una ocasión han hecho por casualidad los chinos grandes descubrimientos (la prensa de imprimir, la pólvora, la brújula), pero no han podido acabar nada... Siempre se queda su ingenio á mitad del camino. No son para ellos las grandes síntesis; el detalle los absorbe. Pueden tener tanto y más mérito moral que los otros, según la buena voluntad que aporten al trabajo, pero, en general, no tienen los mismos talentos.

»Cuando en Africa se ve á un enorme camello arrodillarse á la voz de un niño pequeño, no es por efecto de la domesticación inmediata de un animal salvaje: este acto expresa, como

con mucha razón se ha dicho, la suma de todos los esfuerzos hechos desde tiempo inmemorial para domesticar á la especie. De igual modo, cuando un hombre desciende de una familia de raza inferior, desprovista de toda cultura de abolengo, por lo común es imposible elevarlo del primer empuje por encima de cierto nivel. El Sr. Mismar declara que, durante los años que pudo observar de cerca á la misión egipcia, la capacidad de un alumno siempre estaba en íntima relación con la cultura general de sus antepasados y con las facultades que eran privilegio de su raza. El niño de una raza inculta está obligado á aprenderlo todo, mientras que el de una raza civilizada no hace sino *recordar*.»

Las razas inferiores pueden modificarse por la educación y por el cruzamiento. Pero la educación tiene sus límites, y no produce resultados sino después de gran número de generaciones.» En todo caso, después de llegar á cierto nivel, detiéndose el desarrollo del cerebro de las razas inferiores. Llegan á apropiarse fácilmente la instrucción primaria, porque ésta se dirige á facultades aún semisensitivas ó medio imaginativas, á una intuición próxima al instinto; pues, bien; estas facultades representan la herencia común de todas las razas humanas. Por el contrario, el exceso exige cerebros trabajados ya por los siglos, y resulta de la selección social en favor de las cabezas mejor dotadas. Pasemos al cruzamiento.

Los efectos de la mezcla de razas, difíciles de apreciar en los individuos, hácese visibles en los pueblos. Si se mezcla con oro un poco de cobre y de estaño, el oro adquiere cualidades de resistencia que le faltan. Lo mismo acontece con la mezcla de las razas. Los resultados de ella son más ó menos brillantes, á condición de que no se mezclen razas muy opuestas. Darwin ha demostrado que los cruzamientos harto diferentes vencen la ley de regresión, la ley de retroceso, hasta el punto de sacar á la superficie los rasgos inferiores, desaparecidos con frecuencia desde remotas generaciones. Si se unen un bosquimán y una europea, en lugar de existir entre diversos indivi-

duos la lucha de los elementos antagonistas, se transportará al seno de un solo y mismo individuo. Al mal resultado producido por el cruzamiento de razas desarrolladas con excesiva desigualdad, atribuye el Sr. Le Bon lo turbulento de las repúblicas hispano-americanas y la frecuencia de sus revoluciones. La brusca mezcla de los romanos con los bárbaros fué, según el mismo autor, una de las causas de la decadencia romana.

«En resumen, dice el Sr. Fouillée: hay límites que las razas inferiores no pueden pasar deprisa, ya por educación, ó ya por cruzamiento, para reunirse *á tiempo* con las razas superiores.»

Tal es el pasado y el presente de las razas. ¿Cuál será su porvenir?

Unos dicen que los blancos llegarán á dominar al mundo; que ellos son quienes tienden á propagarse á expensas de los amarillos y de los negros.

Sin duda, responden los pesimistas: las razas inferiores desaparecen ante los blancos, pero este fenómeno sólo en los climas templados se produce; en los climas tropicales, las cosas pasan de otro modo. Empobrécese en ellos la sangre de los blancos, se gastan sus nervios, y llega á ser imposible su aclimatación allí.

Un viajero americano veía recientemente en la faena á los emigrados alemanes establecidos en el Brasil. «Después de una experiencia de dos años, dice, encontráis al colono alemán sentado á la sombra de una higuera plantada por su predecesor portugués. Para hacer sus labores, ha alquilado un negro. Volved pocos años después: por lo común, sólo queda el negro; el colono alemán ha muerto de fiebre, ó se ha vuelto á su patria.» Según otro viajero, á lo largo del Amazonas, las familias de raza blanca pura comienzan generalmente á desaparecer hacia la tercera generación: entonces les ataca el escrofulismo, y el mal no tiene remedio. En Guatemala, apenas queda sangre española; en México, los europeos no son más que un puñado, si se comparan con la cifra de la pobla-

ción. Los límites de las razas, que se creían movibles indefinidamente, son, pues, inmutables y se confunden con los límites mismos de las zonas terrestres.

Por eso, según el Sr. Pearson, son restringidísimos los territorios abiertos en lo futuro á la emigración europea. ¿Qué queda habitable para la raza blanca? Un poco de sitio en la América del Norte, en la Argentina, en el Asia central, en algunas islas de la Oceanía, en las costas del Mediterráneo y al norte del Cabo. Es probable que los chinos invadan la Malasia: en la mayoría de las grandes ciudades forman ya la mitad de la población. Probablemente se nos adelantarán en el Asia central. Sólo en China son ya 400 millones; poco después de mediados del siglo próximo, serán 800 millones. ¿Cómo contener esa marea ascendente de las razas de color, que amenaza tragarse á los «islotos blancos»? El movimiento que hay en Asia, existe también en Africa. Una población negra se duplica en cuarenta años. ¿Podremos resistir nosotros á lo que con exactitud se ha llamado «la imbecil fuerza del número»? En 1842, Inglaterra apoderóse de Natal, donde sólo había cinco negros por milla cuadrada. Atraídos por el clima, acuden allí los europeos; pero acuden también los negros (sin contar los chinos y los indios), gracias á la seguridad que les ofrecía el gobierno de los blancos. Hoy, por un blanco, ha trece hombres de color. Antes de cincuenta años, los europeos habrán quedado absorbidos en la masa.

Añadamos á esto la influencia de las leyes económicas. Los indios, en número de 300 millones, están en vías de convertirse en una sociedad industrial que llegará á ser un centro de exportación. Los 400 millones de chinos están en camino de hacerse también grandes productores; se aprovechan igualmente de las lecciones que les hemos dado. Algún día llegará la China á tener combustible barato, y acabóse nuestra industria. Y eso será tanto más fácil, cuanto que el ferrocarril transiberiano reducirá el viaje á Shangai desde cuarenta y cinco días, que dura en la actualidad, á diez y ocho. Seremos recha-

zados atrás, bloqueados, sitiados en nuestro viejo continente, y nos asfixiaremos en él.

¿Pero sabrán reemplazarnos los chinos? ¿Llegarán nunca á esta elevación intelectual, á este sentido del ideal, que jamás tuvieron en el curso de su larga historia? Eso es lo que todos niegan. Entonces, ¿qué nos amenaza, en resumen? La desaparición ó la disminución de los elementos superiores de la humanidad. El Sr. Pearson hasta llega á decirnos que el papel histórico de Inglaterra consiste en preparar para su *enthanesia*, para su buena muerte, á la raza blanca; organizando, creando y transportando al mundo entero, como lo hace, paz, leyes y orden. De esa manera suministrará á las otras razas todos los elementos de nuestra final absorción en la medianía universal.

El Sr. Fouillée encuentra hartó exagerado este pesimismo, en primer término, porque las localidades cálidas y secas son accesibles por completo á la civilización (Egipto, Babilonia, Asiria). Hay regiones funestas para los hombres de todas las razas; pero, aun allí de donde parece expulsada la vida, ¿quién sabe si algún inesperado descubrimiento microbiológico no llegara á cambiar las condiciones de salubridad? Aparte de eso, una extensión *lenta y progresiva* vence á veces las malas circunstancias del país colonizado. Pero si la ciencia no llegase á darnos medios de aclimatación en los países tropicales, ¿cómo ha de ser! De ahí resultará que los países templados tendrán la flor y nata de la humanidad, al paso que las regiones demasiado cálidas seguirán siendo patrimonio de una humanidad de poco fuste.

Dice el Sr. Fouillée que, desde el punto de vista económico, podremos defendernos contra la invasión de los amarillos levantando una especie de muralla china; eso es lo que ya se ha hecho en América y en Australia.

Además, es de esperar que algún día tengamos la alianza de todas las potencias extranjeras contra las amenazas de los amarillos y de los negros.

Y termina el Sr. Fouillée:

«Podemos cobrar ánimo; porque, si no nos equivocamos, la cuestión de las razas viene á parar en un dilema. O las razas de color se aproximarán, desde el punto de vista psicológico y fisiológico, á la raza blanca lo suficiente para que su mezcla por cruzamientos progresivos produzca un tipo elevado y perfectible; ó, por el contrario, irá ahondándose el abismo entre las razas de color y la raza blanca, como piensan quienes creen en una desigualdad progresiva. Pero, en esta última hipótesis, la raza blanca será cada vez más superior á las otras. Si así sucede, en vano nos amenazarán los amarillos y los negros: la raza blanca hallará en su misma ciencia y en su poder inventivo recursos capaces de contrarrestar la fuerza numérica adquirida por las razas inferiores, y seguirá siendo lo más granado y duradero de la humanidad, invencible y respetado. Siendo el perfeccionamiento de la inteligencia incomparablemente más útil al hombre que cualquiera otra modificación orgánica, el influjo de la selección dirigese cada vez más en ese sentido.

»Pues bien: en ninguna de las profecías pesimistas se tiene en cuenta lo suficiente á la aristocracia intelectual, que hallará siempre nuevos medios para asegurar y mantener su superioridad.»

.....

Vemos que el Sr. Fouillée cuenta en demasía con nuestra inteligencia, nuestras invenciones, nuestra ciencia; al paso que los pesimistas, como Pearson, de ningún modo cuentan con eso. La verdad parece burlarse de las dos corrientes. Todas las frases que condenan como gastada á la raza amarilla no son, en resumen, más que frases. También ella manifiesta un gran progreso, y no se sabe dónde se detendrá. El despertar de un largo sueño es á veces terrible. ¿Cuál será el de la China, el del pueblo indostánico? No hay ciencia capaz de hacer cálculos sobre hechos que no existen aún. Por tanto, sólo nos queda el recurso de divertirnos con el juego de las profecías; juego inocentísimo, en verdad, pero también ¡cuán poco científico!

Las mujeres y el darwinismo.

El movimiento de la emancipación femenina entra en la vía de los estudios y discusiones sociológicos entre los escritores alemanes. A esos estudios se refiere el artículo publicado en la revista *Nord und Süd*, por el Sr. R. Kossmann.

Al indicar las relaciones que hay entre «la cuestión de las mujeres y el darwinismo», el autor no nos enseña nada que no supiésemos ya; pero hay en su trabajo algunas deducciones y consideraciones de bastante interés.

Dice el Sr. Kossmann que el *struggle for life* (la lucha por la vida) tiene por corolario una modificación en la construcción orgánica de los seres; y en las reclamaciones de la mujer, esta verdad suele considerarse hartó á menudo como una cantidad despreciable, olvidándose que la biología tiene algo que declarar en este proceso. El acceso de la mujer á los derechos exclusivamente reconocidos al hombre hasta ahora, su admisibilidad á los oficios y profesiones ejercidos por él, trae consigo de un modo fatal el alteramiento de esa distinción entre los sexos, de ese dimorfismo que es una de las precauciones tomadas por la naturaleza para perpetuar la especie é impedir que degenerare y desaparezca. Si se admite la teoría de Darwin en sus principios, abstracción hecha de todo lo que han podido injertar en ella, no puede negarse que los cambios en la vida política y económica, resultantes de borrarse la línea fronteriza entre el hombre y la mujer, repercutirán en los organismos de uno y otra; y trátase de saber si, cuando los abogados de los derechos de la mujer, lesionada al decir de ellos por las instituciones sociales existentes, reclaman que esos

derechos la sean concedidos *a priori*, no nos llevarán al bastardeamiento y á la destrucción de toda la raza humana.

«A primera vista, dice el Sr. Kossmann, puede parecer imposible que de causas tan poco significativas en apariencia resulte un trastorno verdaderamente sensible de la organización física del ser humano. Pero todo el mundo admitirá, sin embargo, que puede producirse alguna reacción en algún individuo del sexo femenino. En efecto, vemos en todas partes que el ejercicio asiduo de ciertos órganos influye en su tamaño, forma y capacidad para el trabajo. La fatiga los debilita; por el contrario, el uso moderado los fortalece y los hace aptos para el crecimiento. A la inversa, la inacción suspende el desarrollo de muchos órganos. De ahí la consecuencia natural de que los individuos que durante largo tiempo han hecho un trabajo igual ó casi idéntico, se vuelven cada vez más semejantes entre sí en sus particularidades físicas. Por ejemplo: todo el mundo sabe que un observador experto reconoce á menudo con la mayor exactitud la profesión de personas á quienes no conoce ni de vista, nada más que juzgándolas por su aspecto exterior. La mujer no está exenta de esta asimilación del tipo del individuo con su profesión. Hemos advertido (y esto confirma la regla) que cuando la mujer se dedica á trabajos varoniles, adquiere cierta semejanza física con el hombre; semejanza que aumenta, si ya existía antes.»

Claro es que en la primera generación no se acentúa ese parecido; y aun allí donde sería notable, cuando la influencia del género de trabajo sobre el trabajador no puede producir en lo que á la mujer se refiere sino una disminución de la gracia y de la belleza femeninas. Pero si la mujer en estas condiciones no se convierte por fuerza en un marimacho, es indiscutible y está probado por la experiencia que, cuando el trabajo ha dado rudeza á sus miembros y á su rostro, convirtiéndola en un *virago*, los hijos que procrea, lo mismo varones que hembras, tendrán menos finura y delicadeza en las facciones y en todo su exterior. En la segunda generación se alte-

rará el tipo puro, sobre todo en las hijas, que se aproximarán al tipo masculino; y esa masculinización (si así puede decirse), que sólo era adquirida en la madre por influjo del trabajo, se deberá en los hijos á la herencia y se transmitirá del mismo modo; sin contar con que la herencia aumentará con los hábitos personales adquiridos, si las hijas se dedican á trabajos más propios para convertirlas en marimachos que para conservarles los caracteres femeniles.

Adviértase que la debilidad relativa de la mujer la excluirá, por la ley de la concurrencia, de esas profesiones viriles más ventajosas ó lucrativas á las cuales pretende tener acceso, y que en la elección de las mujeres admitidas á los trabajos ó empleos de los hombres se da la preferencia á las que ofrecen á la vez aptitudes intelectuales y superioridad de fuerzas físicas. En las administraciones, dentro de poco, no se limitarán ya á reclamar de una mujer que solicite una plaza la instrucción necesaria para desempeñarla, sino que también se le exigirá que sea bastante robusta para poder producir tantas horas de trabajo útil como un hombre; y no es paradójico afirmar que llegará tiempo en que los diplomas de educación física serán tan útiles y tan indispensables como los simples diplomas de estudios.

Pues bien: una vez que los empleos se den ante todo á las mujeres fuertes, con exclusión de las enclenques, cuando se trate de matrimonio, los partidos más solicitados serán las mujeres de tipo varonil. Aquellas á quienes aparte de los buenos empleos su constitución delicada y más femenina, se quedarán para vestir imágenes. De ese estado de cosas resultarán generaciones en las cuales el tipo femenino puro se eliminará progresivamente, y con tanta más rapidez, cuanto mayores sean los dominios donde la mujer esté en concurrencia de trabajo con el hombre. La ley de selección natural, única que debiera tenerse en cuenta desde el punto de vista biológico y antropológico, se verá influida por la ley económica, como factor decisivo en la unión de los sexos.

Según el Sr. Kossmann, se trata de saber si no hay un peligro para la raza misma en sacrificar la ley de selección natural á la ley de selección económica; en otros términos, si tendiéndose á crear un gran número de marimachos, al admitir á las mujeres á los empleos varoniles, no se echarán abajo las precauciones tomadas por la naturaleza para velar por la especie humana en el combate de la vida.

«Supongamos un individuo cuya organización física posea esa armonía necesaria para conservar su vida: este ser transmitirá á sus descendientes, á menudo con pasmosa fidelidad, las particularidades de su organismo, aunque casi nunca en condiciones tales que aquella armonía quede intacta en absoluto. Como todo el mundo sabe, en la nueva generación se manifestará con mucha frecuencia tal particularidad atenuada, cual aumentada, tal otra quizá sin alterarse casi; pero sólo excepcionalmente en tal ó cual individuo de la nueva generación, seguirán siendo todos los órganos lo mismo que eran los de la madre. Sin embargo, las alteraciones aún serán demasiado insignificantes para poner en peligro la defensa personal del individuo en la *struggle for life*. Los seres poco influidos aún en su organización armónica, procrearán otros que no serán en absoluto semejantes á unos ú otros, ni á la madre, pero que aún conservarán ciertos rasgos distintivos de ésta, ya disminuidos, ya exagerados; y si no hubiese en la naturaleza compensaciones que impidan que se borre esa personalidad del tipo, en la tercera generación produciríase un cambio, en más ó en menos, más notable todavía. De grado en grado descendentes, iría en progresivo aumento lo inarmónico; y muy pronto la mayor parte de los seres procreados estarían tan mal constituidos, que ya no tendrían condiciones para sostener con buen éxito la lucha por la vida.»

En otros términos; para que no perezca la raza, es preciso reaccionar contra los efectos del atavismo y de la variabilidad, por medio de la selección, conservando como salvaguardia el instinto de la compensación, el dimorfismo. En la

naturaleza, varios factores contribuyen á esa reacción. Los principales son: el movimiento, la fecundidad de la especie y la selección de los individuos destinados á procrear.

El movimiento ó el ejercicio físico puede producir en los órganos modificaciones artificiales: un órgano débil se fortifica por la actividad; si tiene exceso de fuerza, la quietud lo reduce al estado normal. Pero las modificaciones artificiales no tienen buen éxito sino dentro de restringidos límites: no se ha encontrado aún el medio de hacer engruesar lo que se quiera á los flacos en demasia, ni el de hacer enflaquecer lo conveniente á los harto obesos; además, no está probado que, una vez obtenidas, esas modificaciones se transmitan por herencia. La fecundidad de la especie es una garantía más eficaz contra su degeneración; cuando un individuo produce muchos descendientes, habrá siempre entre ellos algunos muy parecidos á la madre en la armonía de su organización; los otros perecerán, pero los que resistan bastarán para asegurar la conservación de la raza. El factor más importante en esta defensa de la especie es la elección de los encargados de multiplicarla y continuarla: pues bien; esa elección está sometida á las leyes del instinto compensador, y ese instinto es tanto más energético en su naturaleza cuanto más opuestos son los caracteres de los dos sexos que constituyen la especie.

El instinto de compensación existe en todos los animales. Si en la raza humana no es el único impulso determinante de la selección; si en las complejas condiciones de la vida humana y de las instituciones sociales suele quedar á menudo sacrificado á otras miras que no son los móviles fisiológicos; sin embargo, no conviene negar su importancia siempre que la biología y la antropología se hallen en presencia de los problemas de la economía social ó política.

La naturaleza quiso que la mujer tuviese, por regla general, el cuerpo menos pesado que el hombre, el cerebro más pequeño, los músculos y los huesos menos robustos, el sistema nervioso más impresionable, menor la laringe, más abundante

la cabellera, imberbe el rostro, más fina la mano, más delicado el pie, y la fisonomía más dulce. Esta distinción entre el tipo viril y el tipo femenino, que determina diferencias de estado, tanto anímico como fisiológico, tiene su razón de ser por obra de la naturaleza; pero no se mantiene sino por el instinto de compensación que asocia armónicamente un sexo con otro, dando por objetivo á su enlace la defensa de la integridad de la raza. Pues bien; ésta se halla en peligro donde la mujer deja de ser femenina, dedicándose á trabajos que ante todo exigen una constitución viril. «Favorecer la admisión de la mujer á los trabajos de hombre, dice el Sr. Kossmann, es comprometer directamente la especie humana; sobre todo, cuando se relacionan con esa accesibilidad ventajas pecuniaras que pueden determinar al hombre á unirse de preferencia con una mujer que le procrea hijos de tipo hombruno, sin distinción de sexos.»

Ya se ve cuál es la conclusión del autor del artículo de *Nord und Süd*. Quiere que haya entre los dos sexos una división racional del trabajo, sin dar ventajas á uno á expensas del otro; pero teniendo severamente en cuenta las diferencias de constitución en ambos sexos, sobre todo su desigualdad de cerebro y de musculatura.

La fuerza muscular, la resolución enérgica y la presencia de ánimo son cualidades igualmente indispensables en las operaciones quirúrgicas. Por eso no deben darse títulos de cirujano más que á los hombres, aun cuando ciertas mujeres practiquen la cirugía con buen éxito: estas son excepciones y anomalías, según el Sr. Kossmann. «Una mujer cirujano, dice enérgicamente el escritor alemán, es una mujer degenerada; y el hombre que se case con ella no debe asombrarse si tiene hijos raquíticos y una descendencia inmunda.» Pero á la firmeza de ánimo, á la energía y á la rapidez en las resoluciones hay que contraponer las cualidades que proceden de la sensibilidad, ternura, compasión, paciencia, desinterés: virtudes todas ellas de grandísimo valor para cuidar á los enfermos, y

que hacen ventajosamente apta á la mujer para el ejercicio de la medicina y para el cargo de enfermera.

El Sr. Kossmann, sin duda para hacerse perdonar por las mujeres por haberlas maltratado un poco, les abre todas las puertas del templo de las artes, para las cuales (según él) se necesita sobre todo poseer cualidades femeninas: delicadeza de sensaciones, nervosismo, predominio de la imaginación sobre el raciocinio, sacrificio de la voluntad á los impulsos del corazón; cualidades, dice, que se compadecen poco con el ideal del tipo masculino.

« En pintura y en escultura, añade el Sr. Kossmann, si no se les cierra el camino, las mujeres pueden llegar al primer puesto sin perder nada del eterno femenino; al paso que el hombre que produce una obra maestra en esas dos artes corre siempre cierto peligro de comprometer su virilidad...

»Tengo el inquebrantable convencimiento de que el principio de la división del trabajo entre los dos sexos debe mantenerse con una severidad aún mayor que antes, si es posible; y que toda medida tomada por un Estado con la mira de permitir al hombre y á la mujer la libre concurrencia en los mismos dominios de la actividad, es un error. Sólo la diversidad de papeles en la vida puede sostener el dimorfismo de las razas, y, por consiguiente, el instinto de compensación de los sexos. Sin ésta, el número de los ineptos para el combate por la existencia irá creciendo sin remedio en proporciones temibles; y las razas que hagan esta experiencia irreflexiva irán bastardeándose de generación en generación, hasta llegar por último á destruirse por completo.»

Traducido de *Revue des Revues*, por el

LDO. PERO PEREZ.

OBRAS NUEVAS

- Alamo Castillo (R.)—Compendio de organización y legislación militar. En 4.º, ix-1193 páginas: 12 pesetas.
- Aleu (M. L.)—Elementos de matemáticas. Trigonometría rectilínea. En 4.º, 51 páginas: 2 pesetas.
—Elementos de matemáticas. Geometría. En 4.º, xii-236 páginas: 6 pesetas.
- Alvarez Herrerin (S.)—Biblioteca económica de artes y oficios. Manual del camisero. En 4.º, 31 páginas y 5 láminas: 2 pesetas.
- Arzola y Minondo (P. de).—Relaciones comerciales entre la Península y las Antillas. En 4.º, 333 páginas: 3,50 pesetas.
- Arenal (C.)—Obras completas. Tomos v y vi. En 8.º, 302 y 394 páginas: 5 y 6 pesetas.
- Asociación de dependientes de comercio de la Habana. Memoria de los trabajos llevados á cabo por la Directiva. En 8.º mayor, 46 páginas y 4 hojas plegadas.
- Barberán (C. M.)—El primero y último hombre. Pequeñísimo poema dividido en tres cantos y un epílogo. En 4.º, 42 páginas: 1 peseta.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo xxvi. Cuaderno v. Mayo de 1895. En 4.º, páginas 289 á 400. Cada cuaderno: 1,25 pesetas.
—Cuaderno vi. Junio de 1895, páginas 401 á 496, fin del tomo xxvi.
- Carrillo Lasso (A.)—Caballeriza de Córdoba. Publicala el Excelentísimo Sr. Marqués de Xerez de los Caballeros. En 4.º, x-3 hojas sin numerar, 28-47 páginas: 20 pesetas.—Tirada de 51 ejemplares numerados.
- Castanera (M. J.)—Esbozos sobre la imprenta: su mecanismo. En 8.º, 104 páginas: 1,50 pesetas.
- Coba Gómez (J. de la).—Cervantes soldado, ópera en un acto. En 8.º, 8 páginas.
—Flores del milagro, ópera en un acto. En 8.º, 8 páginas: 1 peseta.
- Colección de escritores castellanos. Tomo cvi. Estudios de crítica literaria, por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Segunda serie. En 8.º, 405 páginas: 4 pesetas.
—Varios fueron publicados en LA ESPAÑA MODERNA.
- Colmeiro (M.)—Noticia sucinta de los animales y plantas que mencionó Cervantes en el *Quijote*, con noticias históricas acerca del tabaco, chocolate, café y te, cuyo uso no conoció el ingenioso Hidalgo. En 8.º mayor, 15 páginas.
- Echegaray (J.)—El primer acto de un drama. Cuadro dramático, en verso (continuación del «Prólogo de un drama»). En 8.º, 37 páginas: 1 peseta.
- Escamilla (M.)—El progresivo. Catecismo metódico. En 8.º, 96 páginas: 0,40 pesetas.
- Escuder (J. M.)—Locos y anómalos. En 8.º, 325 páginas: 3 y 3,25 pesetas.
- F. M. (M.)—Biblioteca del estudiante de derecho. *Compendio de derecho civil español*, 3 tomos. En

- 8.º, 328, 267 y 282 páginas: 20 pesetas.
- Literatura general, 2 tomos. En 8.º, 192 y 413 páginas: 20 pesetas.
- Fernández y Valbuena (R.)—Egipto y Asiria resucitados, primera parte. En 4.º, 665 páginas con grabados: 7 pesetas.
- Flores (E. A.)—La guerra de Cuba (apuntes para la historia). En 8.º, 555 páginas: 4 pesetas.
- Fuente (A. de la).—Poesías selectas. En 8.º, 285 páginas.
- Godo (F. X.) y Rahola (V.)—Dos companys mal avinguts, juguina en un acte. En 8.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Gómez Ocaña (J.)—Nuevas investigaciones sobre el tiroides y la medicación tiroidea. En 8.º, 224 páginas: 3,50 pesetas.
- Guerrero (T.)—Gritos del alma. En 12.º, 189 páginas: 0,50 pesetas.
- Hergueta y Martín (S.) y Mariani (J. M.)—Discursos leídos en la Real Academia de Medicina para la recepción pública del primero. En 4.º mayor, 100 páginas.—Tema: Circunstancias que favorecen el desarrollo de las enfermedades de pecho en Madrid.
- Hortega (B. de).—Historia de un alma (Lacordaire). En 8.º, VII-327 páginas: 4 pesetas.
- Huidobro (E. de).—A la buena de Dios: cuentos, apuntes y otras menudencias. En 8.º, 300 páginas: 2 pesetas.
- Iglesias (J.)—Poesías inéditas. En 4.º, 24 páginas á dos columnas: 1 peseta.
- Isern y Marcó (D.) y Pidal (A.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la recepción pública del primero. En 4.º mayor, 57 páginas.—Tema: De las evoluciones sociales y los métodos en la política.
- Junta de aranceles y valoraciones.—Tabla de valores para la estadística comercial de los años 1893 y 1894. En 8.º, 55 páginas: 1,25 pesetas.
- Keerse (G.)—Tratado oracional latino-español y español-latino. En 8.º, VI-74 páginas: 1,25 pesetas.
- Labra (R. M. de).—Las relaciones de España y las repúblicas Suramericanas. Discurso. En 8.º, 56 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Lasalde (C.)—Compendio de geografía. En 8.º, VII-269 páginas: 3,50 pesetas.
- Leguina (E. de).—Impresiones artísticas. En 4.º, 181 páginas: 10 pesetas.—Tirada de 150 ejemplares.
- Letamendi (J. de).—El hombre en acción. En 4.º, 71 páginas: una peseta.
- López Bago (E.)—El separatista; novela médico-social, primera parte. En 8.º, 300 páginas: 3 pesetas.
- Mallorqui Balagueró (P.)—Sense Titol; jugueta en un acte y en vers original. En 8.º, 23 páginas: 0,50 pesetas.
- Maragall (J.)—Poesías. En 4.º, 80 páginas: 2 pesetas.
- Martí Gial (E.)—La acusació privada; monolech en prosa, original. En 8.º, 15 páginas: 1 peseta.
- Menéndez Pidal (J.)—Tres poesías. En 12.º, 41 páginas: 1 peseta.
- Merino (B.)—El niño San Pelayo (drama). En 8.º, 101 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Merino (G.)—Números primos: juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original. En 8.º, 29 páginas: 1 peseta.
- Mestres (A.)—Folk-lore catalá. Vol. I. Tradiciones. En 8.º, 304 páginas: 3 pesetas.
- Mitre (B.)—Lenguas americanas. El Mije y el Zoque. En 12.º, 39 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Montt (A.)—Dictámenes del fiscal de la Corte Suprema de Justicia de Chile. Tomo 2.º Materias judiciales y administrativas. En 4.º, 704 páginas.
- Notas al juicio crítico que hace don Rafael M. Merchán de las poesías de D. Eduardo de la Barra. Buenos Aires. Est. tip. «El Correo Español» 1895. En 12.º, 122 páginas.
- Ortega Munilla (J.)—La viva y la muerta. En 8.º, 281 páginas: 3 pesetas.

- Ortiz Cañavate (F. y M.)—Problemas agrícolas. Cereales de secano. En 4.º, 99 páginas: 2 pesetas.
- Ovejero Bustamante (A.)—Del humorismo. Discurso. En 8.º, 48 páginas: 1 peseta.
- Pérez Martínón (J.)—Guía eclesiástica de España. En 4.º mayor, 80 páginas á dos columnas. Cuaderno 1.º: 1,50 pesetas.
- Pérez Nieva (A.)—Mundanas. En 8.º, 247 páginas: 2 pesetas.—Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos. Volumen VIII.
- Pérez Ortiz (Dr.)—Cirugía de urgencia. En 4.º, XLVIII-353 páginas y 2 láminas: 5 pesetas.
- Reina (M.)—La canción de las estrellas. Poema. En 8.º, 38 páginas: 1 peseta.
- Rodríguez Abella (M.)—Manual práctico de electroterapia. En 8.º, 271 páginas: 3,50 pesetas.
- S. (O.)—Una nueva fuente de riqueza. La agricultura en las aguas dulces. En 4.º, 44 páginas: 1 peseta.
- Sagarra y de Siscar (F. de).—Apuntes para un estudio de los sellos del rey D. Pedro IV de Aragón. Memoria leída en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. En 4.º mayor, 78 páginas con 10 láminas fototípicas con 23 figuras: 5,50 pesetas.
- Salcedo (J.)—Cuentos militares. En 8.º, 244 páginas: 3 pesetas.
- Sellés (E.) y Echegaray (J.)—Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del primero. En 4.º mayor, 63 páginas.—Tema: Del periodismo en España.
- Spencer (H.)—Ética de las prisiones. En 4.º, 511 páginas: 10 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Stendhal.—Curiosidades amatorias. En 8.º, 304 páginas: 3 pesetas.—Colección de libros escogidos. Tomo 138.
- Taboada Steger (R.)—La madrina; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 26 páginas: 1 peseta.
- Tusquets (F.)—El padre nuestro. En 4.º, 326 páginas: 4 pesetas.
- Valera (J.)—El hechicero. El bermejino prehistórico ó las salamandras azules. En 12.º, 190 páginas: 2,50 pesetas.—Colección Kloug.
- Vallescá (A.)—Los primitos; juguete cómico-lirico (original). En 8.º, 24 páginas: 1 peseta.
- Vicent (A.)—Socialismo y anarquismo. La Enciclica de nuestro Santísimo Padre León XIII «De conditione opificum», y Los Círculos de obreros católicos. En 8.º, LXIV-687 páginas: 1 peseta.
- Viérgol (A. M.)—Exposición general de Bellas Artes en 1895. Catálogo satírico. En 4.º, 74 páginas: 0,50 pesetas.
- Viñaza (C. de la) y Pidal y Mon (A.)—Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del primero. En 4.º mayor, 111 páginas: 2 pesetas.—Tema: La poesía satírico-política.
- Yriarte (T. de).—Poesías inéditas. En 4.º, 11 páginas á dos columnas: 1 peseta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Pedro Mari</i> (novela), por Arturo Campión.....	5
<i>La sátira política en tiempo de Enrique IV</i> , por Marcelino Menéndez y Pelayo.....	19
<i>El Museo Arqueológico Nacional en el palacio nuevo</i> , por José Ramón Mélida.....	38
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	52
<i>El espíritu nuevo en España</i> , por Rafael Salillas.....	70
<i>Sobre Juan de la Encina.—Sobre el drama español «La Celestina» y sus traducciones</i> , por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	91
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	124
<i>El apostolado de la imprenta en España durante el primer siglo de su invención</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	140
<i>Crónica literaria.—El problema religioso en la Novela, Torquemada y San Pedro, Nazarán</i> , por E. Gómez de Baquero.....	174
<i>La Prensa internacional.—El porvenir de la raza blanca, Las mujeres y el darwinismo</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	188
<i>Obras nuevas</i>	205
